

Jesús Fernández Santos

En la hoguera



Introducción de
Milagros Sánchez Arnosi

Lectulandia

En esta novela, Fernández Santos plantea el tema del dolor producido por la enfermedad. Y lo hace de una manera acuciante, poderosa. La enfermedad —la tuberculosis en el relato— que se apodera de un ser humano, rebajándole y a veces aniquilándole las posibilidades vitales.

Pero no es la enfermedad en sí misma lo que da sentido a esta novela sino el anhelo del propio vivir, anhelo que está en la base misma del sentimiento amoroso.

Pocas veces la literatura española ha sabido presentarnos un tema semejante con tanta veracidad. La novela nos arrastra, nos introduce, nos hace intimar —el estilo es capital para este logro— con la vida amenazada, provisional, de estos personajes.

Lectulandia

Jesús Fernández Santos

En la hoguera

ePub r1.0

Titivillus 07.05.15

Título original: *En la hoguera*
Jesús Fernández Santos, 1957

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Mary Carmen y Juan José Carreras

INTRODUCCIÓN

Milagros Sánchez Arnosi

LA LITERATURA COMO VOCACIÓN Y COMO VOLUNTAD DE ESTILO

El hecho de haber podido hablar directamente con Jesús Fernández Santos es un factor importante a todos los niveles y sobre todo en lo relacionado con lo literario, porque los datos que voy a ofrecer a los lectores tienen la característica de ser algo vivo, actual y directo, que, quizá, pueden aportar más elementos connotativos a la visión que del autor se tenga.

Jesús Fernández Santos, nacido en 1926, uno de los representantes de nuestra novela de posguerra, pertenece a esa serie de escritores que dieron a nuestra literatura un viraje nuevo por lo que de innovadores y conscientes tuvieron en su momento, ya que se plantearon la literatura para algo y por algo, esforzándose en desvelar y revelar la realidad viva y presente del país en que escriben. Cursó estudios en la Facultad de Filosofía y Letras, en donde se inició su tarea literaria. Compagina la dirección del teatro de Ensayo Universitario, a la vez que estudia en la Escuela de Cine. Colaboró en *Revista Española*, fundada por Ferlosio, Sastre y Aldecoa, siendo precisamente la editorial de esta revista quien publicó su primer libro titulado *Los bravos*, lanzándole al mundo de la literatura nacional en lengua española.

El primer intento importante por captar una parte de la realidad española de su tiempo lo debemos a Jesús Fernández Santos por la novela anteriormente mencionada (1954), obra que inicia en España el llamado «realismo crítico-social». La carrera novelística de este autor no iba a ser muy continuada. Después de *En la hoguera* (1957) y *Cabeza Rapada*, colección de cuentos (1958), se abre un paréntesis de silencio que dura seis años. *Laberinto*, su tercera novela, se publicará en 1964.

Posteriormente, Fernández Santos volvió a orientar su actividad hacia el cine, olvidándose de su producción novelística durante cinco años, en que de nuevo hiciera incursión en el campo de la novela con *El hombre de los santos* (1969) y *El libro de la memoria de las cosas* (1970), obra que obtuvo el premio Nadal, y *Las Catedrales*, serie de cuentos (1970).

Cronológicamente, la obra de Jesús Fernández Santos hay que emparentaría con la generación del cincuenta y cuatro, generación que va a estar marcada por un vacío literario, que urge llenar de algún modo: se recurrirá a la avalancha de traducciones. Hay que tener en cuenta que serán escritores que vivirán los años inmediatos de la posguerra: tiempos difíciles en todos los aspectos, y sobre todo en el cultural. Las traducciones de escritores extranjeros proliferan y la influencia foránea pronto se hace notar:

«En mi obra influyeron los novelistas tradicionales: Pío Baroja, que vivía todavía, y cuya influencia, por tanto, era más directa; también me afectaron los norteamericanos (Hemingway, Dos Pasos, Steinbeck...) y algunos sudamericanos como Ciro Alegría, al que nunca se cita. Pero quien más influyó en mí fue Pablo Neruda, sobre todo en las formas sociales de la literatura.»

No hay que olvidar el año 1951: va a ser el momento en que Cela imprimirá una

renovación a la novela española, y en Jesús Fernández Santos esta influencia se hace patente, a través de dos libros: *Viaje a la Alcarria*, en cuanto a la elaboración de un estilo cuidado, depurado y descriptivo, y *La familia de Pascual Duarte*, en cuanto a una determinada forma de ver el mundo.

LA NOVELA: EL COMPROMISO ANTE LA REALIDAD COMO FORMA DE DESMITIFICACIÓN O LA LITERATURA ANTIEVASIONISTA

Como soy enemiga de los encuadres y etiquetas, voy a abstenerme de colocar la obra de Fernández Santos entre lo que los críticos han denominado «social-realista».

Solo quiero hacer constar un hecho evidente que se desprende de la lectura de las obras del autor: hay en Fernández Santos un afán de reflejar en sus novelas la realidad, siempre que esta cumpla fines de transformación social, desechando aquellos elementos que no son pertinentes dentro del conjunto. Es decir, se rechazan aquellos aspectos que no añaden significado a los incidentes concretos que se novelan. Esto implica:

1. «A priori»: un conocimiento del entorno:

«A mí siempre me ha interesado todo lo que me rodea, sobre todo la sociedad rural. Esto, creo, que es por afinidad personal. La conozco muy bien porque he vivido integrado en el pueblo de mi padre, Cerulleda.»

y un deseo de selección de datos.

2. «A posteriori»: que sus novelas sean un testimonio fehaciente. Pero hay que hacer constar que el autor no se conforma con la documentación de una serie de hechos y la simple presentación de los mismos. Si sus obras son testimoniales es debido a que en ellas hay un propósito de denuncia de un estado de cosas. Por tanto hay que decir que su obra no trata de reproducir la realidad sino de moldearla. No se podrá ver en sus novelas ni costumbrismo, ni realismo decimonónico. Todo lo que pueda haber de particularismo, de rasgos individuales, de localismos, queda relegado. Interesan las características comunes, definidoras de una clase: los protagonistas serán juzgados como tales y no como individuos.

La evolución literaria del autor, que lucha contra todo estatismo, es manifiesta y clara; incluso esos largos períodos de silencios continuados son, para mí, espacios reflexivos que conducirán a un cambio, a una nueva forma de hacer literatura:

«Intento evolucionar. De *Los bravos* a *Laberintos* ha habido una evolución. En esta etapa predominan los problemas sociales. Otra fase va desde *El hombre de los santos* hasta *Paraíso encerrado*, en que se añaden una serie de técnicas y procedimientos nuevos, que giran en torno a lo fantástico y simbolista.»

INTERACCIÓN CINE-LITERATURA: SEMIÓTICAS DISTINTAS

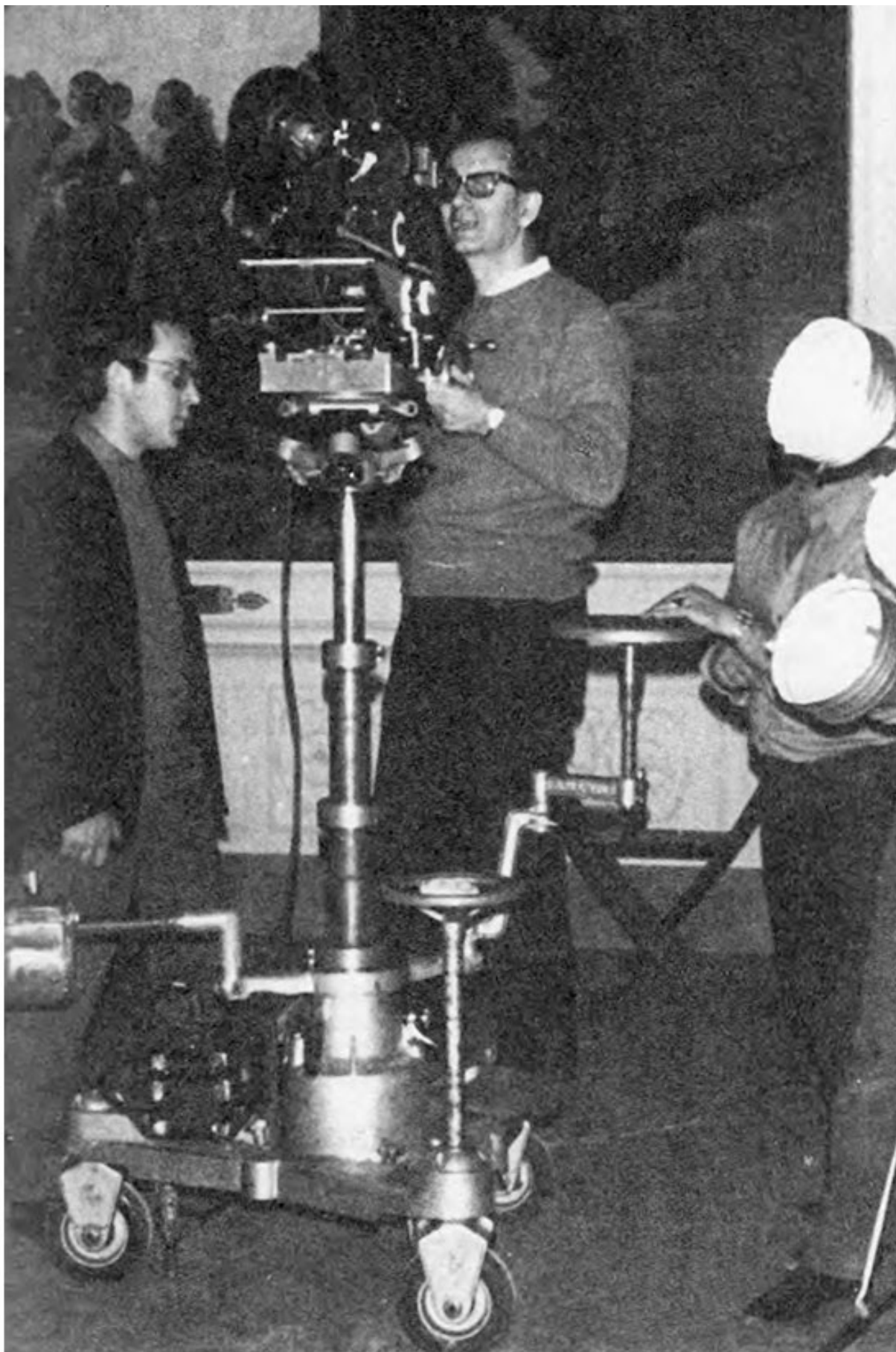
Se ha hablado de la óptica cinematográfica que Fernández Santos utiliza en sus novelas. Personalmente, creo, esta conexión de dos medios de comunicación tan distintos y, a la vez, con muchos elementos en común, es válida, no solamente en el autor citado, sino en líneas generales.

En el primer caso, la afirmación viene avalada por la sólida formación cinematográfica de Fernández Santos, persona no solo enterada, sino, lo que es más importante, preocupada y actuante (guionista y director) dentro de este ámbito. En el segundo caso hay que decir que es un hecho que se está padeciendo la incursión del mundo del cine en la literatura y al revés (téngase en cuenta las adaptaciones de obras literarias como *La Regenta*, *Tristana*, *La Celestina*, *Fuenteovejuna*...). Como este segundo punto se aparta del tema que nos ocupa, nos centraremos en el primero por ser el que se ciñe directamente a la personalidad de Fernández Santos.

Pienso que la actividad del autor dentro del cine sí ha sido un elemento significativo respecto a su elaboración artístico-literario-novelesca. Estoy de acuerdo con Gonzalo Sobejano cuando señala como rasgos de perspectiva cinematográfica: elisión de transiciones, pasos de tiempo, complacencia descriptivo-visual en la exposición de detalles secundarios, óptica fragmentaria (se nos van dando partes sueltas que a medida que se van recomponiendo nos dan una imagen total). Yo añadiría un elemento más: la técnica del difuminado.

En contraposición a estas opiniones, hay que señalar la propia del autor, que me confesó:

«Los críticos hablan de un perspectivismo cinematográfico en mi obra. Cuando me doy cuenta de esto es una vez que la crítica lo ha señalado, pero no cuando escribo. No he utilizado ningún recurso técnico-cinematográfico. No pienso en ello. Quizá si no se supiera que trabajo en el cine, los críticos ni se habrían molestado en señalar esta faceta. He de decir que mi trabajo dentro del cine solo me ha ayudado a conocer el país.»



*El autor, en un momento de su trabajo
como director de televisión.*

«EN LA HOGUERA»: TEORÍA DE UN EXISTENCIALISMO

La segunda novela de Jesús Fernández Santos continúa la línea temático-existencial de *Los bravos*, a pesar de que constituya, por una serie de características que iremos apuntando, una obra distinta en el quehacer literario del escritor.

Miguel, joven tuberculoso, deja la capital después de haber trasladado a un tío suyo a un manicomio de Madrid. Se detiene en un pueblo, donde permanece un tiempo en casa de Zoilo, padre de Soledad. Al mismo pueblo llega Inés, que también ha abandonado la ciudad después de haber intentado suicidarse al saber que estaba embarazada de su primo Agustín y ver que este no quiere asumir ningún tipo de responsabilidad con ella. Miguel acabará enamorándose de la muchacha. Inés da a luz un hijo muerto. Entremedias se introducen personajes (la viuda, el gitano, los campesinos, los trabajadores de la mina...), situaciones (robo por parte de los hermanos Rojo en casa de la viuda, la violación de Soledad en el río...), que van perfilando no solo a los protagonistas, sino también el mundo vivencial que encierran. La novela acabará cuando Miguel decide operarse, como única posibilidad para continuar viviendo.

La huida y el enfrentamiento como núcleos de una concepción de la vida

Al terminar la lectura de *En la hoguera* se tiene una primera sensación de angustia, de pesimismo, de nostalgia por algo que no se posee. Pero una vez analizada hay que afirmar que Jesús Fernández Santos lo que nos ofrece en esta novela, bajo un pesimismo, es un canto a la vida, una invitación a la lucha por la misma como modo de liberación.

Todos los protagonistas de *En la hoguera* están marcados por un signo negativo; por ello, su existencia será incierta, insegura: Miguel, el hermano Rojo, Inés..., son seres descolocados, que mantendrán una doble actitud: de esperanza y desesperanza.

Miguel e Inés elegirán en un primer momento el camino de la soledad y desvinculación, lo que dará lugar a una concepción existencialista de la vida. No solamente esto emparenta a Fernández Santos con el existencialismo, sino sobre todo esa meditación obsesiva en torno a la muerte. De tal modo esta preocupación se convierte en algo enfermizo que va a determinar el sentido de la vida de unos hombres.

La originalidad del novelista consiste en que no hay aceptación de una muerte que pesa en todos los humanos; por el contrario, la rebeldía y la lucha serán las pautas de los protagonistas, que si en un momento determinado no aceptan su destino (Inés

intenta suicidarse, Miguel será un hombre desalentado...), acabarán por no resignarse ante algo que es absurdo (Inés quiere seguir viviendo para su hijo del que piensa que será una prolongación de sí misma, Miguel irá a un médico buscando esperanza, el Rojo robará para poder curar su enfermedad...).

Podemos decir que *En la hoguera* hay una afirmación de la vida como necesidad y una negación de la misma. Esta idea aparece ejemplificada en Miguel: a veces se siente optimista (concibe una esperanza), pero en su interior pesa la conciencia de que su muerte es irremediable. Por ello dirá:

«En aquellos fugaces instantes, acodado en el alféizar de la ventana, se había olvidado de su enfermedad [...] vivir, vivir un poco más, vivir siempre, aunque solo fuera con la pequeña vida del grano de polvo, con el blando suspirar del agua [...] En el lecho, en la poblada oscuridad de sus ojos cerrados, volvía a ser el hombre débil, temeroso, enfermo; veía alzarse en el límite brumoso de las horas la sombra de la muerte» (página 80).

El pueblo innominado o la identificación con una ideología

Hay que hacer constar un hecho interesante que, creo, forma parte integrante de la estructura de la novela: la presencia de un pueblo agobiante que determina unas vidas. Un paisaje arisco y dramático trastorna una existencia colectiva:

«Las espigas del centeno, que nadie se molestó en coger, yacían entre los surcos convertidas en rastrojos [...] Los animales se movían pesadamente en busca de una brizna de hierba que se hubiera salvado de aquel sol que secaba hasta las raíces de la tierra [...].»

Es en este pueblo agobiante donde transcurre parte de la agonía de los protagonistas. No podemos establecer afirmaciones, pero sí dejar en el aire una pregunta para que el lector intente dar una respuesta: ¿El desaliento de los protagonistas hubiera sido igual de desgarrado si Fernández Santos nos hubiera descrito, en vez de un lugar geográfico con tintes solanescos, un espacio menos en consonancia con los sentimientos de sus personajes?

Pienso que la dolencia del vivir se hubiera mitigado más. Fernández Santos, al ofrecernos un pueblo que determina en cierto modo el transcurrir, ahonda más en la miseria de unas gentes que pertenecen a la España olvidada y marginada. No hay rasgos individuales, es todo un pueblo (sin nombre) el eje del libro. Aunque se describen conflictos individuales, Jesús Fernández Santos nos da, sobre todo, el ambiente, fisonomía rural y el paisaje de un pueblo.

Estructura y configuración de un estilo

En la hoguera consta de veinticuatro capítulos y obedece a una estructura cerrada que se mueve en dos niveles:

1. El formado por los capítulos I-II y el XXIV: protagonista individual.
2. El formado por los veintiún capítulos restantes: protagonista colectivo. Ambos unidos por una afinidad temática: el tedio y el abandono. La novela tiene una delimitación circular.

Es un hecho que la obra que Fernández Santos nos ofrece no entra dentro de la llamada «novela experimental» o de «laboratorio». En Fernández Santos no hay estéticas que señalar, sino una estética: la de seleccionar.

En la hoguera hay una especie de inconexión. Es decir, escenas que quedan sueltas sin aparente trabazón lógica, que van deshaciéndose a medida que se avanza en la lectura. La elipsis (no se nos dice, por ejemplo, que el gitano va a violar a Soledad; solo se nos presenta en el capítulo siguiente un cuerpo entre los juncos del río; será el lector quien saque su conclusión), la interrelación de sucesos, la técnica de la intriga, las descripciones desgarradas unas veces y delicadas otras; la abundancia de diálogo, que proporciona agilidad a la narración; la óptica cinematográfica (contrastes de luz y sombra, juegos de oscuridades, presentación de escena como si fueran instantes detenidos por una cámara, suspensión de todo movimiento) como se puede ver en este pasaje:

«La habitación se perdía en las sombras, tras los dos primos. A la luz violeta de la pantalla se recortaban sus siluetas en una escena familiar, como en las fotos de la boda: ella, en el sofá; él, apoyado en uno de los brazos a su lado.»

El fragmentarismo, la técnica del difuminado... son elementos que preludian lo que va a ser el estilo de Jesús Fernández Santos, que planteará con esta novela la problemática social del campo, pero sin dar soluciones.

En la hoguera es un testimonio de la realidad nacional sin luchas campesinas. Hay un pretexto para denunciar un estado de cosas injusto, sin proponer nada explícitamente: la miseria del campesino y el deseo de sobrevivir hablan por sí solos. Como dice Gonzalo Sobejano en su libro *Novela española de nuestro tiempo*:

«Estar “en la hoguera” significa estar consumiéndose ya muerto y todavía vivo, parte ceniza y parte llama que aún ilumina esa ceniza, mitad en la nada del haber cesado y mitad en el algo de estar ardiendo por ahora.» ^[1]

EN LA HOGUERA

Solitaria, gris, infinita, la galería de los niños no acaba nunca. Las hileras de diminutas ventanas convergen en la lejanía, y cada paso en el cemento devuelve un eco opaco. Las paredes, ilustradas de nombres, forman una inmensa colmena, y en algunos huecos hay flores. Angelitos desconchados, guirnaldas, floreros... Hay ventanas tapiadas, con el único adorno de las franjas rojas y blancas que forman la cal.

Ahora, cuando la mujer del guarda cierra la verja, los arcos más lejanos van poco a poco desapareciendo, esfumándose en el aire cargado de vapores, en la niebla cenicienta de la tarde. Los cipreses parecen despegarse del suelo y las piedras rezuman sobre la tierra, entre las cuatro tapias que las encierran. El mármol, los hierros, el granito, todo el pequeño patio blanco y abierto se va borrando, al tiempo que en la ribera opuesta del río las sirenas comienzan a sonar.

Al otro lado surge el ruido, las sombras, la vida, el llanto espaciado de las máquinas, el paso fatigoso de los trenes, el rumor de los camiones que se alejan perdidos en el polvo; y aún más allá del agua, de las ruinas, de las míseras huertas que cada día desaparecen en los ensanches, se encienden hileras horizontales de ventanas en el crepúsculo rojizo que tiñe el cielo.

I

A través del cristal veía la amplia avenida, menos concurrida ahora, con la gente aún dentro de los cines. El coche de la TWA paró en la esquina de enfrente, y los cuatro tripulantes y la azafata del último avión descendieron ante su oficina. Quedaron un momento inmóviles en la acera, mirando en torno a sí, en tanto el chófer les iba alargando sus bolsas de viaje, para luego, pausadamente, charlando, deslizarse por la puerta giratoria.

Un poco más arriba, una criada sacó a pasear un perro de presa amarillento, casi rojizo, y, en una de las ventanas de un segundo piso, un joven se despezó concienzudamente frente al cristal.

A esta hora la gente pasea despacio. Si va a alguna parte lo hace sin prisa, deteniéndose infinitas veces frente a los escaparates, bajo las luces rojas, blancas, azules. Una interminable caravana de automóviles se sucede en el centro, y en la acera de enfrente, ante las mesitas de un pequeño café, vestidas con manteles amarillos, toman coñac unos cuantos sudamericanos, embutidos en sus trajes de suaves colores, con aire plácido en el semblante.

Se retiró de la ventana. Tras él, en la penumbra que la pantalla dibujaba en torno al sofá, el primo Antonio se detuvo.

—Ya sé que es un fastidio, pero, como puedes comprender, Julia no va a hacerlo, y yo no tengo tiempo.

—Bueno, bueno —cortó Miguel—, yo no he dicho nada, yo lo hago.

—Si ya sé que lo vas a hacer, pero no creas que te cargamos con el muerto por ser el pequeño de los primos.

—¡No, no; qué tontería!

Las piernas de la prima Julia se cruzaron en el sofá con un suave rumor de sus medias de cristal. Dijo ella:

—¿Por qué lo va a pensar? Ni que fuera un extraño... Además, es a él a quien más quería el tío.

—El director nos dijo por teléfono —continuó Antonio— que tenemos una semana por delante para trasladarle.

—Pero es mejor ir cuanto antes.

—Iré mañana si queréis.

La habitación se perdía en las sombras, tras los dos primos. A la luz violeta de la pantalla se recortaban sus siluetas en una escena familiar, como en las fotos de boda: ella, en el sofá; él, apoyado en uno de los brazos, a su lado.

—¿A dónde hay que llevarle?

—Lo hemos estado pensando estos días —Antonio miró a su mujer— y hemos llegado a la conclusión de que mejor que en cualquier sanatorio particular está en uno del Estado. En los del Estado ahora se paga... Le pondremos en una habitación de segunda o de primera, y vivirá tan bien como en el otro. Tiene la ventaja de que nos

evitamos nuevos traslados.

—¿Qué te parece?

Miguel, junto a la ventana, exclamó:

—¡Pobre tío!

La prima Julia suspiró:

—Sí..., ¡qué triste vida lleva!

—Yo lo he arreglado todo o casi todo. Hablé con el director y con un amigo mío del Ayuntamiento. La única pega que quedaba era lo del traslado, pero ahora también está solucionado. Tú vas con un taxi y lo recoges. Yo creo que no te reconocerá. No se acordará...

—¿Y si le pasa algo? —preguntó la prima.

—Mujer, ¿qué le va a pasar?

—Si le reconoce...

—La última vez, ¿le llegaste a ver? —Antonio se acercó hasta el cristal.

—No; yo no entré. Dijo el médico que era mejor que no entrase. Estaba entonces muy mal. Fue cuando lo del niño.

—Cuando murió el niño...

—Uno de estos días hace el año.

—Hoy —señaló Miguel.

—¿Hoy? —Antonio guardó silencio—. ¿Cuánto tiempo hace que no le ves, entonces?

—Casi siete años...

Abajo se han abierto de par en par las puertas de los cines. En un momento ha concluido el paseo, ha quedado cortado en veinte sitios por la gente que surge y fluye, invadiendo el pequeño café. Los contertulios miran la marea que les envuelve.

—¿Estuviste en el cementerio, Miguel?

—De allí vengo.

Julia hizo un gesto de contrariedad.

—A nosotros se nos pasó. Iremos mañana. ¿Cómo está el nicho?

—Bien. El rosal sigue en pie.

—¿Tiene brotes?

—Sí, me parece que sí.

El rosal tenía brotes. Había crecido en un círculo casi perfecto, alrededor del nicho, sobre las letras doradas con el nombre del niño. Tenía un botón a punto de estallar y varios capullos, que con el buen tiempo se abrirían sobre el mármol venoso de la lápida.

—¿Tendrás dinero para el taxi, mañana?

—No...; me tenéis que dar.

La prima miró a Antonio al tiempo que este sacaba del bolsillo un puñado de billetes; luego, sonriendo, fijó en Miguel sus ojos.

—Toma, hay que ir mañana a eso de las diez —le tendió la tarjeta del sanatorio

junto con un billete grande—. Esa es la dirección. Di que vas de nuestra parte.

—¿Pregunto por el director?

—No sé si estará él todavía. A ver cómo te las arreglas.

—Bien, creo que bien.

Julia volvió a mirar a la calle.

—Antonio...

—¿Qué quieres?

—¿Y si el tío se empeña en no salir? Lo que el director dijo...

—¡No ha de querer!... —el primo se inclinó hacia Miguel—. Tú recálcale que va a otro sanatorio mucho mejor.

—Eso es verdad —repuso Julia—, es mejor que el otro.

—Le dices las cosas como son... Que el otro lo cierran, que lo van a convertir en fábrica de maderas...

—Sí, sí, descuida.

—Además, va contigo un mozo.

—¿Quién?

—Un mozo... Un loquero. Acuérdate de pasar antes a buscarlo.

Inmóviles los tres, miraban ahora la calle, con un aire soñoliento, pesado, como si por vez primera les fatigase contemplar los violentos anuncios luminosos y las dos hileras de automóviles relucientes. La prima Julia interrumpió el silencio.

—Antonio, de mañana no pasa que vayamos al cementerio. ¡Pobre niño!

—¡Pobre chico! —repuso Antonio. La casa de enfrente se encogía a través de las aguas del cristal—. De todos modos, así tendrá más compañía. Hoy Miguel y mañana nosotros. Mañana, después de comer, bien pronto, saco el coche y vamos. Acuérdate de comprar las flores.

—Me acordaré... Y el tío, ¿no lo sabe aún?

—¿Que se murió el niño? No —repuso Miguel.

—El médico me dijo que tratándose de una cosa así, de un hijo único, del niño, era mejor no decírselo. Veremos a ver qué le parece al nuevo.

—Dirá lo mismo, pero es un cargo de conciencia.

—Lleva ya un año sin verle, y se dará cuenta.

El primo Antonio posó su mano sobre el hombro de Miguel.

—Tú dile que está ahora en San Sebastián, con las tías, y que por eso no puede —el tono de su voz bajó hasta hacerse más cálido.

—¿Y tú, qué? —preguntó.

—Yo voy bien —respondió Miguel.

—Vas bien... —sonrió—. ¿Qué haces ahora?

Dudó un segundo.

—Voy a marcharme; a descansar...

—¿A descansar? ¿Dónde?

—No lo sé. Me gustaría encontrar un buen sitio. A lo mejor me dedico a ver

pueblos y no me quedo en ninguno.

—Cuídate, no hagas tonterías —Antonio miró intensamente, más allá del cristal, la fila de balcones en la otra casa, y concluyó, hablando a medias consigo mismo:— ... aunque, después de todo, haces bien. Haces bien —repitió—. Si yo pudiera, haría lo mismo. Me iría a una buena playa, a Alicante, por ejemplo —abrió la boca en un profundo bostezo, hinchando el pecho—, a tomar el sol. Pero no puede ser... Hasta el verano no puede ser.

—Este verano a lo mejor vamos a Francia —terció Julia con entusiasmo.

—¿A Francia?

—Sí —replicó—; ahora dan el pasaporte en cuarenta y ocho horas —sus labios redondos, brillantes de carmín, se fundieron en una mueca simpática—. A Francia.

—Oye, Miguel, pásate por aquí antes de marcharte.

—Me pasaré...

—Lo dices, pero luego no lo haces.

—De veras, os lo prometo.

—Escucha —la presión en el hombro se hizo más fuerte, más paternal—, si la pensión de tu madre no te llega, nos lo dices.

—Bueno...

—¡Pero dínoslo!

El portero, al salir, le saludó ceremoniosamente.

Patinó el taxi en el asfalto pulido por la lluvia y con las ruedas frenadas se deslizó un trecho oblicuamente. El loquero se incorporó en el asiento, al lado de Miguel, y, mirando por la ventanilla, exclamó:

—¡Cómo llueve!

—Ya lo creo que cae... —el chófer enderezó el coche, acelerando de nuevo—. Estos días es imposible... —alzó las manos del volante, volviéndolas a dejar caer con fuerza—. Se va el coche para todos lados.

—¿Está seguro de que es por ahí?

—Sí, seguro. Al final de Manuel Becerra —tomó la curva y toda una hilera de acacias desfiló ante el parabrisas—. Yo también tuve un pariente enfermo, así. Bueno, pariente mío no, de mi mujer... Ese —torció de nuevo—, ese era peligroso. Antes de encerrarle, cogió un día un cuchillo... —se interrumpió—. Ahí es, me parece. El treinta y dos —bajó uno de los cristales y asomó la cabeza.

Tras de Miguel bajó el mozo.

—¿Van a tardar mucho? —preguntó el chófer, mientras cruzaban la calle, y cuando Miguel le respondió que no lo sabía, quedó dentro del taxi, hojeando el periódico.

El timbre sonó dentro, lejano, en el interior del pequeño chalet, adornado con azulejos barrocos. Había cesado de llover, pero, a ratos, las nubes bajas, plomizas,

dejaban caer un agua menuda y fugaz. Se abrió el ventanillo de la puerta.

—¿Qué desean?

Miguel se dio a conocer mostrando la tarjeta de su primo. A poco les franquearon la entrada. Apareció un porche emparrado, con una Virgen del Perpetuo Socorro en la pared, entre dos farolitos de hierro.

—Les estábamos esperando. Ya no queda nadie aquí. Nada más que su tío y otro enfermo. A todos se los llevaron ya sus familias.

—¿Qué tal pasó estos últimos meses?

—Bien, pero muy solo el pobre.

—¿Pregunta mucho por la familia?

—No se le cae de la boca su hijo. «El niño», le llama. Unas veces le llama así y otras por otro nombre, pero siempre le está mentando —la enfermera rechoncha, de rostro simpático, le miró vivamente desde sus gafas de miope—. Aquí todos le queríamos mucho. Es tan bueno...

—Sí, siempre lo fue.

—El director le dejaba salir un poquito todos los días ¿y sabe usted a dónde iba?

—No sé.

—Pues a misa. A misa y a comulgar. Comulga todos los días —se detuvo en el jardín abandonado—. Y, ¿qué tal el niño?

—El niño... —repetió Miguel, sin saber qué contestar.

—Aquí todas le conocemos, porque siempre nos andaba enseñando sus retratos. Se le parece mucho.

—Sí, mucho.

—¿Cuántos años tiene?

—Tiene..., bueno, tenía... Murió hace un año.

La enfermera se volvió asustada:

—¿Que se ha muerto?

—Sí —repuso hosco Miguel.

—¡Pobrecillo! Y don Antonio sin saberlo... Si le dijeran que...

—Mis primos escribieron una carta al director. Nos prohibió que le dijéramos nada.

La enfermera movió la cabeza en silencio, tristemente:

—¡Pobre don Antonio! ¡Pobre don Antonio!

El jardín, húmedo, crecido, debió quedar abandonado mucho tiempo antes de que el director decidiera vender el sanatorio. Restos de una hamaca yacían en un rincón, junto al muro hinchado por la lluvia. El césped y una intrincada maraña de trébol y maleza habían invadido los paseos. De las ventanas, guarnecidas con fuertes barrotes, pendían cuerdas para tender ropa. Un montón de sillas metálicas, oxidadas, parecía esperar desde tiempo inmemorial la presencia de los invisibles habitantes de aquel rincón sucio, vacío y destartado. Al otro lado de la alta tapia surgió nítido el plañir de una locomotora.

La enfermera les hizo ademán de que esperasen.

—Aguarden un momento. Voy a ver si se ha levantado ya.

Quedó Miguel al amparo de la galería, en tanto el mozo examinaba con curiosidad los rincones del jardín.

—Se ve que venden esto —comentó a media voz, mientras se entretenía con el pie en escarbar la arena del paseo.

—¿Trabaja usted en algún manicomio? —preguntó de pronto Miguel.

El otro alzó la cabeza, interrumpiendo el juego.

—No; en la Cruz Roja. Pero he tratado con locos en otros hospitales, en Barcelona... Yo traje aquí a su tío, hace ya casi cinco años. Por eso me llamó don Antonio ahora. Se portó muy bien su tío de usted. Hasta me dio la mano al despedirse.

—La enfermera reapareció a sus espaldas.

—Se ha levantado. Se está lavando. Suban.

—¿Está el director?

—No, el director no está.

Seguramente se encontraría arriba, pero no querría que le molestasen. A medida que avanzaban por el pasillo de las celdas, acongojaba a Miguel una mezcla de piedad e incertidumbre. Sobre la imagen de las puertas cerradas surgía el recuerdo de sus años de infancia. Allí, entre aquellas paredes tapizadas de saco, yacía encerrado, muerto, un pedazo de su propia vida; unos años lejanos, quizá felices, que ahora parecían resucitar.

La presencia de su tío en aquel edificio le asustaba. Sin la compañía del mozo hubiera dado una excusa a la enfermera para marcharse. Después de tanto tiempo hubiera querido encontrar cualquier mañana al tío en la calle, en la iglesia comulgando, o en casa de los primos; en cualquier sitio antes que en una de aquellas celdas que se adivinaban tras la pared, donde, de un momento a otro, a una indicación de la enfermera, se lo encontraría frente a frente. La enfermera había dicho que se estaba lavando. Sintió miedo y vergüenza. Evocó al tío, serio, enjuto, llevándole de la mano, calle arriba, hasta el Retiro; o en su despacho, sentado en el sillón tapizado de seda roja, tras la mesa de patas retorcidas, hojeando, con gesto indescifrable, el cuaderno de notas del colegio. Ahora quizá lo encontraría lavándose. Pudiera ser que la enfermera abriese la puerta sin darle tiempo a vestirse. Sintió repugnancia por todo; por los gruesos cerrojos y las mirillas, por las baldosas rojas, hundidas; por aquella mujer que hablaba del tío Antonio como de un niño pequeño.

Los ojos le miraron vacíos, unos ojos azules, húmedos, que le recordaban los suyos, bajo la crencha de pelo canoso comiéndole la frente.

—¿Qué quieren ustedes?

Le explicaron que querían llevarle a otro sanatorio, a otra casa. Estaba en pantalón, con solo la camiseta sobre la carne. Se abrochaba sobre ella un zurcido jersey.

—Perteneceemos a otro sanatorio...

La enfermera intervino:

—Les manda su familia de usted.

—¿Y cómo no ha venido nadie de casa con ustedes? —de nuevo los ojos se posaron escrutadores en Miguel.

—Irán luego a verle allí. Han dicho que irán a verle al nuevo sanatorio.

Les lanzó una mirada altiva, indiferente:

—Si no viene alguien de mi familia, no salgo de aquí.

De nuevo en el pasillo, Miguel, el mozo y la enfermera, continuó tras la puerta el rumor del agua cayendo en la palangana.

—Se está lavando. Esa es su manía —explicó la enfermera.

—¿Podríamos ver al director?

—Si ya le digo que no está.

—Pero alguien habrá quedado al frente de esto.

—Espere, voy a ver.

—¿No podrían darle una inyección? —preguntó el mozo.

—Voy a ver, esperen, voy a ver —repitió la enfermera, alejándose por el pasillo.

Al otro lado de la puerta, el rumor del agua continuaba. Huyendo de él salió Miguel al jardín, seguido del loquero.

El tío estaba muerto, bien muerto. Era un extraño el viejo que le había mirado en la celda. Cuando entraron se estaba anudando los cordones de los zapatos. Había sentido una gran piedad, una ternura angustiada viendo aquel zurcido jersey y las paredes sucias y la bombilla solitaria, raquítica, colgando sobre el lecho.

En el jardín, respirando un aire suave, se detuvo ensimismado. Las nubes se habían abierto en un halo redondo, y un haz de sol caía a sus pies. Brillaba el césped y la arena de los paseos. Al otro lado de la tapia, más allá de la Virgen del porche, el chófer charlaba con alguien, con alguna mujer. Llegaban las risas en el aire cargado de ozono.

—Si la resiste, la inyección es lo mejor —el mozo miraba con vaga expresión las sillas arrumbadas—. Si el médico estuviera, yo hablaría con él; yo tengo costumbre; pero si padece del corazón no conviene. Se nos... se nos puede quedar en el camino.

Los jueves iban a un cine, junto a casa; y en primavera, cuando el buen tiempo llegaba, a las verbenas. Volvían a media tarde, dando un paseo que concluía con las últimas luces. A veces, cuando llegaban a casa, el otro tío, el viajante, salía para no volver en un mes. Cuando le encontraban en el portal, les detenía y decía al niño: «Chico, trae un beso.» Y se metía a toda prisa en el taxi que le estaba esperando.

—... la inyección tiene la ventaja de que no se entera de nada en todo el camino. A algunos les sienta bien, porque no se excitan, pero nunca se sabe...

Volvió la enfermera.

—No se le puede poner la inyección. Es mejor convencerle.

—Don Antonio —de nuevo estaban llamando a la puerta de la celda—. Don

Antonio...

El tío les miró molesto, esta vez vestido ya del todo.

—No se puede quedar aquí. Todo esto lo van a tirar. Tiene que marcharse, como todos. Todos se han ido hace días. Nosotros también. Vamos, no se ponga usted pesado. Es usted el último.

Pero él seguía sentado en la cama. La enfermera hablaba, hablaba sin cesar, repetía siempre las mismas razones. Miguel pensó que sería su modo de convencerles y, aburrido, salió al pasillo. La voz quedó atenuada tras la puerta, interrumpida a veces por las calmosas respuestas del enfermo. En la puerta del jardín apareció el taxista.

—¿Qué? ¿No quiere?

—Por ahora, no... A ver si la enfermera le convence.

El mozo se encogió de hombros, encendiendo un cigarro. El taxista enmudeció, desapareciendo de nuevo. A poco, la conversación se reanudó al otro lado de la tapia. Volvió a llover. Por fin la puerta se abrió y vieron aparecer al tío con la enfermera. Traía una vieja gabardina y sombrero negro.

—Hala, ya está... ¿Ve usted, don Antonio? Si así es mucho mejor. Allí va a estar muy bien. ¡Con lo bueno que ha sido usted siempre y ahora se nos pone a dar guerra!

—Si yo me voy, si me voy a ir. Pero usted comprenderá que marcharme con estos señores... Si hubiese venido alguien de mi familia, aunque fuera mi hijo...

—¿Pero cómo quiere que venga su hijo, tan pequeño?

—O alguien...

—Allí, al otro sanatorio, irán a verle. Cuando esté allí ya verá cómo van. Vamos, no sea pesado... Hala, ya está.

Se había cogido a su brazo, llevándole a través del jardín hasta la puerta. Miguel y el mozo se agregaron al grupo y salieron todos juntos. Cuando las hojas de la puerta chirriaron apareció en la escalera del sanatorio otra enfermera.

—Adiós, don Antonio.

Don Antonio hizo un signo casi imperceptible con la mano y suspiró.

—Adiós, don Antonio, buen viaje.

El taxista vino corriendo desde la otra acera y abrió la portezuela, calándose la gorra. A medida que el coche se alejaba las dos enfermeras se iban haciendo más pequeñas a la puerta del sanatorio, agitando los pañuelos; blancas, iguales, borradas por la llovizna.

El tío se había santiguado al arrancar, y ahora rezaba en voz baja. La lluvia resbalaba mansamente sobre los cristales.

—¿Está muy lejos?

—¿El otro sanatorio?

—Sí —había dejado de rezar e interrogaba a Miguel con desconfianza.

—No. En las afueras.

Le vio sacar una gastada libreta de notas y apuntar la matrícula del coche.

—¿Usted es médico de ese sanatorio?

—Aún no. Estoy haciendo unas prácticas...

Le repugnaba mentirle así. Quizá le hubiera llamado por su nombre, le habría contado toda la verdad, de haber tenido la menor probabilidad de que lo entendiese. Estaba seguro de que el tío Antonio había muerto, y, sin embargo, aquellos ojos iguales a los suyos, gastados, tristes, unas veces humildes, a poco irritados, parecían ir a descubrirle, parecían a punto de adivinar toda la infantil farsa que en torno a él se estaba desarrollando.

Cruzaron el Retiro por el Paseo de Coches y al doblar la glorieta del Ángel Caído el taxi patinó dos veces.

—¿Estamos ya?

—No, aún falta.

—Esto es el Retiro —explicó el mozo, mientras las masas de verdor desaparecían a ambos lados.

—¿Y no traen ninguna carta de mi familia? ¿Algo que certifique que...?

—No... —ojalá no siguiera preguntando.

El mozo, al otro lado del tío, se revolvió inquieto.

—Ustedes serán seguramente de ese sanatorio que dicen, pero yo, ¿por qué voy a creerles? Figúrense que no lo fueran.

Miguel ensayó un gesto adusto.

—Nosotros cumplimos con nuestra obligación. Nos han mandado que le llevemos, y nada más.

Vio que el taxista les observaba por el espejo. Ahora el coche, fuera de Madrid, iba a buena marcha.

—Parece que nos estamos alejando.

—Ya falta poco —dijo el loquero.

Sacó una tarjeta, algo como un carnet con su foto.

—¿Ve? —se lo mostró al tío—. Mi carnet de la Cruz Roja, mírelo si quiere. ¿Se convence de que va en buenas manos?

Viéndole a su derecha, inmóvil en su desconfiado mutismo, pensaba Miguel que, de no haber sido prevenido de antemano, le hubiera sido imposible reconocerle. A veces los vaivenes del coche le mecían y, entornando los ojos, procuraba olvidar aquel absurdo viaje, pensar en algo agradable, lejos del tío, del coche, del manicomio.

Cuando llegaron al pueblo, el tío Antonio rezaba de nuevo.

—Debe ser por aquí —murmuró el chófer.

—Me parece que es a mano derecha.

Alzó la vista mientras guardaba el rosario en el bolsillo.

—¿Dicen que trabajan aquí y no saben dónde es?

—Siempre venimos por otro sitio.

Una irritación sorda le subió repentinamente. Se maldijo a sí mismo, al tío y a los primos que le habían embarcado en aquel papel ridículo. Si era preciso dejarlo

encerrado en aquel pueblo, lo haría, pero que aquella triste comedia acabase cuanto antes.

El chófer estaba preguntando a un hombre la dirección del manicomio. Arrancaron de nuevo y en seguida surgió una verja alta pintada de verde, sobre la cual, en semicírculo, aparecía el nombre de un santo. Al sonido del claxon se abrieron las puertas, para cerrarse una vez que el taxi estuvo dentro.

Miguel bajó.

—Espérenme un instante. —Fue al encuentro de una muchacha, casi una niña, que barría las escaleras de la entrada principal—. Oye; el despacho del director, ¿cuál es?

La niña dejó de barrer y se le quedó mirando. Hizo un ademán.

—Allí...

Entró. Vio una habitación solitaria, una sala de recibir, amueblada al gusto de hace veinte años, con grandes colgaduras azules, floreros de cristal sobre altísimos pedestales, y, presidiéndolo todo, un Corazón de Jesús de escayola. En la penumbra se adivinaban unas frágiles sillas y una mesita oval para los periódicos. Volvió sobre sus pasos y buscó a la niña, pero solo oyó el rumor de su escoba dos pisos más arriba.

En el patio, rodeado de ventanas enrejadas, el taxi seguía aguardando. El chófer había levantado el capó y hurgaba en el motor.

—¿No está?

—Voy a preguntar al portero.

Los porteros le indicaron una pequeña habitación al lado de la verja. Allí le recibió una monja corpulenta, limpia, con un manojito de llaves en la cintura.

—¿Es usted pariente del enfermo?

—Soy sobrino suyo.

Le preguntó la edad, estado y una serie de nombres y fechas que Miguel no recordaba con precisión.

—Venga conmigo.

La siguió a través de pasillos, entre puertas guarnecidas de cerrojos, hasta el despacho del director.

—¿Cuánto tiempo llevaba en el otro sanatorio?

—Bastante.

—¿No recuerda exactamente...?

—No... no lo recuerdo.

—Ya... ¿En su familia se han dado otros casos?

—¿De locura?

—De locura.

—Mi abuela.

—¿Ha muerto?

—Murió en un manicomio.

La pluma corría velozmente sobre el papel, rellenando la ficha.

—Dígame qué otras enfermedades ha tenido.

—No lo sé. Yo no he vivido con él. Llevaba mucho tiempo sin verle. Solo le conocí cuando era pequeño.

—¿Qué edad tiene?

—Sesenta y cuatro o sesenta y cinco años.

La pluma se detuvo. Hubo un gesto de desaliento y, a pesar de que preguntó algunas cosas más, Miguel comprendió que el interrogatorio había terminado.

—Quería decirle algo respecto a mi tío. Conviene...

—No se preocupe —atajó el director—, nosotros sabemos cómo tratarlos.

—Es que él no sabe que yo...

—¿Que es usted su sobrino?

Su mirada le hizo a Miguel sentirse en ridículo.

—La ropa, ¿cuándo la van a mandar? —preguntó la monja.

—Ahí viene algo en una maleta. Luego mandaremos más.

—No se olvide de los cubiertos...

Debía ser el ángel tutelar de los enfermos. Debía sentir una vaga antipatía por los familiares. Estaría acostumbrada a ver cómo se deja al padre, al hijo o al hermano en manos ajenas, en manos de caridad, para no verle más, para no verle ya sino muy de cuando en cuando.

—Si quiere usted —el médico le acompañó pasillo adelante—, quédese ahí fuera mientras metemos a su tío. Así no le verá.

Un profundo sentimiento de vergüenza le embargó cuando quedó solo en aquel insólito silencio, espiando tras los cristales la silueta del taxi. Se preguntó por qué todos callaban, por qué había sobrevenido aquel silencio, por qué enmudecían los invisibles habitantes de aquellos muros. Desde niño había imaginado un manicomio como algo totalmente distinto de aquel siniestro vacío, solo interrumpido en algún instante por las voces que venían de fuera, del mundo de los vivos.

Apareció en la puerta del laboratorio un hombrecito vestido de negro, flanqueado por dos mozos con mandiles de cuero. En la mano de uno de ellos había una jeringuilla, una aguja larga, acerada, que le hizo estremecer. El tío Antonio salió del coche y el hombrecillo le invitó cortésmente a seguirles. El tío dudó un momento, luego, dócilmente, desapareció tras ellos.

Aún siguió un momento allí, tras los cristales, hasta que, apesadumbrado, abrió la verja y salió al pueblo. Aspiró el aire fresco, en tanto la mano del chófer le tocaba levemente en el hombro.

—¿Qué? ¿Nos vamos?

—Sí, ya nos vamos; saque el coche.

II

Un sueño profundo, un gran anhelo de dormir, una sensación de calma, de abandono. Las voces llegaban lejanas, desde más allá de la bruma ingrávida que la rodeaba. La voz la llamaba por su nombre: «Inés... Inés...» Y era como un vacío poderoso que intentara de nuevo arrastrarla a la vida. Lentamente le volvía la sensación de su cuerpo y sentía latir su corazón, las manos, los helados pies. «Inés... Inés...» La voz se desvanecía, alejándose poco a poco hasta no ser sino un susurro: «Inés... Inés...»

Doña Fe dejó caer desesperadamente la guía de teléfonos y rompió a llorar. Volvió los ojos hacia su sobrina y el miedo la hizo reaccionar. Buscó de nuevo el número de la clínica. El rostro de Inés se iba descarnando. Un tinte oscuro comenzaba a bañar su piel, mientras los ojos se hundían lentamente. Doña Fe consiguió encontrar el número. Al otro lado del hilo le aseguraron que vendrían en seguida a recoger a su sobrina.

—Inés... Inés... —intentaba despertarla; la movía de un lado a otro, sobre la cama— Inés, ¿qué te pasa? ¿Qué has hecho?

Inés abrió los ojos y extendió la mano hacia la mesilla, buscando algo, como las otras veces. Miró a su tía con los ojos borrados y volvió a su sueño.

Llevaba así veinticuatro horas. Doña Fe había pasado el domingo en Carabanchel, en casa de su hija, y a la vuelta había encontrado a Inés como la dejara: durmiendo, los postigos de las ventanas entornados, la habitación sumida en la penumbra.

La movió desesperadamente, anhelando volverla a ver abrir los ojos. Las últimas semanas la había sentido desvelada, agitándose entre las sábanas hasta las primeras horas del amanecer. Lo había achacado al calor, que ya comenzaba a notarse en aquel cuarto interior, sin ventanas a la calle. La había oído suspirar a través del leve tabique, había oído sus palabras a solas en la noche; y ahora la asustaba este blando sueño, este plácido sopor que a veces quebraba un espasmo violento.

—Inés..., chica... —movió suavemente su cabeza.

—¡Déjame! —la miró como un ciego y de nuevo alargó la mano hasta la mesilla.

Doña Fe apartó de su alcance el vaso mediado de agua blanquecina y, cogiendo el tubito de cristal, fue a tirarlo a la basura. El vaso lo lavó en la pila con miedo, con cuidado. ¡Si al menos su hijo estuviera allí! Miró con prevención sus manos y rompió a llorar. Inés, su sobrina, la hija de Julián, muerta... —creía.

El teléfono la sacó de estos pensamientos. Secó a toda prisa sus manos y, lanzando una ojeada a la alcoba, corrió al pasillo.

—¿Quién es?

—Mamá; ¿me llamaste?

—Sí hijo. Ven corriendo.

—No sé qué me ha dicho el director...

—Está muy mala. Ven corriendo.

—Ahora mismo. Voy a buscar un suplente que quiera dar mi clase. Acababa de llegar.

—Corre, hijo. Llamé a la clínica de la Sociedad. Date prisa.

Se secó las lágrimas. Agustín vendría pronto. Puede que llegara antes que los de la clínica. Sintió un pequeño alivio. Cuando volvió junto a su sobrina pensó que la respiración era más pausada, más normal.

Frenó abajo un automóvil, al tiempo que el tañer de una pequeña campana llegaba a sus oídos. Entreabriendo la puerta vio a un médico y a dos enfermeros, de blanco, subiendo a buen paso la escalera.

Ayudó a colocarla en la camilla, arreglando la manta en torno a sus piernas, y bajó tras ella la escalera, el pañuelo en los ojos, sin responder a las preguntas de los vecinos.

Cuando Agustín llegó a su casa, solo encontró el piso vacío. Una vecina le avisó en el quicio de la puerta:

—Su madre se fue en la ambulancia. Ha sido una cosa de repente...

—Ya... ya... —asintió.

—Casi se muere...

Cerró tras de sí. Buscó un taxi inútilmente. Corrió intentando recordar la calle, el nombre del sanatorio. Corría asustado, sin saber si seguir o detenerse. El pánico le asaltaba a medida que se iba acercando al hospital. En pleno desconcierto subió los escalones y empujó la puerta principal, preguntando a una enfermera, que le informó vagamente.

Se detuvo antes de reanudar la búsqueda y procuró serenarse. Era ridículo que las piernas fueran ahora a temblarle. Debía estar pálido, demacrado, pero en un lugar como aquel no llamaría la atención. Todo iba a precipitarse. El plazo se había cumplido antes de tiempo. Le hubiera servido de consuelo acusarse a sí mismo en aquellos pasillos vacíos, no ver nunca más a su madre, a su prima, no volver más por casa. Según avanzaba, buscando la habitación que no deseaba encontrar, un aluvión de ideas descabelladas venían a su espíritu. Se sentía inútil, desvalido; pensaba en la academia, en sus clases, en sus compañeros, los otros profesores, en Inés, en la mirada de su madre cuando abriese la puerta. Se detuvo en el quicio y, haciendo acopio de fuerzas, entró.

No lo sabía aún. Fue a su encuentro, temblorosa, como si en sus manos estuviera conjurar la desgracia. Sin poder remediarlo, Agustín sintió cómo su rostro enrojecía ante las lágrimas de ella. Por un instante, con la mujer sollozando sobre su pecho, pensó en alguna solución heroica, en algún heroico sacrificio, en matar su inmenso, infantil egoísmo, y aliviar así aquel dolor que sentía más cerca que las penas de Inés, que la suerte incierta que pudiera aguardar a la muchacha.

Apareció el doctor. Él, naturalmente, sí lo sabía. Sería tonto esperar otra cosa. Inés podía haber engañado a su madre semanas enteras, pero el médico debía haberlo adivinado a la primera ojeada, del mismo modo que ahora acababa de adivinar,

viéndole allí, que él era el causante, el culpable.

—¿Cómo está? —preguntó la madre.

El médico desvió un momento la mirada de Agustín para fijarla en doña Fe.

—Está fuera de peligro. Saldrá adelante.

Miró de nuevo a Agustín.

—Es mi hijo —explicó doña Fe; y luego, dirigiéndose a Agustín, agregó:

—El médico que asiste a tu prima.

—Ha tenido suerte. Si tardamos una hora más, no habiéramos podido hacer nada.

Tomó una dosis muy fuerte.

—¿Qué tomó?

—Veronal...

La madre rompió otra vez a llorar, y Agustín desvió la mirada ante el semblante inquisitivo del médico.

Inés nunca había hablado de eso, nunca le había amenazado con suicidarse. Todo había sucedido tan distinto a como él lo había previsto... Se la imaginó en la cama, y un frío terror recorrió todo su cuerpo. Nunca la creyó capaz de una determinación tan dura, porque siempre la tuvo por un ser mudo y débil.

—Le acabamos de inyectar estriknina y suero para compensar. Tardará bastante en recuperar el conocimiento.

—Dicen que el suero duele mucho —aventuró doña Fe.

—No se apure; en el estado en que se encuentra no notará nada.

Hizo pausa, envolviendo a ambos, madre e hijo, en una sola mirada, como si a los dos atañese lo que iba a decir.

—Pero no es acerca de eso sobre lo que quiero prevenirla. Es que esa chica, su sobrina, va a tener un niño.

—¿Está...? —doña Fe no fue capaz de concluir.

—Está embarazada —agregó el médico por ella, y después de otra pausa, en la que procuró inhibirse, despojar sus palabras de todo matiz de acusación, concluyó:—
... de casi tres meses.

Doña Fe no osó levantar los ojos del suelo.

—¿No sabía usted nada?

—Le aseguro que yo...

Había cesado de llorar. Miró a Agustín a hurtadillas, casi con miedo, y aquel, desde su rincón, incapaz de fingir, le contestó con gesto ausente y anonadado.

El médico ya no estaba allí. Cuando doña Fe intentó de nuevo hablar a su hijo, él no quiso escucharla, salió fuera, al pasillo. No podía aguantar más. También sufría, furiosa, sordamente, y en aquel solitario combate que sostenía consigo mismo se reconocía incapaz de explicar nada a su madre: su bondad, su flaqueza, su incertidumbre; toda su inmensa, su blanda cobardía.

III

La mujer, en el asiento de enfrente, sonrió con el niño en los brazos. Sostenía un termo en la mano derecha y le iba dando de beber a pequeños sorbos. Miguel bajó la mochila del soporte, depositándola a sus pies con cuidado. El tren aminoró la marcha, vibró en el cambio de agujas y, con una brusca desviación, entró en el andén.

—Buen viaje.

La mujer le siguió con la vista hasta que desapareció en el pasillo. En la noche oscurísima que encontró fuera, recordó su rostro plácido, sonriente. Soplaban una brisa suave, que acabó de espantarle el sueño. Tras él surgieron cuatro siluetas, tres hombres y una mujer, que, luego de mirar a ambos lados de la vía, saltaron a la cuneta. A su espalda, el tren, negro, envuelto en el soplido del vapor, permanecía quieto en la llanura solitaria. Cuando, por fin, tras de un suspiro poderoso, el convoy se estremeció, emprendiendo la marcha, las cuatro sombras rompieron a andar por la cuneta, siguiendo el curso de la vía. Miguel lanzó una ojeada en torno, buscando el pueblo, pero solo alcanzó a ver frente a él los dos tenues faroles de la estación y la cabina encristalada del jefe. Los hombres y la mujer, con sus cuadradas cestas a la espalda, se habían detenido y mantenían un estrecho conciliábulo. Se acercó.

—Por favor..., ¿podrían decirme...? El pueblo... ¿dónde cae? Le miraron, y por un momento nadie habló.

—Al otro lado de la vía.

—¿Ve aquella luz?

—No..., no muy bien.

—Allí es; allí empieza.

De nuevo caminaban todos siguiendo el curso de los raíles. Miguel iba detrás, como un intruso, sin ver dónde pisaba, procurando adivinar los baches, hasta que consiguió alcanzar al último de sus guías.

—¿Ustedes van al pueblo?

—Sí, allá vamos.

Una racha de brisa barrió la vía y trajo hasta ellos un olor a aceite y carbonilla.

—¿Viene de Madrid?

—Sí.

—¿Y va muy lejos?

—Según..., por estos pueblos.

El otro se tornó de pronto locuaz, y siguió preguntando.

—¿Del Frente-Juventudes?

—No. ¿Por qué?

—Por las botas —miró el cielo plagado de estrellas—. Va a hacer buen día; va a tener buen tiempo esta semana.

—¿Usted conoce todo esto?

—Sí. Cuéllar le gustará. Además, tiene el castillo, pero no se lo dejarán ver,

seguramente.

—¿Por qué?

—Porque es hospital de presos.

El camino torcía hacia la derecha, apartándose del tren. La mujer hablaba ahora con los dos hombres que iban en cabeza, pero todos seguían en hilera, al igual que Miguel y sus acompañantes. Sobre ellos las señales del paso a nivel movieron en silencio, fantasmagóricamente, sus brazos.

—Hay un convento, una iglesia, según se sube la cuesta al entrar, que tiene usted que verlo.

—¿En dónde? ¿En Cuéllar?

—Sí, hombre, en Cuéllar. Véalo, que de allí sacaré algo. También estuve una vez en Sepúlveda el año de la República... Se me murió un hermano allí. Es un buen pueblo Sepúlveda.

Repentinamente, del mismo modo que antes había roto a hablar, ahora había enmudecido. Miguel no podía ver sus facciones, solo su boina pequeña, caída sobre la oreja izquierda, y un retazo de barba crecida. Parecía bajo, fornido, y llevaba la pesada cesta sin esfuerzo alguno.

La primera luz que encontraron fue una pequeña bombilla fija al poste del teléfono. Más allá del resplandor debía empezar el pueblo. El viento se fue calmando y el chirriar de los insectos quedó pronto atrás, desvanecido.

—¿La fonda, dónde queda?

—En la plaza. Pregunte allí al sereno. Para ir a la plaza tire usted a la izquierda. Pasando un arco de piedra, allí está.

—Gracias. Buenas noches.

—Buenas noches...

Desaparecieron. Durante unos instantes, cada vez más confuso y lejano, llegó el rumor de sus voces. Aquella soledad y la luz opaca de la bombilla le entristecían, recordando a la mujer del tren y la conversación con el hombre de la cesta. Apretó el paso. Al cabo de un rato, más allá de la muralla, surgiera cuatro soportales con columnas de roble y de piedra en torno a un pequeño jardín, cuidado esmeradamente. En el centro saltaba el agua, y su rumor se confundía con el suave murmullo de la conversación que dos hombres sostenían en el extremo opuesto de la plaza. Uno de ellos debía ser el sereno. Se acercó. No le vieron hasta que estuvo encima, preguntándoles dónde podría pasar la noche.

—¿De dónde viene?

—De Madrid.

Discutieron brevemente sobre a qué fonda llevarle. Al fin prevaleció la opinión del sereno.

—Venga conmigo.

La fonda estaba muy cerca de la misma plaza. A la tercera llamada apareció el dueño en el balcón.

—¿Qué pasa?

—A ver... Una cama para este señor.

—Espera...

El balcón quedó entornado. Se oyó crujir la escalera y el posadero abrió la puerta, mientras sujetaba sus tirantes sobre la camiseta.

—Suba.

—Buenas noches.

El sereno se despidió. Al final de la escalera, limpia, muy pina, estaba el cuarto. Se quitó la cazadora, dejando la mochila en el suelo, junto a la ventana.

—¿Dónde va el amigo?

—Por aquí —comenzó a sacarse las botas.

—¿Por esta provincia?

—Por todas. Mañana paso a Iscar.

—¿Y sigue?

—Voy a ver unos pueblos. Luego puede que me quede un par de meses en alguno.

—¿Por qué no se queda aquí? Este es un buen pueblo; viene mucha gente.

Ya estaba dispuesto para meterse en la cama.

—Que descanse.

—Gracias. Hasta mañana.

Y aún agregó, desde el otro lado de la puerta:

—Puede echar el pestillo, si quiere.

—Ya, ya lo vi.

El sueño huyó nada más meterse entre las frías sábanas. Apagó la luz, porque las paredes pintadas de verde y la puerta enorme, desproporcionada, hacían resaltar aún más la soledad del cuarto, su propia soledad.

IV

Fue un doloroso despertar, de nuevo en casa, transido el cuerpo por los pinchazos del suero. Solamente recordaba las menudas pastillas en el tubito transparente, sin ninguna etiqueta, sin ningún título, tomadas de un puñado. No tuvo miedo después, solo ganas de descansar, de paz, de sueño. Aún quedaban algunas que disolvió en el vaso de agua. Vino un sueño profundo, voluptuoso, como si el cuerpo, la habitación entera, flotase en el vacío...

En invierno Agustín solía volver de la academia cansado, aburrido de lidiar con los chicos, hora tras hora, desde las cuatro de la tarde. A veces se metía en un cine para matar el rato, o llegaba a casa y, colgando la gabardina detrás de la puerta, se sentaba en la camilla y leía el periódico hasta la cena.

Miraba a su prima coser, cerca de la ventana que la lluvia oscurecía antes de tiempo.

—¿Para quién es eso?

—¿Esto? Para mi hermana. ¿No sabes que se casa?

—¡Ah, ya!

Volvía a la lectura y, al cabo de un rato, alzando la cabeza de nuevo:

—¿Sabes si mi madre piensa ir?

—Dice que vamos todos.

¿Qué pensaría la prima Inés? ¡Qué vida la suya! Saliendo solo con su madre. En el pueblo tampoco tendría muchas distracciones. La tarde se apagaba con rapidez, y la lluvia arreciaba fuerte. ¿Qué pensaría Inés?

Dos domingos al mes doña Fe veía en Carabanchel a su hija casada. Inés la acompañaba en un principio, pero después se fue cansando de ver siempre las mismas caras, de oír las mismas conversaciones, y optó por quedarse en casa. Agustín, en cambio, los domingos salía siempre. Después de comer se embutía en su traje azul marino, y, pidiendo dinero a su madre, desaparecía hasta las primeras horas del día siguiente. Tenía las clases por la tarde y podía dormir con tranquilidad la mañana del lunes. Así, durante los días festivos, Inés quedaba sola en casa, cerca de la ventana, escuchando el confuso rumor de la calle, el retumbar de los tranvías. Las primeras horas tras la comida, después que Agustín, y su madre se marchaban, transcurrían muy lentamente; luego, el tiempo parecía fijarse, y las manos, una frente a otra, tejían la labor sin fin de todos los días: la ropa de la hermana que iba a casarse.

A eso de las seis, cuando el vecino del segundo volvía del fútbol y encendía la radio, un leve hilo de música se filtraba del piso inferior con las voces del marido y la mujer regañando, los lloros de los niños o el rumor de los amigos, que, de tertulia tras el partido, acababan enzarzándose en interminables discusiones. Con el eco de las palabras, el tiempo volvía a su medida, la lámpara parecía descubrir otra vez las cosas y ya no quedaba sino esperar a que doña Fe regresase. Al final, siempre se maravillaba de que la tarde hubiera pasado tan pronto. En la breve extensión de aquel

comedor, amueblado con altos aparadores cubiertos de loza, donde las paredes empapeladas parecían alejarse en las sombras, más allá de la lámpara dorada, vestida de flecos rojos, nació el amor de los primos.

—Allí, a veces, también hay cine. Va un hombre con un coche y él mismo lo explica. Son películas mudas, claro. Casi siempre va los sábados y se queda también el domingo. Lo hacen en la escuela; según la gente que haya.

—¿Y tú no echas de menos aquello?

—A veces, sí.

—Allí debías salir más que aquí.

—Por la tarde íbamos de paseo hasta el río, hasta una ermita.

—¿Por la carretera?

—No, por el camino. La carretera cae más lejos.

—¿Es muy viejo?

—¿El pueblo?

—Sí...

—Muy viejo. Ya no vale nada. Tiene murallas y un castillo, pero el castillo se cayó hace mucho tiempo, antes de nacer yo.

—Una noche se lo decimos a mi madre y nos vamos al cine.

—¿Los tres?

—Si ella quiere...

La película en colores, el cine de barrio, con su público apacible de la última sesión; la somnolencia de la hora, que el frío de la calle no era capaz de ahuyentar, les unió más que la vida en común, más que todo el mes de charla en torno a la camilla. Volvieron muy juntos, bajo el paraguas, huyendo de la helada llovizna que salpicaba sus pies.

Al día siguiente doña Fe preguntó:

—¿Qué tal anoche?

—¡Ah, bien...!

—¿Qué tal la película?

—Muy bonita —respondió Inés.

—¡Qué par de sosos sois! Hay que sacaros las palabras a la fuerza.

—Pero si ya te hemos dicho que estaba bien —protestó Agustín.

—En colores.

—A mí también me gustan en colores, pero Agustín nunca me lleva.

—¡Vaya...! —su madre sabía perfectamente que la llevaba en cuanto quisiera, pero le gustaba quejarse ante la gente, lamentarse un poco.

Agustín nunca pudo saber a ciencia cierta si su prima estaba o no enamorada. Seguramente sentía una vaga admiración por él, por su trabajo, distinto del que todos hacían en su pueblo, y un afecto familiar hacia el único varón con quien tenía relación asidua. Él, por su parte, nunca pensó en casarse con ella. Siempre estuvo decidido a dar largas al asunto si la cuestión llegaba a plantearse, hasta que pudiese

romper el noviazgo con algún fútil pretexto. Inés estaba sola allí, y le había cogido cariño, como a un chico pequeño a quien se mimaba, eso era todo, pero no le quería, y aun en el caso de que así fuera tampoco era como para preocuparse, puesto que el desenlace parecía lejano.

Ese desenlace llegó a fines de otoño, tras un mes que la muchacha pasó en el campo, en casa de su padre. Volvió transformada, recta, prieta, con un mirar suave, tranquilo, que turbó a Agustín en el primer encuentro, cuando fue a esperarla a la estación.

La madre aprovechó la tarde para su visita a Carabanchel. Ellos también salieron, pero una lluvia torrencial les echó a casa temprano. Pasada la tormenta, un sol ocre, mate, hería la pared frontera, dibujando, en oscura diagonal, la sombra del tejado. En la penumbra del cuarto los dos muchachos sentían su aliento, el vaho húmedo y cálido.

Cuando, tiempo después, el médico amigo de Agustín diagnosticó un embarazo, este se esforzó en persuadir a la muchacha.

—Conozco a uno que es practicante. Ese lo arreglará.

—¿Qué va a hacer?

—Pues eso... un aborto —replicó él con timidez—. Lo malo es que no sé de dónde voy a sacar el dinero —Inés negó con la cabeza.

—No quiero...

—Entonces, ¿qué? ¿Qué quieres que hagamos?

Se encogió de hombros.

—Esperar...

—¡Esperar! —exclamó Agustín con desaliento—. No se puede esperar. Lo que sea hay que hacerlo cuanto antes; si puede ser en esta semana. Sí andamos esperando, cuando nos queramos dar cuenta no hay remedio.

En el silencio con que Inés le respondió, supo que estaba dispuesta a aceptar la criatura. Quizá ella tuviera alguna compensación con el hijo, pero él no lo deseaba, lo temía. Se vio casado contra su voluntad, para toda su vida. Era preciso convencerla de cualquier modo; pero la serenidad, la decisión de la muchacha le hacía sentirse en ridículo, le irritaba.

—El director de mi academia es un santurrón, un beato. Seguro que me echa. Además, figúrate, mi madre... y tu hermana y tu padre. ¿Qué crees que va a decir tu padre?

Ella seguía sin aceptar. En las prolongadas disputas que ahora llenaban las ausencias de la madre, siempre Inés acababa vencién-dole con su mutismo.

El día en que, ciego de ira, llegó a amenazarla, Inés escribió a su hermana. Sentía su cuerpo transformarse. Vinieron los vómitos, las náuseas; más penoso todo por tener que disimularlo ante la tía, bajo la mirada suplicante o amenazadora del primo.

La respuesta del pueblo no se hizo esperar. La hermana no parecía meterse a juzgar sus relaciones con Agustín, pero era indudable que la culpaba a ella,

prohibiéndole aparecer por allí antes de su boda. «Quiero casarme en paz —eran sus palabras—; ten un poco de vergüenza, piensa en el escándalo...»

Inés quemó la carta sin decir nada a Agustín, al domingo siguiente, cuando quedó sola, buscó una farmacia abierta y compró las pastillas. Al pronto temió no atinar con el nombre, pero por el gesto del farmacéutico comprendió que había acertado.

V

Salvando a buena marcha los kilómetros restantes, el camión enfiló una calle larga y recta para ir a detenerse en el extremo opuesto del pueblo. El chófer, que era el dueño, se negó a admitir ningún dinero por el viaje, solamente un cigarro, que fumó allí mismo, sin prisas, sentado en el parachoques.

—De eso que a usted le interesa, el único que aquí entiende es el cura. Vive allí, junto a la iglesia.

—¿Cuál de las dos?

—La de acá, la nueva.

Iscar es un buen pueblo. Tiene tostaderos de café y aserraderos, y un cine grande, desproporcionado, con los muros pintados de rosa. Dominándolo todo se alza el blanco castillo sobre una loma pelada, yerma, donde los menudos cristales de yeso llamean en el polvo.

El cura le recibió a la sombra de su portal.

—Hay poco que ver aquí. Yo le enseñaré las dos iglesias que nos quedan. Son de estilo románico de Sahagún. Antes había otra, pero la convirtieron en fábrica de harinas. Mire, es aquella.

Desde la sombra, al final de la calle, se alcanzaba a ver un ábside de ladrillo con pequeñas arcadas, coronado por dos balcones de cemento y el negro tiro de unas chimeneas.

—Las otras —continuó—, las conservamos bien. Yo conseguí un préstamo en el Banco. En una de ellas están trabajando todavía. Le ofreció tabaco. Había un estante desde el suelo hasta el techo repleto de libros: números encuadernados de la Revista Eclesiástica y algún tomo de arte.

—Yo también soy un poco aficionado a estas cosas antiguas. Tengo ahí un cuadro que guardé cuando desmontaron el retablo de la iglesia parroquial. Venga a verlo.

Salieron al huerto por la puerta trasera. Al abrigo del tejadillo de pizarra yacía una tabla primitiva, un santo con doradas vestiduras, de mirada absorta, surgiendo de un suave paisaje. Era su colorido, sus árboles frondosos, sus dorados caminos, algo tan ajeno al ambiente, al calor abrasador de aquel huerto, que parecía un retazo de otro mundo lejano, delicioso. Y, contemplándolo, Miguel sintió compasión, cierto cariño por aquel otro paisaje que reverberaba a sus espaldas, por aquella montaña calcinada que se cernía sobre su cabeza.

El cura dejó de leer el latín de la orla.

—Yo he estado en el castillo un par de veces. Tiene mala subida. Hay poco que ver. Se conserva mal porque los del pueblo sacaron de allí mucha piedra para las casas. Solo queda una sala en pie, con una gran columna en medio que sostiene la bóveda. Parece una palmera. Véala, que le gustará. También hay dos escudos. —Con un gesto le invitó a salir, y de un empujón cerró tras de sí la puerta.

Acostumbrado a mandar —pensó Miguel—.

Después de treinta años en el pueblo, los feligreses acataban su rústica severidad en el respetuoso «Buenos días, don Anselmo», o en el afán desmesurado de los niños por besar su mano. Ahora que el pueblo había crecido y el reuma, con la edad, iba arreciando, le habían mandado un ayudante rubio, taciturno, que pareció despertar sobre su breviario cuando se aproximaron a la iglesia.

En el interior todo había sido pintado, dorado, cubierto por la cal.

—Todo esto que usted ve nos costó más de mil pesetas.

Cuando volvieron a casa del párroco, un hombrecillo, de barba negra y cerrada, les estaba aguardando.

—Buenos días, don Anselmo.

Don Anselmo apenas le hizo caso, yendo al comedor a sentarse con Miguel. Allí se estaba fresco y pudieron respirar, luego de echar un trago del botijo.

—¿Sube por fin al castillo? —preguntó el cura.

—Voy a comer allí. Me quedará hasta la tarde.

—Le advierto que hace mucho calor para subir ahora...

—Tomándolo con calma... —apuntó el de la barba.

—Si quiere subir —señaló don Anselmo al hombrecito—, Pepe le puede acompañar. Por lo menos le dará conversación.

El otro sonrió como un animalito agradecido.

Subían con lentitud, sudorosos, el sol centelleando en el sendero, montaña arriba. El corazón batía fuerte y Miguel tuvo que detenerse para calmar su respiración entrecortada.

—¿Se cansa?

—Un poco.

—¿Quiere que esperemos?

—Sí; será mejor.

Al hombrecillo no parecía afectarle la cuesta. La negra visera de la gorra casi le tapaba los ojos. Se entretenía jugando con un pedazo de yeso que brillaba en sus manos como una joya.

—No crea que estuvo esto siempre así, tan pelado. Antes había encinares, pero los arrancaron para sembrar.

—¿Y ahora no siembran?

—Ya no.

Cruzaron bajo una nube de blancas sábanas ondeando al viento, tendidas en recios alambres. Un golpe de tos le agarrotó la garganta.

—Vamos, ya queda poco —le animó el hombrecito.

De nuevo hacia arriba, un poco más despacio. A medida que ganaban altura, una brisa templada les iba envolviendo.

—Traiga, yo le llevo la mochila.

Cargó con ella y subieron más aprisa. Miguel no podía hablar, pero al otro ni el calor ni la fatiga le restaban fuerzas.

—Menos mal que trae agua —señaló la cantimplora—, porque arriba no hay ni gota.

Más allá de la primera muralla, las bóvedas vacías devolvieron el eco de los pasos en el derruido recinto. El sol hacía crepitar los muros cuarteados, ciegos, y esparcía sobre los escombros, sobre las avanzadas barbacanas, su luz cegadora.

—Cómo vivían estos, ¿verdad?

La voz hizo surgir de las ruinas una nube de grajos que se perdió rumbo al pueblo.

—¡Lo que sería este castillo cuando estaba sano...!

Miguel miró al hombrecito. Había en sus palabras una mezcla de admiración y escepticismo. A sus pies la llanura se extendía hasta el horizonte cargado de brumas. Dos hornos de cal dejaban escapar a la salida del pueblo un hilo azul, delgado, que subía en el aire hasta disolverse a poca altura. El frontón desierto, las dos iglesias, el cine se confundían en la llanura.

A la sombra de un arco, cara al pueblo, comieron los dos. Pepe lio un cigarro.

—Se está bien aquí, ahora.

Miguel se había tumbado y solo alcanzaba a ver el rostro barbudo de su acompañante, recortado en el marco brillante del cielo. Había sacado una botella.

—¿Usted no bebe vino?

—Ahora no.

—Lo hay muy bueno por aquí —se secó cuidadosamente los labios con el pañuelo.

Le seguía tendiendo la botella, pero Miguel rehusó de nuevo; después se durmió. Al despertarse, el sol ya había bajado mucho, y el hombrecito seguía sentado, la cabeza sobre las rodillas, mirando el pueblo.

—Buena siesta echó...

Iscar, ahora, aparecía vivo, abierto al cielo: las mujeres en el corral o en grupos cosiendo, los hombres en el campo, un grupo de jugadores en el frontón, y el cabo de la Guardia Civil a la puerta del cuartel, sentado, leyendo. Una ristra de caballos cruzaba camino de Olmedo, alzando a su paso nubes diminutas de polvo. Motores, relinchos, voces, el cántico de los gallos, el rumor de los chicos persiguiéndose por la carretera, todos los ecos fundidos en un solo clamor llevaban un hálito de vida hasta los dos hombres, hasta las ruinas que comenzaban a ensombrecerse a sus espaldas.

—¡Verdaderamente, qué poca cosa somos los hombres!

—¿Por qué dice eso?

Su mirada se posó en las casas, en la red de caminos que abajo sorteaba la llanura, exclamando:

—Si es verdad que hay Dios, como dicen, ¡bien se debe de reír de nosotros! Debe decir: «Mira aquel, qué tonto es; mira aquel otro, en cambio, qué fino; y aquel de más allá, qué chasco se va a llevar. ¿Para qué trabajar tanto si mañana me lo llevo?» Si es verdad que lo ve todo, como dicen, ¡bien se debe reír de nosotros! —se volvió

mirando a Miguel—. ¿Es así o no es así?

—Será...

—Si no, cada vez que echamos contra Él, cada vez que uno le dice una mala palabra, tenía que bajar y rompernos el alma, porque a fin de cuentas, ¿qué somos nosotros?... Pero debe decir: «Déjale, déjale; ya caerá...» ¿Es así o no es así?

—Será...

—¡Como que es de razón!

Miguel se levantó y fue deambulando por las ruinas. El otro le seguía, charlando sin reposo.

—A mí, de joven, también me gustaba ver mundo como a usted. Una vez estuve en Bilbao trabajando en las carreteras. También me fui de camarero dos años a un convento.

—¿De camarero?

—Sí, con los niños. Tenían chicos de pago. Jesuitas, ¿sabe? Pero eso fue en Andalucía. Me hicieron sacristán. Al final, los chicos me querían tanto que no salían de paseo con nadie más que conmigo.

Un perro aulló junto al frontón; otros tres, con saña, le persiguieron, y, al cabo de un rato, sus ladridos cubrieron todos los demás ecos, incluso el monótono ir y venir de la pelota.

—Fue el año en que los anarquistas de Jerez quemaron los conventos. Había mucha hambre entonces. Yo fui con dos criados y un lego de confianza a por el armamento.

—¿Qué armamento?

—Diez cajas que nos mandaron en un lanchón. Treinta rifles *Remington*, último modelo, con su munición completa. Por las noches hacíamos guardia en las tapias de la huerta. A mí me tocaba casi siempre con un chico de Asturias, medio paisano mío, que profesó luego. Se pasaba las noches preguntándome: «¿Vendrán, hermano?», y yo le contestaba: «Rece, rece, que Dios nos sacará de esta». Luego andábamos todo el día dando cabezadas en el coro.

Bajaron del castillo a la caída de la tarde, y el hombrecillo se despidió. Quedó Miguel solo en la plaza del Ayuntamiento, matando el tiempo, rodeado de niños que le miraban con descarada curiosidad. Cuando perdieron el miedo se le fueron acercando, y él, por decirles algo, les preguntó su nombre a cada uno. Al hacerse de noche fue al bar donde paran los camiones de la *Fraga*.

Camino de Cuéllar, el camión de la *Fraga* se detiene en Iscar media hora, por la noche. En tanto duermen los vecinos, los de la *Fraga* cargan, descargan, pesan y extienden talones a la luz temblona de un carburo. Corre luego el camión a través de la planicie solitaria, tras el sendero de luz que van abriendo sus faros, y el chófer, amodorrado junto al relevo, que descabeza un sueño, saca el brazo al viento frío de la noche, luchando porque el verdoso resplandor del salpicadero no concluya también por adormecerle.

Cuando la gente de los pueblos se levante a la mañana siguiente encontrará en el almacén, al lado de la cantina, el bocoy de clarete para las fiestas, el motor de la noria que mandaron a Medina porque no funcionaba, los dulces del cumpleaños. «Lo trajo la *Fraga*», dirán. La *Fraga* consume a los hombres en un trabajo que a fuerza de velar, día tras día, les hace perder el sueño. En la noche y durante todo el largo día parpadean, abren forzosamente los ojos, haciendo visajes, gestos como de burla al paisaje que va apareciendo en el cristal sobre el cuentakilómetros.

Cedieron a Miguel un asiento en la cabina, entre los dos. El de la derecha, serio, taciturno, cerró la portezuela, en tanto comenzaban a caer unas gotas.

—Vámonos...

Arrancaron.

—Hoy vamos tarde.

—¡Si no fuera por este pueblo!

—Mira, ahí viene el médico.

A la luz de los faros, bajo la lluvia, blanco como una aparición, cruzó el médico, pedaleando en su bicicleta.

—Tuvo un crío la mujer de Márquez.

—¡Vaya noche para andar por ahí!

El camión acelera. Ahora los tres han enmudecido. Uno duerme, Miguel piensa, el chófer ha sacado el brazo y deja que el agua menuda de la lluvia corra por él.

VI

Doña Fe preguntó a su vez un poco sorprendida:

—¿No sería mejor que te quedases aquí, en casa, un poco más?

—De todos modos me voy a marchar. Es mejor que me vaya ahora.

Doña Fe no respondió; en parte, porque comprendía que su sobrina llevaba razón y porque, en el fondo, prefería que se fuese. Su hijo recuperaría el sueño, se tranquilizaría, y ella podría tal vez callar sus vagos remordimientos.

Inés ahora le asustaba. Después del accidente, velándola a los pies de la cama, le habían atemorizado los ojos cerrados, el rostro demacrado, inmóvil, de su sobrina. No era ya Inés, la hija de Julián, que había venido a Madrid a bordar la ropa de su hermana; era una extraña criatura capaz de atentar contra su vida, capaz de matarse y que, inconscientemente, parecía rechazar toda protección, toda misericordia, cuyos impulsos y arrebatos eran difíciles de prever.

¿Qué pensaría Julián de todo aquello? Ojalá Inés no le contase lo del Veronal. Lo otro se lo explicaría ella por carta, si es que María, la hermana, no se lo había dicho ya. Procuraría disculparse y disculpar a los chicos, arreglarlo de algún modo, si es que la cosa tenía remedio, porque Agustín seguía no queriendo casarse. Le arregló la maleta, sin olvidar el regalo de boda para María y, al despedirla, no pudo evitar unas lágrimas. Agustín aguardaba, serio, un poco nervioso, junto al quicio de la puerta.

—Vamos, vámonos, perdemos el tren.

En el andén, tras colocar el equipaje en la red, los minutos se prolongaban eternamente.

—Me escribes de vez en cuando. Yo ya te contestaré... —Inés le miraba desde la ventanilla. El brillo del cristal, la suave luz de la estación en torno a sus ojos, prestaban un halo de amargura al rostro demacrado—. ¿Cuándo es la boda?

—Este verano.

—A ver si voy por allí... —no pudo continuar. Le pareció que los otros viajeros, los demás rostros, tras los cristales, le acusaban como se acusaba él mismo en aquel momento. No pudo seguir mintiendo. Sin querer miró a sus pies, al suelo, deseando con toda el alma que el tren arrancase de una vez, oír el silbido, la campana que le liberaría de aquellos minutos bochornosos. Al fin sonó. El reloj de la estación marcaba la hora en punto. Allá se alejaba el convoy, una mano diciendo adiós, agitándose suavemente, casi con languidez, hasta perderse.

Desde el apeadero, el autobús llevó a Inés a cinco kilómetros del pueblo. Tomó su maleta y, echándose el abrigo sobre los hombros, apresuró el paso para llegar antes de que se hiciera de noche. A aquella hora, en marzo, con el sol puesto, corría un viento frío que barría la llanura hasta las mismas murallas. Cruzó ante la arruinada ermita de la Virgen. Al lado, en la casa del sacristán, surgió un hombre.

—¿Ya de vuelta?

—Sí... ya —le reconoció por los chiquillos desastrados que le seguían y el acento especial de sus palabras.

—Mal te deben tratar en Madrid.

Se preguntó si su hermana habría contado ya algo. No; quizá a su padre, pero a él solamente. Hizo un nuevo alto en el almacén de Gregorio y allí bebió, contra su voluntad, un vaso de limonada.

—Vienes con la lengua fuera. ¡Cinco kilómetros con la maleta! Descansa, mujer, descansa —escondió las dos manos en los bolsillos del guardapolvo verde—. No diga luego tu padre que aquí te tratamos mal. Cuando te vea tu hermana se va a creer que te pasa algo. ¿Cuándo se casa?

—Para el verano —dice.

—¿Aún no has visto a nadie?

—Acabo de llegar. Estuve en la ermita con el gitano y su mujer.

—¿Con Alejandro? —Gregorio rio de buena gana.

—¿De qué te ríes?

—De lo de su mujer. Ahora la calienta todas las noches.

—Eso son cosas vuestras.

—¿Cosas nuestras? Desde aquí se oyen a veces los gritos —recogió el vaso, riendo aún.

—Tienes mala cara.

—Es que estuve mala...

—A ver... —le acercó el rostro a la luz del petróleo que caía del techo.

—No sé qué os darán en Madrid, pero traéis todos de allí una cara de difuntos...

—Estuve mala...

—No, si allí no debe haber uno bueno del todo.

Cogió de nuevo la maleta.

—Gracias por el limón.

—De nada, mujer, de nada. Dile a tu padre de mi parte que, cuando pueda, se pase por aquí.

—Se lo diré, descuida.

Marchó hacia su casa. Tres ventanas iluminadas, a lo largo de la única calle del pueblo, jalonaron su presencia de un extremo a otro de aquella. A pesar de las tinieblas, su hermana la reconoció desde el balcón. Reconoció su silueta, subiendo fatigosamente.

La hermana apareció en la puerta. A pesar de que nada dijo y de que la llama del carburo desfiguraba sus facciones, Inés adivinó su irritación. El padre no estaba.

—Salió a media tarde...

—¿Le contaste algo?

—Claro, ¿qué querías que hiciese?

—Y ¿a quién más?

—¿A quién se lo voy a decir? ¿Crees que soy tonta? Ya se enterarán, si Dios no lo remedia. ¿Hiciste la sábana?

La sábana... La había olvidado. Acababa de recordar que llevaba casi un mes sin coger la aguja. En la cama, en casa, había intentado terminarla, pero no había podido.

—No la terminé.

—Pero, ¿la empezaste?

—Empezarla, sí. Hice un poco.

—Bueno —repuso María con violencia—. Tú dirás qué has hecho en Madrid.

—Nada.

—Has hecho lo único que no debías hacer.

Vio a María en el quicio de la puerta, menuda, limpia, brillante el rostro, acusándola, erigiéndose desde aquel momento en hermana mayor.

—¿Y si se le ocurre a Juan venir a verme? ¿Qué va a decir?

—No sabe nada. Si tú no se lo dices...

—Digo, cuando la boda...

—Yo no voy.

—Pero se enterará. ¡Menuda gracia!...

De nuevo preguntó por su padre.

—¿Qué dijo?

—¿Cuándo se lo conté? Poca cosa... Ya te lo dirá todo ahora.

Pero él no dijo nada. Se limitó a mirarla. La envolvió en una mirada de tristeza y, colgando la boina en el portal, fue a sentarse en un rincón. Toda la piedad, la amarga pena que por sí misma no sentía, despertó en el corazón de Inés a la vista de su padre. En el rincón, la cabeza inclinada, mirando el suelo, acariciándose las guías del bigote, se mantuvo inmóvil, sin murmurar una sola palabra. Al cabo de un rato, sin alzar el rostro, dijo a María.

—Anda, pon la cena.

Quedaron los dos solos. Inés comprendió, a la vista del padre, que no debía haber vuelto. De haber previsto aquel silencio, no estaría allí.

—¿Qué dice Agustín? —sus ojos la interrogaban desde una inmensa tristeza.

—No quiere... No... —le fue imposible continuar.

El padre se levantó pesadamente. Cerró la puerta tras de sí, y durante unos instantes sus pasos hicieron crujir la escalera. La lámpara agitaba sombras en el techo. En la habitación fría, encalada, con olor a madera, a arena del río, junto al bastidor donde su hermana preparaba la ropa de su boda, Inés, pausadamente, rompió a llorar.

VII

En aquel momento se preguntaba si verdaderamente aquel viaje tenía algún objeto. Lo había decidido una noche, en la soledad de su cuarto, y ahora, a la luz del día, no estaba muy seguro de querer seguir adelante. Sin embargo, imaginando las horas vacías, absurdas, en la pensión de Madrid, no le costó decidirse a continuar.

En el fondo de todos sus proyectos, en la mañana de cada uno de sus días, había siempre la misma abulia gris, la blanda apatía que ahogaba todas sus acciones. El primo Antonio tenía razón. Era preciso luchar, conseguir algo o, al menos, proponérselo, para pasar dignamente por la vida.

Había venido a ocurrirle lo peor cuando perdió la tutela de sus padres. Durante el funeral de la madre, sus tíos le habían dicho: «eres un hombre», y no era cierto. Y cuando un año más tarde falleció el padre en unas horas, cada uno de los íntimos que quedaron velando el cadáver le dio un abrazo y le ofreció su apoyo para el porvenir, pero él fue dejando pasar el tiempo... Y, al final, le olvidaron.

Miguel pensaba que en otras circunstancias no habría sucedido así. De haber vivido los padres, por complacerles, quizá por evitar discusiones, llevado por una inerte obediencia, hubiera adoptado una actitud distinta ante la vida. Incluso con el tío Antonio en su sano juicio es posible que su vida hubiera tomado un derrotero distinto.

El autobús destartado subía a buena marcha, lamentándose, camino de Sacramenia. Salieron de Cuéllar entre dos luces, y ahora, a punto de rendir viaje, solo quedaban tres viajeros, aparte del mayoral y del chófer. A la mañana siguiente partió desde la fonda hacia el monasterio de San Bernardo, a pocos kilómetros del pueblo, en una vega pequeña, abrigada, que en otro tiempo debió ser floreciente. Ahora todas las dependencias, excepto la iglesia, habían sido convertidas en granja por un particular. Infinidad de gallinas picoteaban en la explanada, ante la puerta, y de las ventanas, donde en otro tiempo estuvieron emplazadas las bodegas, llegaba el cálido olor de las vacas.

—Todas las estatuas, todos los adornos, se los llevaron los americanos —el guarda señaló con el dedo la cornisa vacía, junto al techo—. En América están. Mi padre las vio arrancar cuando el Rey. Las embalaron en cajones y las embarcaron en Valencia.

La mujer había aparecido en el quicio de la diminuta puerta de la cocina y aguardó en silencio hasta que el guarda hubo terminado de hablar.

—El señorito dice que, si quiere, vaya usted viendo la iglesia mientras él se levanta.

—¿Vive aquí?

—¿El señorito? Sí. Se casó este año. Está también su mujer.

Llegó un muchacho cetrino, espigado, que enviaron a buscar la llave. Con ella en la mano acompañó a Miguel hasta la capilla.

—¿Tú trabajas aquí?

—Sí, señor.

—¿Hace mucho?

—Hará un año, si lo hace.

La mitad de la capilla, del coro hacia el ábside, estaba tapiada. Por la enorme abertura de la bóveda se remontó, desapareciendo, un bullicioso coro de vencejos. Las paredes, comidas por la humedad, mostraban los remates desgarrados de sus columnas, desnudas de toda ornamentación. El muchacho, como antes el guarda, señaló sobre su cabeza.

—Mire, de ahí se llevaron todo lo que había.

—¿Por qué tapiaron la parte de atrás?

—Porque se está cayendo y las palomas que entran por el techo lo ponen perdido.

Al día siguiente durmió en Turégano. Muy de mañana, terminada la misa, un muchacho de unos trece años, que oficiaba de sacristán, le enseñó en el castillo la celda de Antonio Pérez.

—¿Tiene usted una cerilla?

—No. ¿Para qué?

—Para entrar. No hay nada de luz dentro. Solo una rendija por donde le echaban la comida.

Por la abertura, un rayo de luz difusa. La voz atiplada del sacristán sonaba a hueco bajo la bóveda.

—Aquí estuvo encerrado tanto tiempo que enfermó de reúma...

Fueron subiendo por una empinada escalera de piedra roja hasta dar cima a la torre del homenaje. Desde allí el horizonte huía hacia el infinito en la llanura surcada por la verde diagonal de los álamos.

En la primera muralla, revocada con cemento, unos hombres diminutos jugaban al frontón.

—¿Vienen muchos turistas por aquí?

—Sí, señor. Ahora empiezan a venir franceses, como antes de la guerra.

—¿Pero, tú te acuerdas de antes de la guerra?

—Lo dice mi padre. El año pasado lo sacaron en una película.

—¿A tu padre?

—Y al castillo. Unos alemanes que estuvieron aquí tres días.

La plaza mayor es amplia, rodeada de bajos soportales, despejada, porque en ella se celebran las corridas al final del verano, y sobre sus rechonchos tejados se divisa la silueta del castillo, al que un romántico campanario da cierto aire caótico y escenográfico.

Cuando el viento se detenía, el sol llegaba a calentar. Entró en un bar, a la sombra de los soportales, y pidió una cerveza. A su lado, junto al mostrador, un hombre joven, de pelo pajizo y rostro quemado, le miró un instante y luego exclamó, mirando a la patrona:

—¡Qué bien se vive así!

Miguel no se dio por aludido, pero las palabras quedaron en la penumbra del exiguo bar como un perfil casi tangible de odio y resentimiento. Y aún concluyó...

—¡Me apuntaba a pasar así toda la vida...!

Había desaparecido tras la cortina de varillas. La dueña se creyó en la obligación de paliar un poco el mal efecto.

—Usted no es extranjero, ¿verdad?

—No. Soy de Madrid.

—Ahora hay mucha costumbre de conocerlo todo.

—Sí...

—Todo el mundo viaja...

Las palabras del hombre en el bar y la imagen de un casino fin de siglo, con espejos deslucidos y mesas de tresillo, fueron los dos únicos recuerdos de Miguel a su paso por Turégano.

Cruzó Cantalejo, un pueblo donde hombres y mujeres tallan trillos al sol. Arrodillados a ambos lados de la carretera, hundían en las tablas de pino el pedernal de veta oscura y los pequeños trozos de sierra que durante muchos veranos han de cortar las cañas del pan en toda la provincia. Y del barranco a la cima, surgiendo del estrecho cauce del río Duratón, el coche llegó bordeando repechos hasta el arco que da entrada a Sepúlveda. Caía una fina llovizna, que se convirtió en aguacero torrencial al entrar en la plaza. Ya no dejó de llover en los tres días que Miguel estuvo allí. Llovía sobre la tierra, sobre los pardos tejados, sobre las brillantes losas que tapizan sus calles. A la tarde, la vieja cruz que junto a la plaza de España remata una ancha escalera, bogaba sobre su pedestal en el cielo ensombrecido. Bajo los soportales la gente veía caer la lluvia, paseando, envuelta en una luz vaga, difusa, que parecía encerrar la villa en un fanal.

Miguel, a quien aquel cambio brusco de tiempo, de paisaje, levantaba los ánimos, solía sentarse a la puerta del café. En las escampadas, bajaba hasta el río, al pie de la muralla, por el gusto de oír el estruendo del agua multiplicado abajo por el eco de los taludes. Allí, en la profundidad, las rocas calizas se habían vuelto amarillentas, y el trébol, la alfalfa, las hojas de los robles, exhalaban el olor amargo de la lluvia.

Cuando al fin el sol apareció, habían florecido la tierra, la roca, el agua. Miguel volvió a sumirse en su melancolía. Cargó con el morral, y a pie, ya que en domingo no funcionan los coches de viajeros, se alejó de Sepúlveda.

Subiendo la cuesta, al otro lado del río, el sol picaba la espalda. Con la lluvia una vida nueva había surgido en aquellos días. Las cañas verdes del trigo se apretaban sobre los surcos mates, cobrizos, y en la cima de las lomas iba marcando geométricos, paralelos meandros, el perfil negro de los olivos.

Con el sol en lo alto ya estaban de nuevo los caminos casi secos. Se detuvo a la sombra de una encina para tomar un bocado. A eso de las cinco reanudó la marcha, más lenta ahora porque le dolían los pies, pero le empujaba hacia adelante la necesidad de encontrar algún pueblo donde dormir esa noche. Sacó el plano. El

caserío que esperaba debía ya haber aparecido y, sin embargo, allí, a los pies de la loma coronada, solo veía una llanura yerma, desértica, muy distinta de la vega que durante la mañana había dejado a sus espaldas. Resignado, arrepentido de aquella salida intempestiva, pensó por un instante volver sobre sus pasos, mas, por no desandar lo recorrido, comenzó a descender. El único refugio que halló antes que las tinieblas le sorprendieran, fue una pared circular, techada a medias con escobas y trozos de pizarra. Trató de encender un fuego, y cuando fracasaron todos sus intentos, se tumbó en un rincón, aterido de frío, esperando que el sueño y el cansancio acabaran por vencerlo. Según las horas transcurrían, a medida que las estrellas giraban sobre la rota techumbre, iba surgiendo un aluvión de confusas imágenes, que siempre concluían haciéndole despertar, trémulo de tos, de bruces junto al muro.

Estaba en su cama, en la pensión de Madrid. El dolor de todos sus miembros había desaparecido, subiendo poco a poco hasta la cabeza, confluyendo en ella. Flotaba en el espacio, subía y bajaba como un pez, suavemente, sin chocar con ninguna de las vagas, blanquísimas paredes. Esto, unido a la luz mortecina de la bombilla, le producía una particular angustia, un vehemente deseo de descanso. Entonces miró hacia arriba. En el cielo habían aparecido tres figuras, que reconoció en seguida por las estampas que de pequeño veía en el colegio. Vio a Dios Padre en el centro, con el triángulo brillante tras el rostro de viejo bondadoso, y la barba blanca, poblada, y al Hijo, a su diestra, borroso, casi desvanecido. Vino una paz tranquila, un blando, desconocido reposo, hasta que de pronto volvió el dolor, y las figuras desaparecieron. Se había levantado de la cama pensando: «Me miraré en el espejo. Es una pesadilla.» La bombilla continuaba encendida, y cuando el cristal lo reflejó desnudo, en lugar del rostro resplandecía un brillo lechoso, una luz que parecía surgir del otro lado del espejo, impidiéndole ver sus propias facciones. Despertó. La cabeza le dolía atrocemente; en la boca sentía un sabor dulzón que le era conocido.

De nuevo estaba allí. Vinieron a la memoria las recomendaciones del primo Antonio días antes de la partida, y sintió miedo; un miedo, un desaliento que la luz mortecina del alba acentuaba.

Cuando meses atrás apareció la sangre por primera vez, un terror repentino le invadió y muchos de los sentimientos que él creía olvidados surgieron con más fuerza que antes. Intentó pensar en la nada, en su muerte, como en el descanso tantas veces deseado, como en la solución final de una serie de días sin objeto, inútiles, pero bastaba un golpe de tos para echar por tierra todos sus razonamientos.

En aquel instante, junto al muro circular, el tiempo se había detenido. Toda la soledad de sus últimos años parecía fundirse en torno a su alma, mostrándole el recinto en que su vida había transcurrido. Pensando en el tío Antonio, en los padres muertos, comprendió de golpe todo lo que había perdido, todo lo que ya no le sería devuelto.

Pero su juventud no podía haber surgido de la nada. Debía existir algo, una pequeña convicción, una fe en sí, en el mundo, que aun sin saberlo hubiera dado

algún sentido a su paso por la vida y ahora pudiera infundírsele a su muerte.

Nunca había visto tan de cerca la muerte como a los quince años, cuando, a la vuelta de un verano, falleció su mejor amigo. Le impresionó porque no sucedió tras una enfermedad larga, prolongada, sino en un día, en unas pocas horas; y viendo al amigo inmóvil en la cama, todo aún en su cuarto —sus libros, sus botas, sus vestidos— parecía seguir viviendo.

Tras el primer síntoma vinieron las visitas a un médico. Miguel ya se figuraba que aquel hombre anticuado, a quien los achaques, los años y la competencia de los jóvenes iban relegando, no llegaría a encontrarle nada, pero se dejó llevar, porque en su ciego deseo de sentirse sano solo deseaba una palabra de aliento, de ánimo, cualquier asidero.

El médico fue a verle, le auscultó y miró. Le ordenó reposo, recetándole un jarabe de calcio. Ese líquido lechoso, salado, tuvo la virtud de detener la hemorragia. Aunque al principio Miguel no se hizo muchas ilusiones, poco a poco se fue acostumbrando, llegó a pensar que la vida renacía. Los propósitos, las buenas intenciones, quedaron olvidados. Hasta el viejo médico se rehabilitó de golpe ante sus ojos. Sentía un placer nuevo, de resurrección, y, sin embargo, cuando a la noche el calor y los nervios le impedían dormir, su negro pesimismo le envolvía otra vez para decirle que aquella solución tan rápida y sencilla no podía ser duradera.

En aquella incógnita tenaz, en la tímida ceguera del que no quiere ver, aquello volvió de nuevo. Ahora ya no fue el terror súbito del principio; solo un desaliento, una desesperada conformidad ante lo que no tiene remedio. La idea de la muerte no le daba reposo; no podía pillarle de improviso como la vez primera.

Los primos hablaron alguna vez de llevarle a un especialista, y el viejo médico, al tiempo que se inhibía, le recetó unas inyecciones. La última mentira que Miguel se forjó fue la de aquel viaje. Durante unos meses respiraría aire más puro. Quizá hasta curara de aquel modo tan fácil y agradable.

El médico aceptó la idea y los primos insistieron en lo del especialista. Miguel les convenció de que cuando volviese iría a que le miraran por rayos.

Tardó todo el día en cruzar la llanura, pisando el polvo cárdeno, entre matas de tomillo que se enredaban a sus pies. Al atardecer divisó un río, una corriente oscura, cenicienta, hundida a lo lejos en un leve banco de niebla. Entre la maraña de sus falsos cauces, junto a los juncos gigantes, apretados, las ranas comenzaban a asomar su abultada cabeza.

Oyó una voz que a sus espaldas gritaba unas palabras que no pudo distinguir, y a poco apareció una mujer. Se le quedó mirando. Luego cruzó con un torpe saludo.

—Buenas tardes.

La detuvo con un gesto.

—¿Qué pueblo hay por aquí?

La mujer le señaló la ribera opuesta del río.

—Al otro lado...

—¿Se puede cruzar?

—Más abajo, junto a la ermita —le miró otra vez con curiosidad—. Por el puente.

Se había adelantado, y Miguel, siguiéndola, también hizo alto cuando ella se detuvo.

—¡Antoñitooo! ¡Chico!

Un niño sucio, vestido con unos largos pantalones harapientos, apareció, asustado, entre los juncos.

—Anda, vete a casa. Un día te vas a quedar ahí, en el río... Te mueres.

El chico se alejó corriendo. Tras sus huellas llegó Miguel a la ermita de que había hablado la mujer. Aún quedaban allí restos de la explanada que en otro tiempo debió servir para celebrar las romerías. La fuente manaba bajo un diminuto frontón clásico, rematado en los extremos por dos bolas de bronce.

—Allí está el puente. Siguiendo el río lo encuentra en seguida.

—¿No hay otro sitio más cerca por dónde pasar?

—Hay unas piedras, pero a esta hora ya debe cubrir el agua.

La mujer de Alejandro quedó atrás, las manos embutidas en el astroso delantal, con los niños en torno, mirando cómo el forastero se distanciaba. Por encima de ella, sobre los muros rotos, dorados de la ermita, la cúpula, vencida, apuntaba con su flecha al horizonte.

VIII

El río cenagoso ganaba anchura en el amplio recodo, frente a la ermita derruida de la Virgen. A la sombra cambiante de los bancales, cubiertos de mimbres y juncos, sesteaban los barbos en las tardes agobiantes del verano, mientras nubes de mosquitos volaban sobre el fango cuarteado del fondo que el agua iba descubriendo en sus retiradas sucesivas.

La corriente había disminuido en el último mes. Paralela a la orilla se había formado una barra de arena y sedimentos. Como preludeo del verano soplabo un viento cálido y comenzaba a palidecer la llanura.

Alejandro hundió sus manos en el agua. Frotándose el rostro espantó el sueño. Un moscardón azul, brillante, zumbó junto a su frente. En la otra orilla la mancha blanquecina de un ganso agitó las alas, graznando.

Alejandro dormía poco. Necesitaba la noche para su trabajo, y los días que le era preciso madrugar, solo a costa de grandes esfuerzos conseguía salvar las primeras horas de la mañana.

Volvió a mojarse la cara y todavía permaneció un buen rato de rodillas, ensimismado, hasta que, secándose con los faldones de la camisa, se encaminó hacia el pueblo. Al cruzar frente a su casa, junto a la ermita, la escuálida silueta de su mujer apareció en la puerta.

—¿Vas al pueblo? Él la miró sin responder, acariciando el pelo ensortijado de uno de los hijos.

—¿Vas a ver a doña Constanza?

El gitano afirmó con la cabeza.

—¿Para lo de la finca?

El niño saltaba ante su padre.

—¡Te vas, te vas...!

Le tuvo que apartar para seguir adelante. Le dio un cachete y cruzó el puente.

Desde la puerta grande de la muralla dos hombres le miraban subir la cuesta: uno, entrado en años, vivo, enjuto; el otro, muy joven, robusto, de ojos pardos. Sus rostros brillantes, quemados, parecían infundirles cierto parentesco.

—Mire quién viene ahí abajo.

El viejo apuró el primer cigarro de la mañana y la colilla cayó a sus pies.

—Ya, ya le he visto.

—¿Qué vendrá a buscar hoy por el pueblo?

—Ya lo verás, viene a ver a la viuda.

—¿Y qué negocios tiene con ella?

—Alguno tendrá. Ese no se mueve de allá abajo si no hay pesetas por medio.

—¡Ese sí que vive...! ¿Eh?

—Sí, señor; vive.

Cuando el gitano estuvo más cerca, reconoció al capataz de la mina *Teresa* y,

junto a él, a uno de los obreros. Estarían esperando al resto de la cuadrilla. Ahora, despierto por completo, se detuvo con ademán amistoso.

—¿Qué? ¿No trabajáis hoy?

—Estamos aguardando por Baltasar y los otros.

—Tarde vais a empezar.

—No debíamos empezar nunca.

—Mucho calor allí, en verano.

Quedó mirando la llanura y a lo lejos la blanca mancha de la mina. Los otros hombres pararon allí sus ojos por un instante. El muchacho soltó la risa mientras preguntaba:

—Y tú, ¿qué haces por aquí tan temprano?

—Vengo a ver a la viuda —bostezó, como si el asunto le aburriera infinitamente.

El capataz se incorporó:

—Ya...

—¿Tan temprano?

—Tendrá que cogerla antes de que se vaya al cementerio. Vamos; ahí vienen esos.

El joven se levantó a su vez. Dando una palmada amistosa en la espalda de Alejandro, no pudo menos de exclamar:

—¡Como tú debíamos vivir todos...!

—¿Queréis tomar una copa? —cruzaban ante la cantina de Gregorio.

El gitano se empeñó en invitarlos, pero ya al otro extremo de la calle habían aparecido Baltasar y dos muchachos de pelo rojizo.

—Mira, allá van esos. Otro día será.

—¿Hasta qué hora os toca estar allí?

—Hoy, poco —replicó el viejo.

—Se estropeó la máquina. Hoy todo el mundo a darle al pico. Esos tres que van ahí delante ya, y Dámaso.

—El pequeño de los *Rojos*, ¿no está malo? —preguntó Alejandro.

—Muy bueno no está. Allá anda, enredando algo.

—¿Cómo lo tiene en la mina estando así?

—Solo hasta finales de año...

—Mejor estaba en el hospital.

—Sí, mejor estaba.

Cuando llegaron a la otra puerta de la muralla, Alejandro se despidió. Desde allí podían distinguirse los volquetes, recortándose en la brillante claridad del yeso.

—Ya hay alguien allí.

—Será Dámaso.

—Con venir de más lejos que vosotros, llega antes.

—Es que viene en bicicleta.

—Sí, pero son cerca de sesenta kilómetros.

—Cincuenta y ocho —puntualizó el capataz.

—Lo que no me explico —prosiguió el gitano— es por qué no se queda a vivir en este pueblo. Que se busque una patrona aquí.

—Es por estar en casa —respondió el muchacho—. Le tira la familia.

Al llegar al jardín de doña Constanza, Alejandro pensó que tendría que marcharse si le resultaba el negocio. Si todo salía como era de esperar, colocaría el dinero en Madrid, en un banco seguro, y viviría tranquilamente el resto de sus días. Vendería la ermita y la casa que compró al terminar la guerra. En lo sucesivo nadie volvería a saber de él por aquellos contornos.

El hijo de doña Constanza asomó la cabeza por la verja, entre las enredaderas que la cubrían.

—Mi madre no está —torció la boca en un gesto como de burla.

—Anda, dila que si puede salir un momento, solo un momento.

—Se ha ido al cementerio —insistió.

—No; está ahí dentro. Dila que ha venido el señor del otro día —se alisó el pelo, abrochándose el cuello de la camisa, y empujó la cancela.

El niño había desaparecido. El jardín de doña Constanza le parecía un rincón del Paraíso. En el centro, sobre el pilón que la hiedra y el musgo tapizaban por completo, del fondo de una copa que dos angelitos sostenían a media altura, surgía un chorro de agua, y su delgado hilo refrescaba el ambiente, bañando, cuando la brisa lo azotaba, las palmeras enanas y los exuberantes macizos de lilas. Un hálito de humedad se mezclaba al aroma dulzón de las flores, y era al pasar la verja, viniendo del páramo ceniciento que cercaba el pueblo, como pisar un mundo distinto.

Al gitano le gustaba aquel aroma penetrante más que el de las almendras que colgaban junto a la muralla, más que las matas de geranios que adornaban su casa. Todo aquel verdor, el cálido vaho de las plantas, le recordaban sus primeros años de estancia en la ermita, cuando María, su mujer, rodeaba de macetas y tiestos el patio interior de la casa, cuando eran pobres, recién llegados al pueblo, al año siguiente de acabar la guerra.

Buscó una silla de tijera en el montón de cachivaches inútiles que guardaban en el invernadero, y se dispuso a esperar. A poco sintió chirriar la persiana de uno de los balcones, en el piso superior. «Me está mirando», pensó, y para esperar con calma, lio un cigarrillo.

Volvió el niño. Esta vez no dijo nada. Le miró con descaro unos segundos, hasta que de pronto pareció cambiar de idea y fue a asomarse de nuevo a través de los barrotes de la verja.

—¿Qué ha dicho tu madre?

—Que no baja —respondió sin volverse. Luego, moviendo como un péndulo una de las piernas, añadió—: Que tiene que irse al cementerio.

—Entonces, tendrá que bajar.

Se volvió.

—Dice que no baja.

Doña Constanza apareció vestida de negro. Alejandro hubiera jurado que acababa de empolvarse el rostro y colgarse aquellos grandes pendientes de plata labrada. Se levantó apresuradamente para saludarla.

—Perdone la molestia, pero me urgía mucho hablar con usted.

—No puedo ahora —le mostró un par de velas envueltas en papel de periódico—. Me marcho ya.

—Puedo acompañarla hasta el cementerio —empujó la cancela para que pasara, y el niño también salió tras ellos—. Para lo que hay que hablar no necesito mucho tiempo. Es por lo de la finca. Ya sabe...

La viuda asintió.

—Pero usted también sabe que mi administrador está en Madrid... Es con él con quien tiene que hablar.

—No; yo quiero que usted la vea antes. Usted es la que tiene que decidirse. Si la ve, se queda con ella. No tiene comparación con estos campos del pueblo.

El niño les había adelantado y ya iba subiendo la cuesta del cementerio.

—Ya iré a verle un día de estos.

—Ahora van a subir las tierras. El dinero no vale nada. Subirán cada vez más porque la gente mete dinero en ellas, porque los negocios están de capa caída. Se lo digo yo, que estoy en Madrid.

Doña Constanza parecía haberse olvidado de él. Subía muy despacio la cuesta. Cuando llegaron ante las tapias de adobe que encerraban las tumbas, le tendió la mano en señal de despedida. Todavía el gitano murmuró:

—No es como cuando acabó la guerra. Ahora...

Había desaparecido. Él dio media vuelta y, bajando, cruzó por detrás de la iglesia, camino del almacén de Gregorio.

Chirriaba la puerta del cementerio. Era preciso un gran esfuerzo para moverla. Los aluviones que la lluvia arrastraba monte abajo, habían cegado el hueco de la entrada. La viuda dio un último empujón y el hijo tiró desde dentro. Al fin cedió la hoja. Las cruces de metal se inclinaban hacia el suelo, entre la altísima maraña de espigas y zarzas que llenaban el estrecho recinto. Fueron abriéndose camino hasta el panteón que se alzaba al fondo, a través del empinado terreno, virgen de toda lápida. A no ser por las cruces negras y la agostada espesura, donde una nube de invisibles cigarras chirriaba ensordecedoramente, nadie hubiera distinguido aquel lugar del monte aledaño, del yermo que por todas partes le circundaba.

El panteón del marido de doña Constanza tenía sobre la puerta el retrato en porcelana del difunto, sentado en un aparatoso sillón. Una gran banda azul le cruzaba el pecho. El rostro, ligeramente oval, descansaba negligente en la mano derecha, cuyo índice apuntaba a la sien.

Doña Constanza se arrodilló entre las dos tumbas de mármol que ocupaban todo el interior. Después de colocar las velas en los extremos del pequeño altar del panteón, comenzó a rezar. A su lado brillaba en letras doradas el nombre de su

marido, sobre la losa que cubría el cuerpo, frente a la otra de mármol intacto. Lucían también dos cuadros de plata con los corazones de Jesús y María, pendientes en la pared frontera, y, al pie de las sepulturas, los reclinatorios aparecían cubiertos de blancos paños tejidos con primor.

Doña Constanza suspiró, musitando:

—Dios mío, perdóname mis pecados.

La luz del día, que tamizaban los cristales de la vidriera, parecía afilar su rostro, anguloso, sus acusados pómulos, sus ojos negros, profundos. La estremeció una honda congoja. Se inclinó aún más, hasta descansar la frente en la losa del difunto.

—Dios mío, perdóname...

Luego llamó al marido por su nombre, mientras una llama de amor abrasaba sus ojos.

Fuera, frente a los adobes de la tapia, el niño acechaba el paso de un lagarto. El animal asomó la cabeza verde, picuda, entre el polvo, para desaparecer con cautela en la oscuridad de su madriguera.

IX

En la pequeña colina, a espaldas del pueblo, Inés sintió que su vista se nublaba y tuvo que sentarse. A su lado, Soledad, la hija de Zoilo, también se detuvo.

—Es de Madrid. Se llama Miguel. Cuando lo vi creí que ya estaba el gitano allí otra vez, pero en seguida me di cuenta de que era más alto y más joven. Además, llevaba un morral a la espalda. Venía que no podía dar un paso. ¡Con decirte que nada más llegar a casa se tumbó en la cama y no se despertó hasta el día siguiente! Se conoce que no sabe andar por estos sitios, y se perdió. Mi padre no dejó que le despertase para la cena. Dijo que dormir era lo que más falta le hacía —suspiró, haciendo una pausa—. Bueno..., más ropa que lavar este verano.

Inés no contestaba.

—¿Todavía se te va la cabeza?

No respondió. Cerró los ojos bajo sus manos y permaneció inmóvil.

—¿Se te pasa?

—Un poco.

—Esto es solo el principio. Luego no viene tan fuerte. Yo no sé si es así o que luego se acostumbran, pero todas lo dicen. El primero siempre da más que sufrir. Los otros..., los otros llegan como Dios quiere. Cuando te das cuenta tienes la casa llena.

Inés alzó la mirada.

—Bueno —añadió Soledad—, va sé que lo tuyo es distinto. Pero también se arreglará. Ya lo has de ver.

Sobre sus cabezas la brisa de la tarde mecía suavemente los olivos.

—Me estaba acordando de cuando mi prima Ester tuvo el niño. La llevaron a Madrid. Cuando yo la vi, estaba como loca. No quería dejar entrar a su marido en el cuarto.

—Sí, yo también la vi —repuso Inés.

—Estaba muy guapa con ese velo que se les pone por la cara nada más dar a luz.

Inés parecía repuesta ya, pero continuaron aún sentadas, mirando a lo lejos, por encima del pueblo.

—Oye... —Soledad se detuvo indecisa, mas, viendo que su amiga seguía ensimismada, se decidió a continuar—: Oye..., ¿cómo está Agustín ahora?

—¿Que cómo está?

—Sí, ¿más viejo?

—¿Pero no le conociste?

—No me acuerdo. Cuando estuvo aquí era yo muy pequeña. Vino un verano, creo.

—Un verano...

—Era buen mozo ya. De eso sí que me acuerdo. Y moreno.

—Está igual.

—Mujer, algo habrá cambiado.

—No, está casi igual. Tiene peor humor. Por eso parece más viejo.

Soledad sí que había cambiado. Inés la recordaba pequeña, una niña, amiga de su hermana María, las dos yendo aún a la escuela, cuando ella ya se encargaba de las labores de la casa. Aunque las llevaba pocos años, ambas habían vivido a su sombra desde que murieron las madres. Hasta el abuelo de Soledad quedaba a su cuidado cuando Zoilo salía de viaje. Un año escaso había durado su ausencia, y encontraba a su hermana a punto de casarse; a Soledad, crecida, el cuerpo en sazón, dispuesta a encontrar marido.

Viéndola de cerca, sintiéndola hablar allí, a su lado, comprendió que siempre las había tenido por más pequeñas de lo que eran en realidad.

—¿Tu hermana lo sabe ya?

—Se lo dije desde Madrid, por carta.

—Menuda se pondría. Según es...

—No quería que viniese.

—Para que veas... Según te portaste con ella...

Soledad envolvió al pueblo en una mirada y exclamó:

—¡También los hombres, siempre tras lo mismo...! Fíjate Alejandro, mucho cortejar a su mujer de soltera, y ahora ni la mira.

Más allá de la ermita se adivinaba vagamente la figura del gitano, moviendo con un mimbre el cieno del río. Soledad recogió del regazo de Inés la sábana que estaba bordando.

—No sé ni cómo haces esto. Para que luego María te dé ese pago. ¡Todavía, que te riña tu padre...!

—Mi padre no me riñe.

—¿No te dice nada?

—Nada...

—¡Claro! ¿Qué va a decir? Bastante tendrá el pobre. ¿Sabes lo que dice mi abuelo? Que cuando muere una madre, debía llevarse a los hijos por delante.

Al pie de la muralla una negra cinta de sombras cubría los almendros. Las flores purpúreas se iban tornando blancas.

—No te pasaba si tu madre hubiera vivido.

—¿Nos vamos?

—¿Tienes frío?

—Un poco. Ya no hay sol. Vamos bajando despacio.

Bajaban lentamente apoyadas una en otra, agachando con frecuencia la cabeza, apartando con cuidado las ramas duras de los olivos.

—Cuando mi madre murió estuve casi un mes sin poder acordarme de otra cosa. Cuando mi abuelo me veía callada, ya sabía en qué estaba pensando. Todos me decían: «No pienses en eso», pero yo, por más que hacía, siempre volvía a lo mismo. Luego, con el tiempo, se me fue pasando.

—¿Cuántos años tenías?

—Casi doce.

—Te asustarías cuando la viste muerta.

—Me marché de casa. No la quise ver salir. Mi padre quería que estuviese allí, pero mi abuelo me llevó de paseo hasta el río.

Los surcos, en la ladera, se hallaban sembrados de aceitunas minúsculas y rugosas, quemadas por el frío, por las heladas de las últimas noches. Viéndolas, pensó Inés que su hijo nacería muerto.

—¿Qué te pasa? ¿Estás mala otra vez?

Sentía un frío repentino. La tierra, el pueblo entero, huían en el horizonte. Cerró los ojos. Bajo su corazón, algo se había estremecido confusamente.

—Anímate, ya estamos llegando.

Fue preciso hacer un nuevo alto. La conmovió una violenta náusea, dejándola transida.

—Levántate, mujer. No te quedes ahí sentada. Es mejor que te vayas a casa.

Pero Inés no se movía, con el rostro enterrado en las rodillas, que aprisionaban sus brazos. En las casas fronterizas, junto a la iglesia, se iluminó una ventana. Alguien cantaba un aire monótono, que a veces se perdía, surgiendo, de nuevo, paulatinamente, como una salmodia.

Inés había oído decir a su tía Fe que se siente como un leve aleteo, como el suave temblor de un pajarito preso en la mano.

—Te pones mala si seguimos aquí.

Aquello era más vago: una sensación blanda, viscosa, de algo que repentinamente se había movido. A su pesar le vino a las mientes la imagen de las ciegas culebras que reposan en el fondo del agua, quietas durante semanas enteras, hasta que los chicos escarban con una vara el cieno que las cubre.

—¿En qué estás pensando? Anda, levántate.

Cuando llegaron a la casa no estaban María ni el padre.

—Ya puedes marcharte, estoy bien del todo.

—¿Del todo?

—Sí, sí..., del todo.

Quizá debía llamar a un médico. Muchas iban a verlo al primer síntoma. Si Agustín se hubiera casado con ella, la habría llevado a Madrid al especialista, pero así preferiría esperar, no decir nada a nadie mientras pudiera. Solo hablaría con la mujer del capataz. Ella entendía de partos porque había asistido mucho tiempo en un hospital. Le habían dado un diploma y, lo que era más importante, tenía unas manos diminutas, unas manos hábiles, finas.

Elena, la de Baltasar, la que vivía junto a la muralla, le había confiado la gran vergüenza que pasó cuando el médico le mandó quitarse la ropa.

—Luego, cuando acabaron, no me atrevía a mirar a Baltasar, ni al médico siquiera, me parecía que me faltaba algo, como si estuviera todavía desnuda, allí, sobre la mesa.

Elena había tenido un aborto y fue preciso rasparle la matriz, condenándola a no tener más hijos. Había vuelto llorando, con Baltasar, que se esforzaba en consolarla. Desde entonces, siempre se la veía a la puerta de su casa, sin que los años pasaran por ella, cosiendo vestidos para los niños de las demás, a espaldas de su marido, porque Baltasar, juzgando por sus propios sentimientos, pensaba que aquella tarea la había de entristecer. Pero a Elena le levantaba los ánimos vestir a los otros niños; le hacía sentirlos un poco suyos.

Pasaba mucho tiempo sin acordarse de su desgracia, acostumbrada ya al mundo limitado de su casa y su marido, pero, a medida que los años transcurrían, le llenaba de amargura sentirse diferente entre todas las amigas de su tiempo, convertidas en madres, haciéndole más patente su soledad. Sufría por sí misma y porque el carácter de Baltasar se iba agriando, volviéndose hosco, ensimismado, como si el tiempo le fuera apartando de ella, como si del rescoldo de la culpa olvidada surgiera una nueva llama de amargura.

—Dios —se dijo Inés— hace mal las cosas.

Se inclinó más sobre la palangana y cerró de nuevo los ojos.

El cielo comenzaba a ensombrecerse cuando Soledad llegó al río a recoger las sábanas que había tendido por la mañana. Aún el gitano se hallaba en la orilla, escarbando el agua con un mimbre, como los niños. La dejó pasar sin decir palabra, sin alzar el rostro siquiera, y cuando iba ya a sus espaldas, la llamó por su nombre.

—Soledad...

La muchacha le oyó, pero siguió andando.

—Soledad, oye...

Se volvió.

—¿Qué quiere?

Ahora fue él quien quedó silencioso. Sin volverse, debió adivinar que ella se marchaba, porque acabó respondiendo.

—¡Verte! ¿Te parece poco?

—Bueno, de veras, ¿qué quiere?

—Verte...

—Ya me tiene bien vista.

Se había levantado. Soledad pudo ver sus ojos oscuros, velados, fijos en ella.

—¿Has visto si mi mujer estaba en casa de Gregorio?

—Sí, en la tienda.

Siempre hablaba de ese modo. Primero se burlaba, luego, bruscamente, cambiaba de tema y se tornaba serio. Con los hombres era distinto, pero a Soledad le asustaba el tono dulzón, amable, que adoptaba al hablar con las mujeres, la sonrisa con que la saludaba a veces, cuando cruzaba ante la ermita. Ahora, por excepción, parecía preocupado. Todavía jugueteaba con el mimbre, y viendo sus manos blancas, suaves,

se preguntaba la muchacha si sería verdad lo de la mala vida que daba a su mujer, si tendría tanto dinero como la gente contaba, si de verdad aquellas manos no habrían trabajado nunca.

El junco acarició su brazo desnudo.

—Estese quieto. ¿No ve que me está mojando?

Alejandro la dejó ir y poco después desapareció en su casa. La última brisa del crepúsculo rizaba la superficie del río, fingiendo una falsa corriente cauce arriba. Una vida latente, nocturna, pareció despertar, y junto a la orilla, en el agua estancada, que iba poblándose de rumores, los zapateros, las pequeñas arañas, las náyades trazaban su leve surco. A intervalos surgía el croar de las ranas, y, en el centro, donde la corriente era más profunda, las carpas plomizas quedaban casi verticales, en pie, brillando en la oscuridad su vientre dorado, aspirando los corpúsculos blancos, todo el mundo minúsculo del cieno. De tiempo en tiempo las carpas dejaban escapar un pequeño surtidor de fango, de residuos, y tras deslizarse suavemente entre las pitas sumergidas, al amparo de sus hojas fibrosas, quedaban inmóviles de nuevo. La primavera había teñido de un claro matiz el lomo de los machos, y sobre las plantas se desprendía un zarcillo delicado, florecido en su extremo, como un capullo rugoso y blanco.

Allí mismo, la tarde anterior, hallándose Soledad quitando las piedras que aseguraban las sábanas, había aparecido ante ella la silueta del forastero joven, delgado. Al principio se asustó, pero luego, a pesar de que se le iba acercando, pudo dominarse y hasta darse cuenta de que el hombre era más joven de lo que a primera vista parecía.

Se había detenido al borde del agua. Aguijoneada por la curiosidad, le había preguntado:

—¿Va a pasar?

El otro se había vuelto.

—No —repuso—, ya no se puede. Tendré que ir hasta el puente.

Soledad le mostró el camino, pero en la penumbra que comenzaba a envolverlos era imposible distinguirlo.

—No lo veo.

—Espere, espere un poco.

Llevaba las sábanas en el regazo, y Miguel la seguía.

—¿Hay fonda en este pueblo?

—Fonda, no.

—¿Y alguna pensión, alguien que alquile habitaciones?

—Eso, sí. En casa alquilamos dos camas cuando vinieron los de la brigada.

—¿Qué brigada?

—Los del pantano. De un pantano que están haciendo al otro lado de la vía.

Más allá del puente, en la cima de la cuesta, surgieron unas cuantas casas ceñidas por la línea desmoronada de las murallas. Quizá en su interior hubiera alguna intacta,

pero con el resplandor apagado del crepúsculo, la tenue luz de las ventanas no llegaba a alumbrar sino un montón de ruinas. Pasaron bajo la gran puerta defendida por dos enormes salientes de ladrillo, roídos en su base, desde los cuales un grupo de viejos les miró con curiosidad impertinente. En el corral de Zoilo el abuelo dormitaba, con el gallo blanco a sus pies picoteando en el estiércol.

—Abuelo —Soledad le movió con dulzura—, abuelo...

El viejo se incorporó guiñando los ojos, sin despertar aún.

—¿Qué pasa?

—¿Sabe si está arriba mi padre?

El gallo inició un graznido quejumbroso, apartándose asustado.

—No sé, no le he visto —miró a su alrededor.

—¿Dónde ha ido?

El abuelo no contestó. Estaba buscando el gallo. Soledad se lo mostró a sus pies.

—Ahí lo tiene —el animal la miró con un ojo asombrado—. Hace rato que el animal y usted debían estar en la cama.

El abuelo no respondió, alejándose en la oscuridad, seguido del gallo.

—¿Va siempre tras de él? —preguntó Miguel.

—Sí —entraron en la casa—. Siempre lo lleva encima. Ya está muy viejo el pobre y no piensa en otra cosa. El animal también tiene sus años.

X

A los pocos días de estar allí, Miguel empezó a encontrar agradable la casa. Desde su cuarto, pequeño, encalado, podía distinguir a sus pies todo el pueblo, y también la llanura cenicienta, inhóspita. El río discurría lentamente en torno a la muralla, para desaparecer poco a poco en la tierra, más allá del puente y de la puerta pequeña, convirtiendo en ciénagas los alrededores de la ermita.

Cuando el relente de la madrugada entraba por la ventana abierta, despertándole, solía levantarse. Una neblina espesa envolvía las casas, el cementerio y la iglesia. Los tejados cobrizos, el campanario, el ciprés del huerto de Baltasar emergían en aquel mar fantástico que se tornaba rojo, dorado y blanco, a medida que el sol se iba alzando. En el otro apretado mundo del ciprés los gorriones comenzaban su algarabía cotidiana, y a lo lejos, en la tierra que la luz iba animando, surgía la mancha blanca de la mina, donde cada día una nueva veta era convertida en yeso, en polvo, calcinada en el horno.

El almendro, el tomillo, los medrosos olivos parecían crecer sobre las besanas, y la misma tierra desnuda se cubría de sombras oblicuas como fugaces surcos.

Después, cuando el paisaje se alzaba en toda su realidad bajo la niebla, cuando el río quedaba inmóvil y el campo cárdeno, y la vieja muralla volvía a ser una línea carcomida y rota, Miguel cerraba los cristales e intentaba conciliar el sueño. En aquellos fugaces instantes, acodado en el alféizar de la ventana, se había olvidado de la enfermedad; había deseado borrarse, fundirse en el mundo que a sus pies surgía, con los olivos, con el agua, con la tierra perenne, y no pasar nunca, como ellos, como aquel luminoso amanecer que cada mañana venía.

Vivir, vivir un poco más, vivir siempre, aunque solo fuera con la pequeña vida del grano de polvo, con el blando suspirar del agua, con el leve estremecer de la hoja del olivo.

En el lecho, en la poblada oscuridad de sus ojos cerrados, volvía a ser el hombre débil, temeroso, enfermo; veía alzarse en el límite brumoso de las horas la sombra de su muerte, que, paso a paso, recorría el breve trecho del plazo concedido. A veces parecía quedarse quieta, detenerse, pero nunca echaba un paso atrás; siempre implacable, cada vez más próxima, iba día a día cruzando la llanura, con lentitud inexorable. A la mañana, era el seco tocón de un árbol ciego; a las doce, una roca; a la tarde, una res vagabunda; pero en el crepúsculo, entre dos luces, aparecía de nuevo, transformada, su inconfundible silueta inmóvil.

Escribió a los primos de Madrid, explicándoles que pensaba quedarse allí todo el verano, y aprovechó la carta para pedir que le mandaran algunos de los libros que guardaba en la pensión. Llegaron dos tomos de arte y unas cuantas revistas con *Los Padres del Yermo*, de Bremond.

A la hora de la siesta, mientras Zoilo dormitaba y el abuelo salía del corral, seguido del gallo, camino de la solana, Miguel daba un rodeo y se quedaba leyendo a

espaldas de la casa, a la sombra de los olivos. Casi siempre, al cabo de una hora, Soledad le seguía. Con las manos en los bolsillos de la bata, subía despacio hasta coronar la pendiente, suspirando, fatigada.

Miguel guardaba el libro. Prefería charlar. Soledad se sentaba a su lado y le iba relatando la historia de cada uno de los vecinos. El gitano había hecho su dinero al terminar la guerra. Había llegado al pueblo sin un céntimo, pero alquiló la ermita y la casa del sacristán, en las afueras, y allí invitaba con frecuencia a cenar a los de arbitrios. Miguel debía verla. El gitano era muy amable a veces; enseñaba la ermita y la casa por dentro, con su patio, rodeado de columnas, y sus amplios corredores. Las habitaciones eran más amplias que todas las demás del pueblo, más lujosas incluso que las de doña Constanza. Esta se quedó, muy joven, viuda de un médico, del médico de allí. Ahora no había doctor en el pueblo, ni cura tampoco.

—Todos dicen que doña Constanza no está bien.

—¿Que no está bien?

—Que gasta el tiempo en rarezas.

—Como todos; cada cual en las suyas.

—Pero no parecidas a las de doña Constanza. Para ella, fuera del difunto nadie pinta ya nada en este mundo. Estaba por apostar que ni el hijo siquiera. Esa mujer no rige bien.

—¿Por qué?

—Porque todos los días va al cementerio. Se pasa la vida rezando.

Miguel mostró a Soledad una figura rechoncha que encendía un cigarro ante los escalones de la iglesia.

—Y aquel, ¿quién es?

—¿Aquel bajito? Ese es Lucas... Ese anduvo mucho tiempo tras de Inés...

—¿Tras de tu amiga?

—Sí, eso es.

—¿La que va a tener el niño?

—¿Quién se lo ha dicho?

—Tú.

Soledad guardó silencio, contrariada.

Lucas dio unas chupadas al cigarro y pausadamente cruzó la plaza. Antes tuvo que soportar la voz de su madre.

—¿Dónde vas ahora?

—Por ahí... Hasta el almacén de Gregorio.

—¿Qué se te ha perdido a ti a estas horas en casa de Gregorio?

—Nada, mujer, no chille; solo es un momento.

La madre apareció en el portal, los brazos remangados, chorreando espuma.

—¿Quieres que te diga adónde vas? —Lucas perdió el color—. ¡Vas a ver a esa fulana! Ahora bien te dirá que sí, después que le hicieron en Madrid el crío. Pero te juro que si te casas con esa zorra no eres más hijo mío. No entras más por esta puerta.

Lucas miró asustado en torno suyo, pero la plaza estaba vacía. Apretó sus manos regordetas, temblonas, y se alejó, dejando a su madre con la palabra en la boca. Aunque no se volvió, adivinaba el gesto amenazador al cerrar la puerta de la casa.

Su madre tenía un modo especial de estropear sus planes. Quería a toda costa dejarle soltero, y llevaba camino de conseguirlo. No había podido ocultar su satisfacción cuando, antes de marchar Inés a Madrid, él había fracasado cortejándola. Lucas ya se temía que todo acabara así, pero aquella actitud le exasperaba. Le era preciso casarse, como a todos los hombres, o quizá más —se decía—, porque en toda su vida no había conseguido que una sola mujer llegara a fijarse en él. Y no por sus exigencias; no pedía una mujer fuera de lo corriente, pero su madre tenía un modo especial de resaltar sus defectos, su pobre figura, hasta convencerle de que la muchacha que él había escogido iba tras su dinero, o tras de la casa o, simplemente, por casarse. Si la madre se hubiera negado a vivir con el futuro matrimonio, hubiera podido marcharse de allí a otro pueblo, fundar un nuevo hogar, rebelarse de algún modo, aun a costa de la separación; pero contra sí mismo, contra su propia fealdad, era imposible rebelarse, y todo se resolvía en un constante desasosiego, en una incertidumbre cruel, cuando, al final de cada frustrado noviazgo, se miraba en el espejo y veía sus ojos pardos, hundidos, su cara blanca, reluciente.

No comprendía cómo había llegado a fijarse en Inés. Quizá porque nada tenía que perder, porque estaba tan acostumbrado al fracaso que se enamoraba de todas las muchachas del pueblo sin abrigar ninguna esperanza.

Pero ahora era distinto. Ahora sí que había una buena ocasión, una circunstancia que podía inclinar a su favor la decisión de la muchacha. Le había sido muy duro aceptar la idea del cuerpo deshonrado, desechar el miedo a la burla de los demás, al silencioso desprecio de su madre; mas, al final, todo había sucumbido al deseo, a su voluntad de tener mujer en casa.

Aquel día se había levantado decidido. Su madre, que le llevaba observando toda la mañana, tuvo una corazonada al verle salir tan silencioso.

—¿No vas a Madrid esta semana?

—No...

—Pues el dinero se está acabando. Tú verás lo que haces... Tienes que ir a llevar la achicoria.

—Ya iré.

De la cocina llegaba el rumor de la ropa, golpeada en la tabla de lavar.

—Estás tú muy callado estos días. No sé qué andarás tramando.

Los gritos, esta vez, surtieron otro efecto. Iracundo, exasperado, estaba dispuesto a hablar con Inés por encima de todo.

En el montecillo, tras el pueblo, vio la blanca silueta de Soledad, sentada junto a Miguel.

—Esa acabará como la otra —pensó, en tanto le agitaba una súbita llama—. Todas lo mismo, siempre tras de lo mismo.

Pero en esta ocasión había un pequeño consuelo: el huésped de Zoilo estaba enfermo. Vivía frontero a su alcoba, y a veces le oía toser de noche.

La casa de Zoilo estaba sola. Era natural; la otra, charlando, arriba... El abuelo entornaba tras de sí y del gallo, la puerta del corral. ¡Qué viejo chocho; con el gallo pelado todo el santo día! Siempre hablando de Cuba, de la guerra con los insurrectos, de los ingenios y de los bohíos... Tenían que sembrar patatas todas las noches en un huerto viejo del río para que él las recogiera a la mañana siguiente. Le enterraban un montón de las de cría, pequeñas, y él las sacaba con la azada otra vez, como en los años mozos. ¡El viejo imbécil!

El abuelo desapareció camino de la puerta grande. Ahora que había descargado, en cierto modo, su ira, caminó más despacio, con más calma. Se preguntaba qué diría a Inés, a su padre o a María si los encontraba. Ojalá la muchacha estuviera sola, aunque bien se le alcanzaba que era pedir demasiado. Podía dejarlo para otro día y hacerse el encontradizo en las afueras del pueblo. Sin embargo, la idea de enfrentarse de nuevo con su madre sin haber resuelto nada, de luchar a solas consigo mismo, le llenaba de pavor, impulsándole a continuar adelante.

La otra vez se lo había dicho sin rodeos, pero ahora sería más hábil. Estaría allí todo el tiempo preciso, daría cuantos rodeos creyera necesarios, procuraría hacerse agradable, las manos siempre en los bolsillos de la chaqueta, que así los brazos parecían más largos... ¡Si no estuviesen el padre ni María...!

En el huerto del capataz se alzó un murmullo de voces infantiles.

Seguramente andarían las niñas con la madre, tras la fruta del huerto.

La madre era una buena mujer que parecía estimarle. Siempre le trataba con amabilidad. Un poco de ánimo no vendría mal antes del trago. Lo mismo daba llegar un poco más tarde a casa de Inés.

Empujó la puerta del huertecillo, y esta, al girar, la descubrió. Estaba al pie de un manzano, con la ropa de la hermana en el regazo. Ni el padre ni María se encontraban allí, pero las niñas del capataz le miraban con sorpresa, divertidas.

—Hola, Lucas. ¿Qué te trae por aquí?

No oyó a la madre, que le hablaba a sus espaldas; seguía mirando como un estúpido a Inés, que, a su vez, fingía entregarse a su labor.

—Lucas...

—¡Ah, diga...! —se volvió, asustado. La madre tendía ropa sobre los adobes de la tapia—. Pasaba por aquí y se me ocurrió entrar...

—¿Vas a Madrid esta semana?

—Sí; sí, señora... ¿Quiere algo para allá?

—Ya te mandaré recado.

Podía mandar cuanto quisiese. En aquel terrible momento se daba cuenta de su aprieto. Sí, la mujer del capataz le apreciaba, le hacía la vida más llevadera que su propia madre.

Inés tenía los ojos hundidos en la sábana; ni a las niñas hablaba. Estas, riendo,

rodearon a Lucas.

—Lucas...

—¿Qué?

—¡Hola! —y las risas sonaban más duras todavía.

La madre las reñía para que callaran, pero era peor, les hacía arreciar en sus preguntas.

—Lucas... —la mayor se había puesto a su lado.

—¿Qué quieres?

—Dentro de un año soy tan alta como tú.

—¡Chicas! ¡Fuera de aquí!

La madre las persiguió a través de los frutales, hasta hacerlas salir, cerrando la puerta. Todavía fuera, más allá de las tapias, se oían las risas de las pequeñas.

—Déjelas; no molestan.

—Son tontas. Se ponen muy pesadas.

Se despidió. Inés, al marcharse, le había saludado con un leve alemán. Las niñas, en la puerta, enmudecieron cuando las dejó atrás, envueltas en una mirada hosca, y le siguieron con la vista hasta verle desaparecer en el almacén de Gregorio.

Dámaso, uno de los picadores de la mina, se hallaba junto al mostrador.

—Si supiera el número...

—Aquí tienes otras —Gregorio sacó un nuevo par de alpargatas—. ¿Es que no hay en tu pueblo?

—Son más caras.

—Si te vinieras a vivir aquí de una vez...

—¿Aquí? ¡Ni con dinero encima! Prefiero darme el trote en la bicicleta cada día.

Los dos hombres callaron, viendo entrar a Lucas. Traía un gesto iracundo, y ambos le echaron una ojeada curiosa. Él la rehuyó, sentándose en un rincón, lejos de la puerta.

Gregorio le gritó:

—¿Qué te pongo?

—Ponme un blanco.

Fue allá con la botella. El hombrecito apretaba, una contra otra, sus manos.

—¿Qué te pasa, hombre?

—¿A ti qué te importa?

La mano de Gregorio que servía el blanco se detuvo un segundo en el aire.

—Te voy a estampar un día el vaso en la cara, para que aprendas a tratar con las personas.

La botella temblaba, dejando una huella en el roble de la mesa, pero al fin quedó servido el vaso.

—¿Qué le pasa? —gruñó Baltasar desde el mostrador.

—Que está mal de la cabeza. ¿Qué va a pasar?

Lucas había escondido el rostro entre las manos y gritaba con furia:

—¡Son unas zorras, unas zorras todas...!

Gregorio le amenazó para que se callara, pero él no hizo caso; también empezó a insultarle. Dámaso tuvo que sujetar al otro.

—¡Déjame, que le voy a enseñar! ¡Suéltame!

El hombrecito no se arredraba y, alzando la voz, le seguía insultando. Los verdes reflejos de sus pupilas parecían multiplicarse, vibraba todo su cuerpo. Fue entonces cuando, atraído por las voces que daba en la puerta, la criada de doña Constanza, apareció el hijo mayor de Gregorio. En un santiamén le echó a la calle.

El sol, la calle vacía, le volvieron a la realidad. Ahora, el despecho, la sensación del ridículo, el miedo, estuvieron a punto de hacerle volver. Aún repetía:

—¡Unas zorras, unas zorras...!

Miguel, que con Soledad bajaba de los olivos, le vio dar vuelta y amenazar repetidamente con el puño a los que le cerraban la puerta de la cantina. Su cuerpecillo se agitaba en el aire denso de la tarde como un engendro iracundo, como un pequeño demonio.

—Debe estar borracho —exclamó Soledad.

—¿Quién hay dentro?

—No vayas. Déjalos que se maten. Allá ellos.

Vieron aparecer a Inés en la puerta del huerto cercano al almacén, y también detenerse a Lucas, mirarla, como si fuera a abalanzarse sobre ella, y huir después calle abajo.

Soledad cruzó corriendo.

—¿Qué pasa? ¿Qué le hiciste?

Inés pálida, permanecía en silencio como muerta.

La puerta del almacén se había vuelto a abrir.

—¿Se ha ido?

—Ya no está.

Dámaso reía ahora de buena gana.

—Si te dejas, lo matas —exclamó.

—¿Por qué era la bronca? —preguntó la criada de la viuda.

—¡Yo qué sé! Empezó él...

—¡Que los vuelven locos! —chilló tras Gregorio su mujer.

—Pero, ¿por qué fue?

—¿Por qué ha de ser? Por lo de siempre.

Lentamente se fue disolviendo el grupo. Hasta Gregorio acabó serenándose y volviendo con su hijo al interior del almacén.

Inés secó sus ojos, camino de casa.

—Si ven que lloré, van a creer que yo tengo la culpa de esto.

—¿Tú no le dijiste nada?

—Nada.

—¿Ni él tampoco?

—Solo me miró como si fuera a matarme. Tú ya le viste.

—¿Y en el huerto?

—En el huerto tampoco. Estaba cortado, más nervioso que yo todavía.

¿Cómo se llamaban las tabletas? Eran blancas, pequeñas. Un sueño pesado. Se olvida todo y no queda más que un deseo de dormir un inmenso sueño. Y, después, el infierno... Don Luis, el cura, les hablaba de Jesús cuando venía a cantar los oficios por Semana Santa. Jesús había muerto por salvar a todos los hombres. La vida no nos pertenece. Cada vez que alguien comete un pecado crucifica a Jesús de nuevo. Matarse es un pecado. Un hermano de la viuda, que durante la guerra era juez y diputado en Madrid, se había suicidado al entrar los nacionales. Se tiró por la ventana. La madre de Inés había dicho:

—Que Dios le haya perdonado...

Un blando sueño. Todo se olvida poco a poco, y hasta las palabras que se oyen parece como si no llegaran, como si no pudieran entenderse, aunque se entienden.

La monja le había preguntado si quería confesarse, y ella se había confesado.

—¿Me prometes no atentar más contra tu vida?

—Sí, sí...

—¿Verdad que lo has hecho en un momento de obcecación?

—Sí.

—¿Ahora lo harías?

—No.

—Debes decir: «no, padre».

—No; no, padre.

—¿Tenéis párroco en tu pueblo?

—No, padre.

—¿No hay cura?

—No, señor.

—¿Has ido de pequeña a la doctrina?

—Algunas veces. Hasta que se murió mi madre.

—¿No es tu madre esa señora que viene todos los días a verte?

—No; es mi tía.

—Has estado a punto de morir, hija mía; debes dar gracias a Dios por haberte salvado la vida. Atentar contra nuestro cuerpo es una de las mayores ofensas que podemos hacer a Dios Nuestro Señor. Nuestro cuerpo es de Dios, es para con él honrarle, y los sufrimientos que Él nos da son precisamente para probarnos, para hacernos dignos de Su Gloria. Él también sufrió mucho por salvarnos cuando estuvo en este mundo. ¿Estás arrepentida?

—Sí.

—Además, vas a tener un hijo y pudiste poner en peligro su vida. ¿Tú no serás de

esas que estropean los hijos antes de nacer?

—No, no.

—Bien, bien; ya veo que no eres mala. Te has dejado tentar del demonio. Te has dejado llevar de un mal deseo. ¿Cuánto tiempo hace que conoces a tu primo?

—Un año... Algo más...

—¿Y tu tía no sabía nada?

—No.

—Ya hablaré yo con ella...

Nuestro cuerpo es de Dios... Olvidarse de todo... Como en un sueño. Ahora tendría que cenar, cara a cara, con su padre. Y María, a su lado, serviría en silencio, en su ofendido mutismo. El padre inclinaría la cabeza sobre el plato y, de tiempo en tiempo, sus ojos se humedecerían. Él también sufría, pero Dios sufrió en la tierra más que todos nosotros. Don Luis decía que sufrió por salvarnos a todos.

XI

Medio cuerpo desnudo quemado por el sol, cubierto con sombreros de paja, los hombres de la mina *Teresa* se afanaban sobre la veta.

El menor de los hermanos pelirrojos se remangó las perneras del pantalón. Apoyando la culata del compresor en su mandil de cuero, apretó el embrague. La aguja trepidó sordamente. Un violento tableteo borró todos los demás ruidos, y en el suelo, blanco, ardiente, se fue dibujando una grieta profunda y sinuosa. Empujó el vástago hacia atrás y sacando la aguja fue a clavarla más lejos.

Un polvo lechoso, sutil, se desprendía de la tierra, envolviendo al muchacho. Pequeñas partículas brillantes saltaban en todas direcciones. La blanca nube subió poco a poco, transformando el sudor del pecho en una sucia camisa, formando una grotesca mascarilla en torno a los ojos irritados. De pronto, cesó el rumor de la máquina, al tiempo que estallaba una tos convulsa, desgarrada. Los otros detuvieron el trabajo. Fue el capataz quien primero se acercó, corriendo.

—¡Quién te mandará a ti meterte en esto! ¡Eh, *Rojo*! —llamó al hermano mayor.

El hermano se acercó.

—Ahí le tienes. Ya se metió otra vez con la máquina.

—El día que te vea otra vez por aquí te voy a... —le amenazó con el puño, pero el pequeño no hizo ademán de defenderse; siguió doblado contra el suelo, la mano en la frente, la garganta congestionada.

—Levanta. Quítate de ahí. Levanta... —le arrastró fuera del polvo, arrancándole de un tirón el mandil de cuero—. ¿Quién te manda a ti hacer esto? ¿Quieres dejar ahí los pulmones, di, quieres?

El muchacho no respondía, se pasaba la mano por el pelo crespo, mirando al suelo. Los otros se aproximaron.

—¡Si este chico donde tiene que estar es en el hospital!

—¡Vaya usted si quiere! —el muchacho se revolvió iracundo—. ¿Para qué voy a ir, para quedarme allí?

—¡Si te lo dicen por tu bien, muchacho!

—¡Se va usted!

—¡Valiente animal!

—Bueno, cállese —cortó el mayor—, nosotros sabemos lo que tenemos que hacer.

—¡Tú qué vas a saber! —intervino Baltasar—. ¿Tú crees que si yo tuviera un hermano, así, enfermo, lo traía aquí para que le entre el polvo hasta el alma?

—Estoy harto de decirle que no toque la máquina, pero él maldito caso que me hace.

—Pero si es que ni la máquina ni nada. Lo que tenías que hacer era mandarlo a un sanatorio, como dice Dámaso, ni más ni menos.

El *Rojo* pequeño no respondió esta vez, pero el mayor se alzó, gritando a Baltasar.

—¿Con qué quiere que le mande? ¿Con qué? ¿Es que quiere que lo robe?

—En el hospital no hay que pagar nada.

—¿Que no?

—¡No! —gritó Baltasar—. ¡A ver si te entra en la cabeza! ¡No! ¿Te enteras?

El capataz intervino a su vez, cortando la discusión:

—Vamos, callaros ya; deja de discutir; venga, moverse.

Los otros dos no le oyeron; solo Juan, que hasta entonces había permanecido en silencio, y que, dándole con el codo, exclamó:

—Oiga, don José, que ya es la una...

—Está bien. Haced lo que queráis. Mataros... —sacó el reloj, que marcaba la una menos unos segundos—. Pero a ti una cosa te digo —cogió al *Rojo* mayor por un hombro—: No quiero ver más por aquí a tu hermano. Yo diré al listero que le pague lo que queda de mes, pero no lo traigas más —se detuvo, y continuó en tono más conciliador—: Si le pasa algo trabajando, me la cargo yo. Además, es mejor para él.

El calor embotaba los ánimos. Después de las voces ya nadie tenía ganas de discutir. Los seis hombres se encaminaron, uno tras otro, al cobertizo que se alzaba a media altura entre los volquetes derrumbados. Ahora, a principios del verano, todavía se podía aguantar allí, a la sombra, pero más adelante, en pleno estío, el sol caldearía las chapas del tejado hasta volverlas candentes. Un bochorno implacable invadía la atmósfera, y no se sabía qué era más agotador: permanecer fuera, al fuego, o tenderse entre las cuatro paredes, en el ámbito asfixiante. Para entrar era preciso doblarse por la cintura, y, una vez dentro, había que permanecer siempre agachado. Cada cual sacó su tartera. La comida transcurrió en silencio. En un rincón, los dos *Rojos*, sentados en el suelo, miraban, ausentes, a los otros. El pequeño no había querido probar bocado; de vez en cuando hundía la cabeza entre los puños y, clavando los ojos en la tierra, carraspeaba.

Todos los de la mina, después de la comida, solían descabezar un sueño. El capataz, sentado junto a la puerta, leía algún periódico atrasado, que Juan siempre le pedía.

—¿Lo ha visto usted ya?

—Sí; toma.

Leía las cuatro páginas por todos lados, especialmente los pies de las fotografías y, cuando encontraba algo que le llamaba la atención, despertaba a Dámaso, que dormía a su lado.

—Oye, Dámaso...

—¿Qué te pasa?

Dámaso, que con el calor apenas podía conciliar el sueño, abría un poco los ojos.

—¡Fíjate qué zapatos! —le mostraba un anuncio.

—Muy majos —e intentaba echarse de nuevo.

—Igual dices que no te gustan.

Los gruesos labios de Dámaso se dilataban hasta convertirse en una línea.

Baltasar acabó espabilándose con la conversación de los otros, y se incorporó a medias. Sacó la petaca y comenzó a liar un cigarro.

—Se ve que te sobra mucho dinero, chico; no piensas más que en gastártelo.

El pequeño de los *Rojos* lanzó una rápida mirada a Juan, pero al punto sus ojos volvieron a clavarse en la sombra.

—Yo va para cinco años que no me compro unos.

—Sobrarme no me sobra, pero, ¿para qué sirve si no es para gastarlo? ¡Como al otro mundo no se lo ha de llevar uno!

—Será el que lo tenga —replicó de nuevo Baltasar.

—¡Sí que usted puede quejarse! Sin hijos, no sé en qué se le irá.

—En cosas, hombre, en cosas...

—En la bomba que quiere traer para el huerto —explicó Dámaso, cogiéndole el tabaco.

—Ahí... ahí...

—Yo tengo que ir un día a Madrid —los dos hombres rieron calmosamente—. Con lo cerca que queda ahora... No hay más que coger el autobús. Un domingo se lo digo a mi madre, y hasta el martes no vuelvo. ¿Eh, don José?

El capataz estaba pensando en otra cosa. Hizo una pausa antes de responder.

—¡Lo que es por mí! ¡Como si no quieres volver en un mes! Con descontarte los días que faltes...

—Mire, Baltasar: una bicicleta como la suya...

—Estás tonto. ¿Cómo la mía? Como la mía no las hacen ahora. Ahora no hacen más que basura. Al año no puedes andar en ellas.

—Pues la que compró el hijo de Gregorio bien buena le salió.

—Basura...

El calor había aflojado un poco. Baltasar ofreció la petaca al mayor de los *Rojos*, y este se sirvió sin decir palabra.

—Vamos, hombre, no lo toméis así los dos. Se os dice por vuestro bien. En Madrid, en un año, se pone como nuevo.

—Sí, como nuevo...

El pequeño hizo también un gesto de desconfianza, y con su hermano, los otros tres y el capataz, salió de nuevo al sol.

Dámaso estiró los brazos, suspirando:

—¡Ay, madre...!

—¡Qué vida esta! Sudando todo el día.

—Peor están en Asturias, que andan bajo tierra.

—También les pagan más.

—¿Sabe lo que dicen en Asturias, don José? —preguntó el muchacho—. Dicen: «Si la mina es una iglesia, los mineros son los santos; los capataces faroles que alumbran de vez en cuando».

Dámaso y Baltasar rieron por lo bajo, pero al capataz no le hizo gracia el cantar, y

le tiró un viaje que el muchacho esquivó de un salto, alejándose a toda prisa hacia el compresor.

—Un día te voy a enseñar a tener más respeto a las personas mayores.

—¿Quién se pone a la máquina ahora? —preguntó Baltasar.

—Que se quede ese tonto, a ver si sienta la cabeza de una vez.

—Sí, señor; me pongo.

—Y el *Rojo* que vaya al horno —le habló a él directamente—: Y llévate a tu hermano contigo, que no le dé el polvo otra vez. Tengamos la fiesta en paz.

—No se acerca, descuide —replicó el *Rojo*, sombrío.

—Pues hala, ya estáis todos trabajando.

El motor del compresor yacía inmóvil sobre las cuatro ruedas. Para ponerlo en marcha tenía una manivela como la de los automóviles. Dámaso se acercó canturreando. Todos los días, cada vez que reanudaba el trabajo, lo hacía cantando. En aquel momento no se acordaba de su mujer ni de los cuatro hijos, ni de los kilómetros que aún le quedaban por recorrer para volver a casa. Una vez le había dicho el capataz: «Tú bastante trabajo tienes ya con venir hasta aquí.» «Qué le vamos a hacer —le había contestado—. Así es esta vida.» El sol, el zumbido de la máquina, acababan siempre a los pocos minutos, con sus canciones.

Quiso coger la manivela, pero el sol la había caldeado y apenas pudo tocarla.

—¡Echarme el guante!

El guante vino por el aire. Un guante de piel, cubierto con una fina red de hilos metálicos. Al fin saltó la chispa. La máquina quedó latiendo como un enorme corazón. La manguera del aire se puso tiesa, y Juan, cubiertos los ojos con las gafas de alambre, se colocó el mandil de cuero. Parecía un picador veterano cuando clavó con gesto decidido la aguja en el yeso.

Al filo de la noche, volviendo a casa, el mayor de los *Rojos* acabó de redondear su plan.

—No hay más vueltas que darle.

El pequeño no decía nada; solo de vez en cuando le miraba preocupado.

—El dinero tiene que salir de alguna parte. Al hospital no vas...

—No, claro... —comentó para sí.

—En los hospitales matan de hambre a la gente. Si no te mueres de una cosa, te mueres de otra.

—Acuérdate de la prima de Elena, cómo vino. Si la tienen dos días más, allí se queda.

—¡Si conociéramos a alguien en Madrid! Podrías entrar en un sanatorio.

—¡A quién!

El mayor no le oyó.

—Allí siempre tienen camas que no pagan —se detuvo escarbando el suelo con el

borde de la alpargata, en tanto el otro le miraba, pendiente de sus palabras—. Ahora todo se hace por recomendaciones. Sin conocer a alguien no te dan nada —había reanudado la marcha. El hermano le seguía en silencio, las manos en los bolsillos, sombrío, resignado.

Se detuvieron otra vez junto a la puerta chica de la muralla. Hasta allí llegaba el aroma dulzón del jardín de doña Constanza, el susurro intermitente del surtidor. En la ventana de la cocina, iluminada, alguien iba y venía. El hermano mayor bajó la voz.

—¿Sabes quién tiene aquí dinero de verdad?

—¿Quién? ¿La viuda?

Asintió con la cabeza.

—Ella, ella...

—¿Y tú crees que nos lo va a dejar?

—Ya sé que no.

—¡Entonces! —replicó con desencanto el pequeño, escupiendo en la oscuridad—. Y aunque nos lo deje, ¿cómo se lo íbamos a pagar? Si quedase bien, todavía, pero, ¿y si no me curo?

—Sí te curas.

—Nos entrapamos para toda la vida...

Él se incluía también, aunque no podía entraparse, aunque no podía trabajar, ni quizá volviese a coger un pico. Se incluía, porque así le parecía que también ayudaba en aquella lucha entablada por su vida, en el obstinado sacrificio de su hermano. Él no podía entraparse, porque nada tenía, todo se lo debía al hermano, y desde el mes siguiente, sin el sueldo de la mina, aún le debería más.

—No hay más que hacer una cosa.

—¿El qué?

Dos perros se perseguían en la oscuridad. Se les oía morder, gruñir y revolverse. Quedaron en silencio, jadeantes, luego volvieron a ladrar por lo bajo, como si ellos también estuvieran conspirando.

El hermano le miró fijamente. Los globos blancos de los ojos resaltaban en la oscuridad, nimbados por los párpados rojos, irritados.

—¿Tú te atrevías a entrar conmigo ahí una noche?

El *Rojo* pequeño no contestó. Quedó mirando la ventana iluminada, y en ella la sombra de la viuda. No respondió, porque él también lo había pensado muchas veces. Robar a doña Constanza. Robarle lo que fuera, lo primero que encontraran. Venderlo en Madrid y marcharse a un sanatorio de pago, de los buenos, en algún sitio donde no les pudieran hallar. Al hermano le darían trabajo en cualquier parte porque era buen barrenista, y él sanaría y podría tal vez ayudarle pronto. Embarcarían para América, a Venezuela, donde la gente ganaba en una semana lo que aquí en un mes... ¿Cuánto podrían sacar?

Al volver a la realidad se encontró sentado en la cama, desnudándose. Ahora se dormiría y soñaría de nuevo. A veces soñaba que era un hombre como los demás,

como Dámaso y Baltasar y los otros, que podía, sin cansarse, ni toser, ni nada, poner de un golpe el compresor en marcha.

Desnudo sobre el lecho, se preguntó cómo un cuerpo tan fuerte como el suyo podría andar tan podrido por dentro.

Al día siguiente, al levantarse, se dio cuenta de que él no podría robar nunca a doña Constanza, ni a nadie. Le faltaba valor. Su hermano sí se atrevería, mas si la cosa acababa mal, si la Guardia Civil lo detenía, ¿qué sería de él? ¿Qué sería de los dos?

Decidió no seguir hablando del asunto. Probar una nueva salida que aquella misma noche se le había ocurrido a fuerza de cavilar. Esperó en cama a que el sol estuviera alto y, cuando juzgó que había transcurrido tiempo suficiente, se encaminó a casa de Zoilo.

Este se extrañó un poco cuando le preguntó por Miguel.

—No está.

El *Rojo* hizo un gesto de contrariedad.

—¿No sabes dónde ha ido?

—Da un paseo todas las mañanas, antes de almorzar. A veces no vuelve hasta la hora de comer.

—¿Hacia dónde va?

Zoilo se encogió de hombros.

—A veces baja por la puerta grande y sigue por la muralla. Mira a ver...

—Miraré...

Dio media vuelta y desapareció, dejando a Zoilo intrigado. La petición del *Rojo* sorprendió a Miguel. Sin saber por qué, nunca había pensado que pudiera haber otra persona como él en aquel pequeño pueblo y menos entre la gente de la mina. Parecía una cosa absurda que aquel pecho macizo llevara también la muerte dentro.

—¿Usted no conoce a nadie allí?

También era absurdo que aquel muchacho de su misma edad le tratara de usted, pero por su propia timidez no se atrevió a pedirle que le tuteara.

—Así, de pronto, yo no creo; ahora escribiré... Puedo escribir a un primo mío.

—¿Conoce a alguien?

—¿Mi primo? A mucha gente.

—¡Si él pudiera!

Habían quedado en silencio, a la sombra de la muralla derruida, en el ribazo que comenzaba a agostarse con los primeros rigores de aquella canícula precoz. El *Rojo* no miraba a Miguel, tenía sus ojos perdidos en las oscuras ciénagas, a sus pies; parecía investigar el sentido de su destino, que acababa de poner en manos del otro. Tras las primeras palabras, tras los primeros titubeos, la confesión había salido espontánea, a borbotones, contándole todo el caso, incluso la vida del hermano, silenciando solamente lo del robo a la viuda.

—Ahora que lo sabe todo —se dijo—, quizá pueda arreglármelo.

Si el hermano llegaba a enterarse de aquella conversación y luego no conseguía nada, montaría en cólera y hasta puede que la pagara con él. Aunque no le importaba que la gente le ayudase, odiaba pedir favores. Nunca hubiera sido capaz de ir a casa de Zoilo preguntando por el huésped, antes se habría convencido a sí mismo de que no lo iba a conseguir, de que no se le querían ayudar, y habría acabado maldiciendo a Miguel sin haber cambiado con este una sola palabra.

—Usted no diga nada de esto a mi hermano.

—No, no digo nada. Ni lo conozco siquiera.

—Quiero decir, que si usted lo cuenta a alguien, luego él acaba enterándose.

—No; a nadie.

Cuando apareciese en casa con una carta, con un papel cualquiera, diciendo que en Madrid había una cama para él, el hermano se alegraría. Podría trabajar menos y divertirse a ratos. Quizá perdiera su mal humor habitual.

—Esta misma noche escribo para que mañana salga la carta. En cuanto haya algo, te aviso.

El *Rojo* le miró agradecido.

—Bueno, muchas gracias.

De nuevo callaron, sin saber qué decir. Miguel se sentía absurdamente protector.

—¿Tú no trabajas ahora?

—No hago nada —se encogió de hombros con tristeza.

—Entonces, como yo...

El *Rojo* rio con cortedad.

—Estamos los dos buenos...

Iban caminando junto al agua estancada, entre las escobas, enredando los pies en las matas de tomillo. En el silencio bochornoso estalló el seco chasquido de una carpa. Miguel fue a poner maquinalmente la mano en el hombro del *Rojo*, pero se sintió incómodo y la retiró. El otro no pareció darse cuenta. Se diría que había cobrado confianza.

Era más sincero. Le había explicado su enfermedad, su historia, mientras que él —Miguel—, dudaba entre lo que debía y lo que no debía contarle. Mentalmente se justificó pensando que si Zoilo llegaba a saber lo de su enfermedad, le haría marcharse, pero Zoilo debía saberlo o sospecharlo al menos, porque no pasaba una noche sin que su tos seca, sofocada, sonara en la alcoba. Seguramente era absurdo preocuparse por tales cosas, por la mayor o menor franqueza para con quien una hora antes solo de vista conocía, pero su espíritu, herido, agudizado por la enfermedad, se iba midiendo, observando minuto a minuto al cabo del día, girando sin cesar en torno a sí mismo, encerrándose en la fina red de su angustia, como el gusano en su capullo.

—A mí no me importa que me hagan lo que sea. Mi hermano me ha dicho que a algunos hasta les tienen que quitar un pulmón, pero luego quedan nuevos.

Miguel trató de pensar en otra cosa.

—Lo malo de eso —continuó el *Rojo*—, es que después no sé si se puede trabajar.

Entre los detritus del río se alzó una rata gruesa como un gato pequeño, y, a poco, corriendo en rápido chapoteo, se sumergió en el fango. Miguel pensó en ella, en el agua cálida, cenagosa, en las nubes de insectos flotando entre los juncos. Todo antes que imaginarse la blanca camilla, el balón de oxígeno, el pulmón, vivo aún en la mano del cirujano, a través de la grieta enorme en la espalda.

—Pero aunque no pueda trabajar en esto, en la mina, yo lo que quiero es quedar sano del todo.

El *Rojo* pequeño quería quedar sano. Él sí que anhelaba vivir y merecía realmente salvarse, porque su amor, su deseo, era un inmenso, irrefrenable amor a la vida, algo que llevaba tan dentro, tan en su carne, como su jugo las ruines plantas que rompían cada año en los resquicios de la muralla.

El mismo no amaba así la vida; solo sentía un ciego, obsesionante temor a la muerte. Si la enfermedad no se hubiera presentado, su vida hubiera transcurrido como la de muchos que él conocía, con el falso espejismo de un sentido que nunca habían logrado hallar.

Ahora empezaba a comprender un poco a los otros, empezaba a comprenderse. Veía su vida como una sucesión de días sin voluntad, de dejarse llevar por las circunstancias, por ajenas decisiones. Los breves virajes de su juventud no se presentaron nunca como una acción resuelta, propia, verdadera, sino fruto del ambiente, de la hora, de una amistad dominante del momento.

Al cabo de una hora el *Rojo* ya no estaba allí y, sin embargo, no podía apartar el pensamiento de su desmedrada figura. El mismo nombre le evocaba la sangre, la sangre del otro, la suya propia.

—¿Le encontró a usted? —preguntó Zoilo cuando le vio volver.

—Sí, sí le vi.

—Le andaba buscando...

Miguel entró en la casa, dejando sin respuesta la muda interrogación que asomaba a los ojos de Zoilo.

A la tarde, bajo los olivos, encontró a Soledad, cosiendo, con Inés. Esta, al verle, cubrió insensiblemente su vientre con la sábana. Miguel no creyó oportuno detenerse. Cuando iba a pasar de largo oyó la voz de Soledad que le llamaba.

—¿Ya te vas a leer? Te vas a gastar la vista con tanto libro. Anda, siéntate un poco con nosotras.

Había una coquetería espontánea, infantil, en su modo de hablar. Inés, por el contrario, callaba, y Miguel reconoció que su mismo silencio le atraía. Tanto que, por vencerse a sí mismo, fue a sentarse a su lado. Ahora charlaban los tres, de Madrid, del pueblo, de las dos muchachas; pero el espíritu de Miguel huía de la conversación, olvidaba todas las palabras para volver fatalmente al mismo pensamiento: cómo sería el primo, el profesor, el hombre que en Madrid había hecho el hijo a la muchacha. Y, según se lo iba imaginando, miraba el delicado cuerpo de Inés, sus pies, sus blancos tobillos, el vientre oculto que le repelía, el pecho, el cuello, los labios abultados, los

ojos garzos, quizá demasiado juntos; y todo ello le hacía aborrecer algo que no llegaba a explicarse: la conversación, sus propias palabras, aquel instante, el aire, la atmósfera densa, el sol centelleante.

Durante la cena se mostró hosco con Soledad, y ella respondió a su silencio con otro mutismo hostil, ofendido. Zoilo, entre ambos, hojeaba el periódico, sorbiendo la sopa.

Aquella noche ninguno de los tres concilio el sueño. El viento se alzó tronando, desgajando los olivos, echando a rodar hasta el río los pequeños sillares de ladrillo desprendidos de la muralla. La cal, el mortero que los unía, golpeaba los cristales, levantándose en turbios remolinos, y cuando Zoilo traspuso la verja del corral, le azotaron la cara. Un vivo relámpago iluminó la plaza y la calle única, donde un perro huyó a todo correr, envuelto en luz violácea.

Zoilo cerró la cancela con cuidado y, respirando el aire húmedo que la tormenta arrastraba, alzó el cuello de la chaqueta. Rompió a andar siguiendo la línea oscura de las casas. Cruzó ante la iglesia, dejando atrás el chorro intermitente del pilón. Una nueva exhalación rasgó el cielo tras el cementerio. Mientras el trueno rodaba monte abajo, las lilas de doña Constanza se agitaron en la oscuridad como un susurrante fantasma. Bajo sus pies crujieron los menudos guijarros que cubrían el paseo del jardín, y el agua del surtidor, barrida por las rachas, vino en el viento. Empujó la puerta de la casa, pero la cadena echada solo cedió unos centímetros. Llamó quedamente.

—Constanza, Constanza.

La otra voz surgió al lado opuesto, suplicante.

—Hoy no, hoy no vengas.

—Abre, mujer. Está lloviendo —empujó de nuevo la cadena—. Abre. Me van a oír.

La viuda apareció en el quicio. La vela temblaba en sus manos, azotada la llama por el viento.

—¿Está dormido el niño?

Con la puerta cerrada se serenó la llama, iluminando la pared del recibimiento, cuajada de trofeos de caza: una cierva, un lobo, un búho, que desde la altura les miraba con las alas extendidas, fijas en ellos sus pupilas de cristal.

—¿Te ha visto venir alguien?

—No...

—¡Por Dios, si te ven...!

—¡Que me vean! Estoy harto ya.

—No, por Dios, que no te vean.

—¿Crees que no lo saben todos? ¡Que lo sepan! Si lo siento por alguien es por Soledad. ¿Qué culpa tenemos nosotros? ¿Quién nos va a pedir cuentas?

—¡Calla! Estás ofendiendo a Dios.

Una luz viva iluminó las ventanas, cubriendo de sombras las paredes de la

habitación.

—¡Dios mío, Dios mío! —la viuda se tapó el rostro asustada.

Zoilo intentó estrecharla y ella huyó en la oscuridad. Se movía con seguridad entre los muebles, pero Zoilo tropezó junto a la puerta.

—Te va a oír el niño.

Estaba acurrucada en un sillón, las manos sobre el pecho.

—Dios nos va a castigar, Dios nos castiga. ¡Dios mío, cuánto le ofendemos!

Una ráfaga barrió la llanura, estrellando sus remolinos contra la muralla. Luego, en la calma que sobrevino, la lluvia comenzó a caer suavemente, formando menudos charcos, poblando de un dulce murmullo el silencio de la tierra.

XII

A Miguel le gusta el ciprés de Baltasar porque en la planicie abrasada, en los alrededores del pueblo moribundo que el polvo entierra paulatinamente, es el único hito de vida que perdura. Mocho desde que un rayo quemó la copa, tiene tantos años como la iglesia. Aún la humedad del río nutre sus raíces; mas, cada vez que los vientos se desencadenan en el horizonte, el tronco cruje mecido con violencia y parece que fuera a saltar, arrancado de su lecho. Ambos, el árbol y el río, el uno agotado, el otro viejo y más ciego cada día, quizá lleguen a perdurar, como ahora, uno a expensas del otro, prendidos fielmente a la tierra, unidos por la misma vena de agua.

A los olivos les colocan piedras en la copa cuando son jóvenes para que crezcan hacia sus pies hasta casi tocar los surcos con los brazos retorcidos. Los perales del capataz nunca fueron más gruesos que el brazo de un niño; en ellos la fruta no llega a madurar, aunque los chicos la comen en otoño. El viejo ciprés, en cambio, se alza sobre las tapias del huerto, cobijando en sus ramas a todos los pájaros que cruzan la llanura. Otros huertos hay que tienen hortalizas y fruta, o, como el jardín de la viuda, macizos de un aroma penetrante que llega a embriagar; pero nadie posee un árbol tan alto, tan corpulento, tan añoso, como el de Baltasar. Baltasar está orgulloso de él. Sin embargo, cuando a horcajadas en la silla de la cocina descabeza un sueño, le pone triste el canto de los pájaros que pueblan su espesura. Oyó un invierno decir a la maestra que los pájaros son como los niños, y, desde aquella vez, cuando siente la algarabía sobre su cabeza, recuerda que Elena nunca podrá tenerlos. Elena, entonces, viéndole ensimismado, le pregunta qué piensa, y él se da a todos los demonios y no la contesta, o, si lo hace, es con alguna palabra violenta, para que calle y le deje en paz.

La maestra tiene razón. Si algo hay entre las cosas que conoce que les recuerde a los niños es el rumor, los cánticos del ciprés a la caída de la tarde.

Continúa en la silla, la frente sobre el respaldo, y, poco a poco, le va subiendo una agria ira, un enojo que casi siempre paga con la única persona que tiene a su alcance.

Otras veces, los domingos, acaba en el almacén, en la cantina de Gregorio, riñendo por nada, por cualquier fútil motivo, hasta que, de pronto, sin dar ninguna razón, interrumpe la disputa, vuelve a casa y se acuesta.

Los restantes días de la semana madruga. A la noche vuelve rendido del trabajo. Elena le oye contar historias de la mina mientras se desnudan, y, ya en la cama, la estrecha contra sí, como en los buenos tiempos, y cae dormido. Así, esperó la noche de uno de aquellos días, para proponer a Elena adoptar el hijo que Inés había de dar a luz en el otoño.

—¿Tú crees que va a querer?

—A mí me parece que sí.

—¿Por qué lo sabes?

—No lo sé. Solo lo digo.

—A mí me parece bien, siempre que ella quiera.

—¿Por qué no va a querer?

—Porque es su madre.

Elena calló. Ella también se temía que Inés no quisiera, pero trataba de convencerse de que eran figuraciones suyas. Al día siguiente hablaría. Al niño no le faltaría nada, y, si era niña, podría casarse bien en el pueblo. El dinero que tenían ahorrado no era mucho. Claro que cuando ellos murieran iría en la dote con la casa y el huerto. Y si nacía un chico, no iría a la mina a picar, como Baltasar, sino a Madrid, a comprar y vender, a tratar con las fábricas, como Lucas.

En estas fantasías se perdía su mente. A fuerza de pensar en el niño, aún por nacer, llegaba ya a considerarle como suyo. Volvió a revisar la ropa que cosió en un tiempo, cuando ella también esperaba su hijo, y que no había querido nunca regalar, porque a veces, a solas, gustaba de sacar para mirarla.

—¿Dijiste eso a Inés?

—No la he podido ver en todo el día. No ha salido de casa.

—¿Y no sería mejor esperar a que el chico nazca? Parece mentira que hasta en cosas de mujeres tenga yo más sentido que tú.

Elena prefirió callar lo que pensaba. Si lo decía, seguramente Baltasar se enfadaría, acabaría llamándole estúpida. Pensaba que era preciso ver, hablar a Inés cuanto antes, no fuera alguien a adelantarse y quedar con el niño.

No dijo nada. Siguió soñando con el hijo, rumiando a solas su impaciencia, abriendo de vez en cuando el baúl para ver los faldones, los pañales. Todos los días, cada vez que se encontraba con la madre, procuraba acompañarla en su camino.

—Tu hermana, ¿cuándo se casa?

—¿María? Para el otoño.

—Viene el novio a verla uno de estos días, ¿no?

—Ella dice que sí, pero ya sabes cómo es. Igual dice que sí y luego es que no.

—¿Y se van a Madrid o se quedan?

—¿Cuándo?

—Cuando se casen.

—Dicen que se van.

—¿Te vas a quedar sola con tu padre?

—Claro...

—Más os valía que tu hermana se quedara aquí con el marido. Tendríaís un hombre en casa.

Elena se detuvo súbitamente. ¿Por qué habría dicho eso? Baltasar tenía razón. Era una estúpida hablando.

—¿Qué falta nos hace? —repuso Inés—. Ya tenemos toda la tierra a renta. Mi hermana trabaja poco, como yo.

Por fin, Elena no pudo contenerse. Hacía rato que tenía la pregunta a flor de labios.

—¿Y tú, qué piensas hacer? ¿Piensas quedarte aquí o te marchas también?

—No sé —de pronto, suspiró—. A veces se me ocurre que lo mejor sería morirme.

—¡No, no! ¡Qué tonterías dices! —el corazón de Elena batió apresurado—. ¿A quién se le ocurre? Una cosa así les pasó a muchas y ya las ves por ahí, tan satisfechas con sus hijos. Después de todo, yo sé de más de una que hasta envidia te tendrá. ¿Para qué servimos las mujeres si no es para traer hijos a este mundo, di? Aquí me tienes a mí, casada. Pues te digo una cosa: casada y todo me cambiaba ahora mismo por ti. Además, ¿quién te dice que Agustín no cambia de parecer? Si tuviera mujer, aún; pero siendo soltero... La sangre llama mucho, y más la sangre de un hijo. A veces se casan. Una prima mía se casó embarazada de tres meses. Los hombres son muy raros. Otras veces, en cambio, no quieren saber nada de los hijos.

No. Elena no podría entenderlos nunca. Ni de cerca. Por mucho que quisiera a Baltasar, por muchos años que viviera a su lado, ya nunca podría llegar a comprenderlo, a sentirlo dentro de sí como ella sentía a Agustín a través de su hijo. La imagen suya volvía con fuerza, envolviéndola cruel, avasalladora, viviendo de su espíritu como el hijo en el vientre vivía de su carne.

—¿Y el niño? ¿Qué harás con el niño? Yo tengo algo de ropa.

—Soledad me hizo dos vestiditos.

—Soledad es muy buena. ¿Es verdad que anda tras el huésped que tienen en casa?

—Por ahí andan juntos.

—Sí, siempre de paseo.

—Ella es así.

—¿Que es cómo?

—Se encariña con la gente, quiero decir.

—Bueno, pero... —hizo una pausa—. En fin, allá ella. Lo que decía: al niño lo que le hace falta es alguien que mire por él. Le hacen falta... —se interrumpió de nuevo—. ¿Me estás escuchando?

—Sí, sí... El niño...

Miguel era distinto que Agustín. Si venía de Madrid era lógico que fuera más educado que los otros. Los demás la miraban fija, inquisitivamente, cuando alguna vez se cruzaban en la calle con ella. Miguel tenía una voz profunda y titubeaba un poco al hablar; se detenía nada más empezar; después proseguía, un poco distante, como si siempre pensara en algo diferente de lo que iba diciendo. Se sentía cohibida a su lado; pero, en cambio, Soledad charlaba, charlaba sin tregua, mucho más que cuando estaban solas.

—Yo tengo ropa que hice cuando iba a tener el mío. Te la regalo. Yo ya...

—No sé cómo te lo voy a pagar.

—¡Mujer!

Poco a poco, el huésped de Zoilo también había roto a hablar, pero con ella, no con Soledad, y Soledad se había ido enojando. Inés la conocía bien, sabía cómo sus

palabras tomaban un acento nervioso, un poco cortado, cuando quería herir a alguien o darse por ofendida. Miguel no lo había notado, pero ella sí.

Elena estaba llorando. No lloraba precisamente, tenía los ojos húmedos.

—¿Por qué lloras? ¿Qué te pasa?

—Nada, nada.

—Mujer, no llores.

—No, si ya se me pasa...

—Cualquiera que nos vea...

—Tú no sabes lo que es ver cómo pasa el tiempo y se va quedando una sola...

—¿Y Baltasar?

—... y pensar que después de muertos no habrá quién nos diga una misa ni se acuerde de nosotros.

—¡Cómo no se van a acordar!

Ocultó el rostro en sus manos.

—El niño...

—Sí. el niño... ¿Qué quieres?

—No lo dejes aquí —se secó los ojos. Hablaba como si la criatura estuviera allí entre las dos—. Mándale a Madrid. Aquí no va a salir de pobre en la vida. Aquí, ¿qué le espera? Fíjate —le mostró el huerto con los raquíticos frutales lindando la tapia, las coles secas, el viejo ciprés al fondo—. En Madrid se hará un hombre.

Inés la miraba confusa, un poco asustada.

—Cada año viene más seco. El día que falte el agua nos moriremos todos. Este año, ni un grano de centeno vamos a recoger.

Elena tenía razón. Pensando en el hijo se daba cuenta de la pobreza, de la estéril soledad que rodeaba al pueblo. Gris, achaparrado, ceñido ladera abajo por el óvalo dorado de las murallas, parecía el rescoldo de un gran incendio.

A la sombra de aquellos muros había visto crecer a María, a Soledad; había ido sintiendo su propia madurez, reflejada en los ojos de los otros. Tras la ceñuda mole de la iglesia, que ya solo abría sus puertas en contadas ocasiones, había escuchado, un anochecer de otoño, las palabras a media voz, los besos, el suspiro entrecortado de Elena, cuando aún no era la mujer de Baltasar y este tenía que luchar por ella.

En aquella misma iglesia los casó don Manuel, el último cura que tuvo el pueblo y que murió allí mismo y reposaba en un rincón, junto a la puerta del cementerio. Y también casó a Zoilo, cuando ella no levantaba aún un palmo, y al capataz, y a su padre... Y en un remanso del río, pasado el puente, cuando todas las casadas de ahora eran muchachas como ella, se habían bañado y sorprendido al gitano espiándoles desde los mimbres, los ojos turbios, un junco entre los labios.

Ahora se daba cuenta de que todo había sido siempre igual: el pueblo y el páramo vacío, y las casas pobres y el cielo blanco; pero el hijo tendría que llegar a ser hombre para comprenderlo.

—No le dejes que se acostumbre a esto.

—Espera que nazca primero.

—Desde pequeños se les acostumbra.

—Además, para marchar a Madrid hace falta dinero.

—Solo hace falta querer.

La llanura, envuelta en un vaho brillante, parecía vibrar. Hasta los gorriones del ciprés habían menguado su alboroto. Elena metió los dedos en el escote de la bata, ahuecando el vestido.

—¡Hoy sí que empezó el verano, aunque ni siquiera estemos en Semana Santa!

En la mina, frente a las dos mujeres, surgió un fogonazo, seguido de un seco estampido.

—Ya están con los barrenos.

Chirrió un volquete, deslizándose pausadamente por la rampa de escombros.

—A quien se le diga que tienen que empujar una vagoneta así, con este sol de castigo... —entornó los ojos para evitar la reverberación de la luz, intentando distinguir a los dos hombres inclinados, casi horizontales, tras la carga.

—¿Es Baltasar?

—No se ve bien. A veces le conozco por la manera de andar, pero hoy con tanta luz no se ve nada.

Se cansó de mirar.

—¡Y aún hay madres que los mandan ahí cuando están en la escuela!

—¿A la mina?

—Si no es ahí, a otros sitios, de pinches, de motriles. En una carretera los vi yo de niña, trabajando, empujando los carretillos como burros. Para eso los traen al mundo —de nuevo tenía los ojos repletos de lágrimas.

—Mujer, no llores otra vez.

—Si no es nada, no es nada...

Lloraba, lloraba en alta voz, como los niños. Al principio era cómico verla así, gimiendo, hipando, secándose con el pañuelo, que iba y venía del pecho a los ojos.

—¡Si yo no hubiera quedado así! Eso hacen en los hospitales, quitarnos todo lo que llevamos dentro.

Y ya en la tarde no salió de su feroz mutismo. Ni siquiera alzó la cabeza cuando Inés le anunció que se marchaba. Ahora se sentía irritada consigo misma. Baltasar estaba en lo cierto, se dejaba ir a menudo de la lengua. No debía echarse a llorar delante de la gente.

También Zoilo estaba irritado. Inés lo vio discutir con el gitano a grandes voces. Se pasaba constantemente el pañuelo por la frente. En cambio, Alejandro le respondía siempre en tono tranquilo, reposado.

En casa, María, viéndola entrar, se apresuró a preguntarle por qué reñían los dos hombres.

—No lo oí.

—¿Pasas al lado y no te enteras?

—No.

—¿Ya no me haces la ropa?

—No tengo ganas.

—De andar por ahí, sí tienes.

—Ya lo sé.

—¿Y te quedas así, tan fresca?

—¿Qué quieres que haga?

—No mereces el pan que te comes.

La voz del padre se alzó en la habitación vecina:

—¡María!

Hubo un silencio. La olla hervía con estrépito en la lumbre.

—¿Qué quiere?

—¡Que os calléis! Eso quiero.

María salió dando un portazo.

Al día siguiente, Soledad contó a Inés la disputa con el gitano:

—Alejandro quería ir a medias con mi padre en el negocio.

—¿En qué negocio?

—En una tierra que quiere vender a la viuda. Quiere que mi padre la convenza.

No sé por qué se figura que a él le va a hacer más caso. Mi padre no ha querido ni oír hablar de ello. Lo que no sé es por qué se puso de esa manera. ¿Tú le oíste?

—Sí.

—Parecía que lo iba a matar.

—Pero Alejandro no chillaba.

—No. Él estaba más tranquilo.

—¿Has visto qué calor?

—¿Sería por eso?

—A lo mejor. Mi padre no lo aguanta. Dice que este año se van a secar hasta los olivos.

XIII

El demonio del tedio, que se llama también el demonio de mediodía, es el más temible de los demonios. Ataca al monje hacia la cuarta hora y prosigue el asedio del alma hasta la hora octava. Se esfuerza en mostrar que el sol es lento y hasta que no avanza nada; que el día es de cincuenta horas. Además, le inspira aversión hacia el país que habita y el género de vida que hace. Después le lleva a creer que la caridad ha huido del corazón de sus hermanos, y que no tiene a nadie cerca para buscar consuelo.

Cerró el libro sobre su pecho y dejó vagar su mirada por los blancos rincones de la habitación. El sol recortaba la silueta de la cama contra el suelo. Vino la voz de Soledad.

—Arriba, que son las diez. Se va a quedar frío el almuerzo.

Le gustaba mandar. Tenía un don innato para ello. Hasta el mismo Zoilo prefería callarse cuando le reñía. Se entretuvo contemplando, en tanto se iba vistiendo, un viejo y estropeado cuadro que pendía sobre la cama. Era un santo varón, vestido de sayal, con un cayado en la mano. Se preguntó a quién representaría, tratando de imaginar el fulgor que en aquellos ojos santos, había querido retratar el artista. A pesar de su estúpida expresión, a pesar de la actitud teatral, había en aquella figura, torpemente iluminada, una intención, una mística viveza, y en sus ojos podía adivinarse el fuego de una pasión sobrenatural.

La siguió contemplando, a pesar de que Soledad le apremiaba desde abajo.

El santo alzaba un pie desnudo sobre la corriente de un turbio río, en actitud de cruzarlo. Tras él se extendía, hasta el horizonte, un pelado desierto, surcado por dos ángeles de azules vestiduras. Parecía como si, en la soledad del cuadro, el firmamento fuera a animarse con un rumor de alas.

Al tiempo que se vestía, sintió el cuerpo dolorido por el insomnio, y la boca seca, pastosa desde la madrugada. Debía tener fiebre. Se tocó la frente, pero no hubiera podido asegurarlo. Se había formado el propósito de no quedarse nunca en la cama. Aunque algunas mañanas le era preciso arrastrar su cuerpo transido, una vez en pie, las piernas se desentumecían, y, si no andaba mucho, tampoco llegaban a pesarle. Tan solo si apresuraba el paso o daba la vuelta al pueblo, siguiendo la muralla, sentía bajo las rodillas una aguda punzada que le obligaba a detenerse. Se sentaba o bien seguía andando más y más, sin límite, sin medida. A veces se alejaba a través de la llanura hasta perder de vista el pueblo, los olivos, el ciprés; hasta encontrarse a solas en el páramo sembrado de cardones.

Andando, siguiendo el curso del río para no perderse, llegaba a no sentir dolor en las rodillas, ni cansancio alguno en todo el cuerpo, salvo en la cabeza, donde el rápido batir de las sienas le atormentaba. Se echaba junto a la orilla y, si la noche anterior había sido muy agitada, se dormía. Pero al tratar de regresar, las piernas, todo él, parecía ir a hundirse en la tierra.

No era difícil castigar el cuerpo. Él lo maltrataba, a veces sin desearlo, intentando aniquilarlo, dominarlo en aquellas penosas caminatas, como si quisiese matar en él un indómito, tenaz miedo a la nada.

Sin embargo, cuando volvía fatigado, sucio de polvo, su primer pensamiento era: «No estoy tan malo si resisto esto», aunque más tarde, en el lecho, en la oscuridad del cuarto, pensara con mayor calma y lucidez.

No, no era fácil sacrificar el cuerpo, lo difícil era encontrar a qué dedicar ese sacrificio, y eso no estaba en su mano alcanzarlo, elegirlo.

Las lágrimas causadas por la idea de la muerte producen el temor. A este temor sucede la confianza; de esta confianza nace la alegría, y esta alegría, terminando en cierto modo, sin que en realidad termine nunca, produce la flor celeste del divino amor.

Pero de su temor, de su confianza, no nacía la alegría. Cuando lograba superarlo, cuando lo dominaba, solo venía un aniquilamiento, una tenue calma, un encontrarse a solas en el mundo, y era imposible amarse a sí mismo, a su propio espíritu, a su propio cuerpo.

Y el espíritu se rebelaba, y el cuerpo, maltrecho, le seguía, prolongando las horas de dolor. Miguel no soñaba con ángeles, como el ermitaño del lienzo. Veía a menudo su niñez, su juventud en el colegio de los frailes; soñaba con sus padres, vivía largas horas junto a ellos antes de despertarse.

El padre le llevaba paseando por una amplia avenida de acacias que él reconocía, y, aunque se sentía mayor, en su edad actual, sus pensamientos eran infantiles, los mismos de entonces, cuando estrechaba gozoso la otra mano, grande, rugosa. El padre estaba como entonces. Hablaba mucho, constantemente, pero a Miguel, una vez despierto, le era imposible recordar ninguna palabra.

Había semanas en las que el mismo sueño se repetía dos o tres veces, y la imagen del padre llegaba a hacerse tan viva y concreta como un retrato.

Hasta podía reconocer el color de las manos, el traje azul, los zapatos puntiagudos, negros, brillantes.

Ahora el padre vivía aún. Estaba agonizando, pero no llegaba a morir. Todos en torno al lecho temían un desenlace, pero él se levantaba con gran trabajo e iba a sentarse en uno de los grandes sillones del comedor. Miguel le seguía y, a solas los dos, mantenían una de aquellas charlas interminables. Había muerto relativamente joven, al poco tiempo de la madre, y Miguel, que recordaba pocas cosas de la infancia a su lado, ahora en sueños, cada vez que en aquellos fantásticos encuentros aparecía su figura, se sentía atraído más que por cualquier otro recuerdo.

—¿Bajas? —la voz insistió de nuevo.

—En seguida. Ya voy.

Mientras desayunaba en la cocina, al otro lado de la ventana cruzó el Rojo pequeño, pensativo. Le preguntó por señas si había escrito a Madrid.

—Ya tienen que haber recibido la carta.

Soledad le miró, preguntándose de qué carta hablarían.

—¿Has visto a mi abuelo por ahí? —preguntó al *Rojo*.

—Junto al puente estaba cuando yo pasé.

Cerró la ventana. Salía Miguel. Lo detuvo.

—¿Quieres hacerme un favor?

—¿Qué es?

—Si por casualidad le encuentras, dile que venga a casa.

—¿Es que pasa algo?

—Sí —repuso de buen humor—, que se fue sin tomar nada esta mañana. Está en ayunas todavía.

El abuelo había cruzado ya el río cuando lo alcanzó Miguel. Se hallaba junto a la ermita, de charla con la mujer del gitano, en tanto el gallo escarbaba la tierra.

—Ya desayunaré. ¡Que espere!

María iba ya a retirarse, pero el viejo la retuvo con un ademán de la cachava.

—Espera, mujer, espera.

—Se tiene usted que ir a almorzar. Además, si viene Alejandro y me pilla aquí, oyendo cantares, me mata.

—¡Qué te ha de matar!

—Bueno, venga el último.

El abuelo, cruzadas una sobre otra sus largas piernas temblonas, apoyó el mentón en su cachava, murmurando a media voz:

*Tomé la leche, en Limones
y en Batavanó el café
y a las tres de la mañana
en Matanzas almorcé.*

Se detuvo, mirando a Miguel con ojos zumbones.

—Siga, siga —apremió María.

*Cuando en Matanzas me oyeron
lo dulce que yo cantaba,
cantores se aproximaron
hasta que cantar me oyeron.*

*Uno a otro se dijeron,
este cantor no es de aquí.*

*Y yo que lo comprendí,
me llené de puro gozo.
Yo soy el café sabroso
de San Juan de Yumurí.*

Miguel se había sentado a su lado, en uno de los bancos de pizarra, junto a la puerta.

—¿No va usted?

El abuelo respondió con una retahíla de palabras incomprensibles.

—... siempre con el desayuno a vueltas.

De nuevo se le quedó mirando. Sus ojos entornados parecían irse a cerrar repentinamente.

—¿Qué? ¿Te gustó?

—¿El cantar? Sí, mucho —repuso Miguel—. ¿Dónde lo aprendió?

No respondía. Pareció olvidarse otra vez de todo lo que le rodeaba, continuando en voz baja:

*¡Cuánto hombre perdido en Cuba
con el zumo de la caña;
lo mismo están en España
con el zumo de la uva!*

—Antes sabía como diez veces más.

—¿De Cuba?

—Sí, hijo, sí.

—De la guerra —puntualizó la mujer del gitano, que no se decidía a marchar—. Pregúntele, pregúntele —desapareció, volviendo con un puñado de centeno que vació ante el gallo. El animal se arrojó vorazmente sobre los granos, arqueando las sucias plumas cada vez que alguna de las gallinas de la ermita intentaba aproximarse.

El viejo se entretenía en apartar el gallo con la punta del bastón y, cuando, pugnando por esquivarle, graznaba aquel furioso, dejaba oír una débil risita, tan temblona como su voz. A juzgar por la estatura que aún conservaba, de joven debía haber sido muy alto. Ahora, a pesar de sus espaldas encorvadas y sus hombros hundidos, nada más cantar el gallo ya iba camino del huerto, a la ribera del río, a sacar las patatas que Soledad había tenido buen cuidado de enterrar la noche anterior.

La azada y el serillo descansaban junto a la fuente de las bolas doradas, a unos pasos de la ermita.

—¿En cuál de las guerras estuvo usted?

—En la última.

Ambos miraban en silencio al gallo, que habiendo agotado el centeno les devolvía la mirada desde su único ojo, saltón, sanguinolento.

—En la última estuve, hijo, en la última —repitió.

—¿Y qué tal le fue?

Le clavó la mirada inquisitivamente y rompió a hablar:

—A mí me daban quinientas pesetas. El sueldo de un sargento. Nos lo pagaban en oro, en monedas de cinco duros. Yo guardaba la mitad para mandárselo a mi padre, pero el escribiente de la caja de pagos siempre me decía: «Buena falta le hace a tu padre». El capitán nos dijo que fuéramos a una casa de timba a apostar. Dijo: «Ustedes que pueden ahorrar, cuando vayan al juego, jueguen a la doble». Yo pedía

una carta y ponía en ella dos pesos. ¿Que venía la mía? Tomaba una copa y me marchaba. Llegó un día que al entrar yo, oía decir: «Ya está ahí el sargento», y en la carta donde yo ponía los dos duros caían tres o cuatro mil pesetas.

—Ganaría muchos cuartos.

—Como que un día, cuando tomaba la copa, se me acercó el dueño a decirme que tenía copa y dos duros si jugaba a la contraria. *Brauet y Compañía* se llamaba aquello. Eran españoles. Un día pasó por allí un negrito y dijo en la puerta, parándose: «No queda un patón blanco que no fusilemos.»

—¿Por qué los llamaban patones?

—Por las patas, ¿por qué iba a ser? ¿No ves que allí todos son muy pequeños?

La mano temblona buscó torpe el pañuelo en bolsillo. Después de sonarse lo dobló cuidadosamente.

—Yo estuve con el general Linares, el que entregó la isla a los americanos.

—¿Los vio usted?

—¿A quién? ¿A los americanos? ¡Como te estoy a ti viendo ahora! —escarbó con el bastón en el suelo—. Eran... fuertes, gruesos. Llevaban un traje pardo y alpargatas, y el máuser.

Zoilo decía que su padre chocheaba, pero, oyéndole hablar, la nitidez de sus recuerdos hacía pensar a Miguel que todo el pasado del viejo se había reducido en su mente a aquella aventura de su juventud que sin cesar repetía a todo el que quisiera escucharle. Soledad también se quejaba de que, fuera del tema, nadie era capaz de arrancarle una palabra.

—Es su manía. Después de todo, a su edad ya se sabe. Menos mal que no le dio por otra cosa peor.

La mujer del gitano seguía en el quicio, escuchando, sin atreverse a sentar por miedo al marido.

Weyler era pequeño, moreno, feo; estuvo año y medio antes de que le relevara el general Blanco, que llegó de Filipinas. Cuando lo del Maine los americanos bloquearon Caimanera (el puerto donde el abuelo servía) con tres barcos grises que todos los días, al amanecer, entre dos luces, los bombardeaban.

—Gritaba el primer teniente: «¡A las trincheras, que los barcos se mueven!» —el abuelo apagaba la voz hasta hacerla lejana como el recuerdo.

—Un día llegó un negrito y dijo: «Mi señó, tengo que *ve generé*».

Entregó al general un mensaje, y aquel, cuando lo hubo leído, mandó formar. El corneta tocó llamada y paso ligero. Todos los soldados formaron en torno a los heliógrafos.

—«Hijos míos —ahora el tono del viejo era borroso, pero potente y viril, como debió ser la voz del general—. Hijos míos, acabo de recibir un mensaje de Santiago, diciéndome que se han rendido. ¿Qué queréis?» Y los ocho mil que estábamos allí gritamos como un solo hombre: «¡Pan!».

Llevaban sesenta y cuatro días sin probarlo. El general ordenó silencio. Hizo alzar

bandera blanca, y de uno de los barcos que cerraban la bahía se separó un bote con parlamentarios. Bajaron cuatro hombres, que discutieron largamente con el general y sus oficiales, hasta que de los mismos barcos vinieron unas motoras con harina. Había en el campamento tres hornos y los tres funcionaron aquella noche. También llevaron los americanos latas de carne.

—Al principio nos daban una lata de kilo por cabeza. Cada cual se comía lo que le entraba y lo demás lo vendíamos. Entonces empezó a enfermar la gente.

—¿Por qué? —preguntó la mujer del gitano—. ¿Estaba mala?

—¡Qué había de estar mala! Nosotros éramos los que estábamos malos. Se conoce que de no comer, el estómago estaba débil, y lo devolvíamos todo —hizo una pausa para sonarse otra vez—. A los ocho días nos llevaron a Guantánamo. Entraron los americanos y nos desarmaron. Había que ir pasando por un barracón y dejar allí las armas. A muchos se nos saltaban las lágrimas, pero por la noche trajeron bebidas, y en el *guateque* que armamos aparecieron cinco americanos con las tripas fuera.

Los metieron entonces en un campo cercado de espinos, en Santa María, y, según el abuelo, murieron más de mil. Se acabó la carne y fue preciso sacrificar los mulos.

—Volvimos en el *San Ignacio de Loyola*. Tardamos en llegar a La Coruña trece días.

—¡Vamos, que perdieron la guerra! —concluyó María.

—¡Qué habíamos de perder! La guerra estaba ganada. ¡Si no llega a entrar Norteamérica...! Se entregaban a cientos los insurrectos —se levantó haciendo un esfuerzo, ayudándose de la cachava. Las rodillas, temblorosas, parecían ir a chocar entre sí. A media voz comenzó a murmurar:

*Cógela, que es tuya,
mulatona de la bulla.*

La mujer del gitano rio en voz baja, en tanto se alejaba el viejo, seguido de Miguel. Quedó mirándoles irse, con los brazos en jarras.

El viejo caminaba todo lo a prisa que se lo consentían sus inseguras piernas. Parecía un autómatas, apoyado en el bastón, vibrando todo su cuerpo. Desplegaba tales energías que daba la sensación de una carrera desenfrenada, pero Miguel podía seguirle sin esfuerzo y aun, algunas veces, le era preciso detenerse para aguardarle.

—¿No se cansa?

—¿Cansarme? —le miró de reojo—. Cuando yo tenía tu edad no había nadie que me aventajase a andar en este pueblo.

—Entonces, puede ser...

—Desde aquellos años hasta ahora ya ha llovido, ya...

—¿Volvió usted contento de Cuba?

El abuelo se volvió a ver si el gallo les seguía. El animal venía lejos. Al verles detenerse, se acercó despacio, graznando. Al reanudar la marcha, la pregunta se le había olvidado.

—¡Si hubiera hecho esto antes!

—¿Dónde vamos?

—¿Qué? ¿Es que te cansas tú?

Miguel no deseaba ofenderle. A pesar de su bronco humor se estaba bien al lado del viejo.

—No, no me canso. Pero me gustaría saber a dónde vamos.

—Ya lo verás.

El azadón debía pesarle. No era lo mismo cargar con él de madrugada que a las once de la mañana, con el sol apretando.

—Traiga el azadón, que se lo llevo.

—¡Tú qué vas a llevar!

Tras reiteradas protestas consiguió arrancárselo, echándoselo al hombro.

—¿Se fue a Cuba contento?

—Sí, ¿no ves que tenía veintitantos años entonces? De tu edad. Cuando se es joven no se piensa nada más que en divertirse, como yo hacía. En cuanto el capitán pedía voluntarios, allí estaba yo. Si lo mataban a uno, muerto quedaba, y se acabó — golpeó suavemente su pecho con el puño—. A mí me ascendieron por méritos de guerra.

—Se portó usted como un valiente.

—¡Bah! —gruñó el viejo—. Valientes, valientes... Todo el mundo tenía miedo a la hora de meter el machete, pero no nos parábamos a pensarlo. ¡Para lo que íbamos a sacar! Además, ya en el baile, ¡como si tal cosa! Una vez cogimos preso a un cabecilla de los insurrectos que se llamaba Periquito Pérez, y cuando lo llevábamos a fusilar, me acuerdo que le pregunté: «¿Qué, hermano? ¿Tiene miedo?». Y él, en vez de contestarme, va y me escupe. Estuve por fusilarle allí mismo, pero íbamos aún por las afueras y tenía orden de llegar hasta las tapias del cementerio. Tenía buenas agallas. No dejó que le vendáramos los ojos. Nos estuvo insultando hasta que cayó redondo.

Habían llegado a un pequeño huerto abandonado, en la margen izquierda del río. La tapia derruida dejaba ver, a través de sus grandes vanos, un pozo rodeado de borrosos surcos, donde la azada no debía haber entrado en muchos años.

—Trae eso.

El viejo se alejó hasta un rincón y, dejando el serillo en el suelo, cavó sin apresurarse. Entre los terrones removidos aparecieron unas pequeñas patatas rojas. Hasta que no hubo reunido un buen montón no descansó. Se sentó en el brocal del pozo, secándose la frente y la nuca con el pañuelo.

—Este año vienen mal.

—¿Las patatas?

—Sí, las patatas.

El gallo soltó un graznido en la puerta. Más allá de las tapias la llanura se extendía a los cuatro vientos. En ella, como un hito solitario en la atmósfera brillante,

flotaba el pueblo. Las plumizas murallas parecían abrazarlo ciegamente, retenerlo prisionero junto al páramo.

XIV

Los gastados neumáticos crujían en el suelo, hundiéndose en la grava, en la menuda arena del camino, avanzando con dificultad. Rodaba sobre las huellas de los carros, luchando por no salirse, por no pisar los cardos achaparrados que crecían en la cuneta.

Remangada la sotana, sujeta a los riñones con ayuda del cinturón, dejando ver unos pantalones a listas negras y grises, cabalgaba don Luis en su bicicleta a través del páramo, camino del pueblo, para celebrar los oficios de Semana Santa. Otros años, a principios de abril, aún el tiempo se mantenía fresco, pero ahora el sol le quemaba la cabeza hasta hacerle temer una insolación. Se detuvo y, sacando el pañuelo, sucio ya por el sudor del camino, se enjugó la frente, suspirando. Luego lo extendió en el interior de la teja, que viajaba en el soporte, y, encasquetándose, volvió a pedalear.

Era una desgracia que se le hubiera muerto el caballo aquel mismo año. El caballo era viejo, pero hacía su servicio. Sobre sus escuálidos lomos, bajo el amplio paraguas azul que le defendía de la lluvia o aplacaba en verano el tormento del sol, se podía cruzar la llanura como desde la oscilante cubierta de un barco. Ahora, en cambio, en aquella rechinante bicicleta que un primo del ama le había prestado, era menester sudar, empujando sobre los pedales, con todo el polvo pegándosele a la cara, para llegar sucio, exhausto, calado de agua si llovía, ante la mirada compasiva de los feligreses.

Conseguía escalar sin apearse los últimos metros de la cuesta y, entrando por la puerta chica, iba derecho a casa de doña Constanza, que desde antiguo acostumbraba a hospedarle.

—¡Pero, por Dios bendito, cómo viene usted!

Don Luis entornaba los ojos irritados por el polvo, sintiendo el rastro frío del sudor bajar hasta el codo por las mangas de la sotana.

—Es que hace calor...

—Viene usted hecho un santo Cristo.

Don Luis contemplaba su raída sotana, casi transparente, surcada de manchas y brillantes rozaduras. Siempre quería responder algo, pero nunca acababa de dar forma a su pensamiento; además, la viuda no le daba ocasión, entregándole un batín de su difunto marido, y mandándole a la alcoba.

—Ande, póngase eso y tráigame la sotana.

Mientras la criada la frotaba con gasolina, don Luis, descansando de las fatigas del viaje, tomaba un refresco y charlaba con la viuda.

Nueva parada. Ya se alcanzaba a ver, confundido con la tierra, el pueblo diminuto. No se oía en torno el más mínimo rumor, ni el canto de un gorrión, ni el susurro del río, reducido por el sol, que lo iba secando.

Don Luis había llegado poco antes a la conclusión —y el calor que padecía en

aquellos momentos se lo confirmaba— de que, a pesar de sus atenciones para con él, doña Constanza no le era simpática. Mucho compadecerle, mucho halagarle... Pues bien, si no quería verle con la sotana raída, si no quería verle llegar sudoroso, que le comprara un caballo. Pensando estas cosas, había llegado a tacharse de egoísta. Mas, si los vecinos del otro pueblo habían hecho cierta vez una suscripción para regalarle el animal, bien podía hacer otro tanto la viuda, puesto que ella sola reunía casi tantas tierras como el resto del pueblo.

Verdad es que aquello fue antes de la guerra. De entonces acá las cosas habían cambiado mucho, y no solo para un caballo, sino para techar la iglesia, era difícil recaudar fondos. La gente se había hecho más interesada, le costaba más soltar los cuartos, y parecía como si a fuerza de confiar menos unos en otros, desconfiaran también de él. De los pobres no había que hablar, porque a esos era inútil pedirles nada, pero hasta las señoras que siempre le habían socorrido, cerraban ahora la mano.

Doña Constanza decía que amaba a Dios y a la Virgen del Carmen, y que si llegaban a conseguir traer de nuevo un cura al pueblo, ella pagaría de su bolsillo lo que costara arreglar la casa. También había regalado la gran campana, que por las fiestas —especialmente el 16 de julio— volteaba cadenciosamente, esparciendo su profundo son por toda la llanura.

A don Luis lo de la campana le parecía solo un afán de vanagloria, un afán de que su voz se oyera en la misma capital, un gasto inútil, porque con la esquila que colgaba aún de la espadaña bastaba para despertar la tibia fe de aquel pueblo. Si quería dedicar algún dinero a Mayor Gloria de Dios, al resurgimiento de su Iglesia, que se lo diera a los pobres o que le comprara un caballo a él, que a fin de cuentas también andaba rondando la miseria.

El ama antigua se había escapado, nada más terminar la guerra, con un soldado de los que habían ocupado el pueblo. Si se habían casado, menos mal. Ahora le cuidaba una mujerona flaca, de genio exaltado, que le amenazaba constantemente con marcharse si no le pagaba con puntualidad. Y don Luis apenas tenía qué darle. Escaseaban las misas, los bautizos y los entierros, y los pobres eran muy pobres, y los ricos, roñosos. Había llegado a sembrar hortalizas a espaldas de su casa, junto al cementerio, con el fin de sacar algún dinero, pero no se sentía con fuerzas para trabajar allí todos los días y tuvo que abandonarlo. Por si era poco, se había muerto el caballo. ¡Campanas, campanas...! Él servía a Dios más que las campanas, más que doña Constanza, que siempre aseguraba amarle tanto. No comprendía en qué consistía ese amor a Dios, pero desde luego, él, en la mohosa bicicleta, chorreando sudor por toda su piel, le amaba mucho más, demostrándolo a diario.

Con las perneras azotando los tobillos, la maleta atrás, saltando constantemente en el soporte, don Luis cruzó ante la mina. Los hombres alzaron un instante la cabeza, suspendiendo el trabajo. El capataz se llevó la mano a la boina en un saludo casi militar, al que don Luis respondió con una leve inclinación de cabeza.

A don Luis le asustaban las minas porque los sucesos de octubre de 1934 le

habían sorprendido en un pueblecito de Asturias, junto a la montaña, pasando unas vacaciones con sus padres. Aún guardaba el negro recuerdo de aquellos hombres cetrinos, que en mangas de camisa, con el mosquetón terciado a la espalda, llegaron de la cuenca minera para hacer la revolución. Rompieron la puerta de la iglesia y fusilaron a los santos en la calle; después, ante el gesto medroso de los vecinos, habían prendido el altar con gasolina. Había fuera un corro de hombres, pero ninguno dijo nada, solo las mujeres lloraban, santiguándose. Y aquellos tres hombres, con los fusiles, riéndose. Supo que en toda la provincia había otros muchos sublevados contra el Gobierno, dispuestos a matar a todos los curas y monjas que encontraran en su camino. También era mala suerte haberse ido a meter en la boca del lobo. Le habían obligado a presenciar el incendio, y, una vez que el interior de la iglesia estuvo reducido a pavesas, dijo uno de ellos:

—Ahora te toca a ti.

Le habían colocado en medio y lo llevaban camino del cementerio. Los hombres continuaban impasibles, pero las mujeres lloraban, armando un terrible griterío.

—Suéltente, suéltente —gritaban—. El pobre, ¿qué culpa tiene?

Pero ellos se volvían contestando:

—¡Callaros, desgraciadas, que no sabéis lo que queréis!

Su madre, que iba detrás, llorando y suplicando con las otras mujeres, había tenido un arrebató de locura y se había tirado al río. La sacaron empapada, los ojos en blanco, perdido el sentido.

Los tres mineros le habían dejado marchar.

—De esta te salvas; ahora, la próxima vez que bajemos, te queremos ver cavando, como todos.

No aparecieron más. Don Luis había vuelto sano y salvo a su parroquia, pero la madre no levantó más cabeza desde aquella ocasión. Sí, decididamente, los mineros eran poco recomendables, y los hombres, en general, menos de fiar que las mujeres.

La campana de doña Constanza va y viene en su eje sin voltear. Sobre el pueblo, sobre los cuatro vientos, hasta el horizonte, llega su toque grave. El bronce se estremece, y cuando alguno de los monaguillos pone sobre el metal labrado, verdinegro, su pequeña mano, siente en ella palpar una vida, una especie de latido dentro del metal, como si la campana escondiera en su interior una red de sutiles venas.

Vuelta a sonar. La vida, el leve estremecer del bronce torna en toda su intensidad, en su fatal monotonía, flotando sobre el ambiente, y pasa sobre los huertos, sobre los sucios tejados, a través de las puertas que el calor ha dejado entornadas, llevando un mensaje de muerte, el anuncio de que Dios va a morir, de que Dios ha muerto.

Pero no a todos. Hay algunos que en la voz de la campana solo ven el nombre que hay grabado en ella, el nombre que doña Constanza mandó grabar cuando la

fundieron.

—Dicen que lleva el nombre suyo.

—No me extrañaría, para eso la pagó.

—¿Cuánto le costaría?

—Échale veinte mil duros.

—Con la mitad de eso te ponías tú bueno.

El tañer llegaba hasta los dos hermanos, lento, profundo.

—Sonar, suena bien.

—¡Ya puede!

—¿En qué estás pensando? —pregunta, medroso, el pequeño.

—¿En qué voy a pensar? De esta noche no pasa.

—No. Hay que esperar...

—¿Pero qué, tanto esperar? —chilla el mayor exasperado—. Ya me estás cargando. ¡Ni que fuera yo el enfermo!

—Calla, hombre, que te van a oír.

—¡Sí que es nueva la noticia!

—Digo lo otro.

—¿Lo de la viuda? ¡Y qué, aunque me oigan! ¡Para lo que estamos haciendo!

—Ya haremos.

—Mañana...

—¿Y si nos arriesgamos y luego no hace falta?

El mayor le miró con extrañeza.

—¿Que no hace falta? ¿Qué crees? ¿Que nos van a traer aquí el dinero?

—No, eso no.

—¿Pues entonces? ¿Quién va a mirar por nosotros? A los dos nos parte un rayo, mañana mismo, y no se entera un alma. Sentirlo, cuatro amigos y nada más. Cuatro desgraciados que ni para el entierro tendrían. Esa es la suerte de los pobres. ¿Tú qué sabes de la vida? ¿Qué sabes de eso? ¿Te figuras que van a venir aquí a buscarte, a darte cama gratis? —hizo una piña con los dedos—. Así de paisanos tienen. Todos son recomendación de gente importante, de gente gorda. Pero nosotros..., nosotros somos lo último, lo que no quiere nadie. De nosotros, ¿quién se acuerda?

Se secó el sudor, mientras el pequeño respondía:

—Pues con ser tan poco, a lo mejor nos hacen el favor.

—¿Para qué, si en la vida vamos a poder devolverlo?

—Aun con eso.

—¿Pero quién, hombre, quién?

—Un amigo...

—¿Y qué amigo tienes tú? A ver, explícame...

Se vio obligado a relatarle la entrevista, su amistad con Miguel.

Había procurado ocultárselo, pero, a medida que el tiempo iba pasando, el hermano se mostraba cada vez más impaciente. Era poco menos que imposible dar

largas al asunto. Él mismo perdía la esperanza. De Madrid no contestaban. La noticia conseguiría calmarle unos días, los suficientes para saber con seguridad si le llamaban.

—¿Y crees que te van a hacer caso?

—¿Por qué no?

—Porque hoy nadie se mueve por nadie —insistió—. Nadie hace favores gratis.

—Pero si mandó la carta.

—La carta la mandaría, pero veremos si te dan la plaza.

—¡Si te empeñas en que no...!

—Yo no me empeño en nada. Mira lo que le pasó a Lorenzo.

—Lorenzo llevaba cuatro años. No van a tenerlos allí toda la vida.

—Pero le echaron...

—¡Si te pones así...!

—¡Claro que me pongo! ¡Como que Lorenzo no conocía a nadie! Por eso es por lo que yo quiero que vayas a uno de pago. ¿Te enteras? A uno de pago.

El *Rojo* pequeño se encogió de hombros. Sabía que cuando su hermano se ponía a gritar era inútil discutir con él. Luchaba por su salud y no se sentía con fuerzas para contradecirle.

El sol va declinando. Todo el paisaje en torno, el pueblo mismo, aparecen envueltos en un halo irreal, que hace surgir a lo lejos, donde el cielo y la tierra se confunden, una falsa cadena de montañas.

La campana sigue tañendo. Alejandro, al oírla, maldice en su interior a doña Constanza porque no quiere comprar la finca con que él piensa estafarla. Ya tiene preparado el cambio de mojones, ha pensado lo que va a decir al perito que venga de Madrid a medirla, la comida con que le obsequiará, el fuerte vino de la tierra que servirá a los postres. Si viene uno solo, si es el mismo que la viuda acostumbra a llamar otras veces, y la medición se hace por la tarde, tiene casi todos los triunfos en la mano. Doña Constanza comprará, junto con dos pequeñas parcelas del gitano, una buena porción de fincas del patrimonio público. Cuando, al cabo de unos días, se descubra la superchería, él ya estará en Madrid, o mejor, en Barcelona, donde tiene familia. Y si las cosas se ponen mal, en Méjico, aunque es poco probable que llegue a necesitarlo. No será preciso, ya que los papeles estarán en regla, y toda la culpa recaerá en el perito, en la propia doña Constanza, por dejarse engañar. No obstante, habrá que marcharse de allí para siempre.

La viuda debería firmar, pero no firma. Lo que saca de quicio a Alejandro es que no se resiste por sospechas, sino por pura inercia, por esa especial pereza que sienten hacia los negocios aquellos a quienes el dinero ha llovido del cielo. Zoilo la visita algunas noches. Muchos aseguran que se acuesta con ella, pero el gitano, viéndole empujar la puerta en la oscuridad, teme que vaya por algún secreto negocio que

redunde en su perjuicio. Él y Zoilo juntos podrían sacar los cuartos a la viuda, dejarla en la calle si quisieran. Mas, a la primera insinuación, Zoilo le había amenazado. ¿A qué tanto escándalo? Él también debía tener mucho interés por la casa de las lilas, por su dueña. La viuda, a pesar de sus años, tiene buen cuerpo. Todo el mundo sabe que su fortuna es la más sólida de los contornos, y por ambas cosas, por un buen cuerpo y por la buena renta, se mueven los hombres en este mundo, a juicio del gitano.

La campana cesa un instante. En el firmamento, iluminado de haces blancos, se entrecruzan las golondrinas con los gorriones del ciprés, presagiando una tormenta que no llegará a estallar.

Baltasar escucha la algarabía.

—Baltasar...

—¿Qué quieres?

—Esta noche va a haber tormenta. Mañana es Jueves Santo y no se puede trabajar. Debías...

Elena se da cuenta de que Baltasar no la escucha. A horcajadas sobre la silla, parece dormir con los ojos abiertos. De pronto, otra vez, la campana, hundiendo a los gorriones en el silencio. Baltasar se levanta; arrastrando la silla, entra en casa, y cierra la puerta.

En cambio, a Gregorio, el del almacén, la voz del bronce, la voz que doña Constanza comprara para el pueblo, le gusta. Un pueblo, aunque sea pequeño y mísero y solitario, debe tener una iglesia, y si está cerrada, debe saberse al menos que la tiene, porque los hombres sin la religión son como los animales que no se preocupan sino de comer y beber, y así va el mundo y el pueblo desde que el cura falta y no se dice misa más que cinco veces al cabo del año. Él no hubiera gastado su dinero en santos ni campanas, pero veía bien que la viuda lo hiciera. A esta hora en que comienzan a surgir las primeras sombras se recorta en la lejanía la negra silueta de algún hombre que vuelve del campo. El abuelo de Soledad se santigua, y Soledad también. Miguel, que desde su ventana los mira, cierra el libro, interrumpe su lectura.

Quizá el oscuro sentido de la vida esté en olvidarla, en renunciar a ella.

El dolor vivo y profundo de la penitencia recibe el consuelo de Dios como la pureza del corazón recibe la iluminación del Cielo. Esta iluminación es una impresión fuerte y eficaz que no puede explicarse, que se ve con los ojos de la gracia, sin verla por los de la razón. Este consuelo es un refrigerio para el alma afligida que llora como un niño y clama en sí misma con ternura y amor.

Un golpe de tos interrumpe la lectura. Soledad, desde abajo, mira hacia la ventana; Inés, cosiendo ensimismada junto a ella... El deseo, el amor que surge en el enfermo, más fuerte porque están contados sus días y apremian; más ciego, atormentado, cada día.

La bicicleta rechinante ha entrado por fin en el pueblo. A poco, tras un breve descanso que se toma don Luis, se abren las puertas de la iglesia. Gimen en sus goznes las hojas claveteadas, esparciendo al aire el húmedo aroma del interior, mientras Soledad intenta, a la luz de una cerilla, verter el aceite en la lámpara del Santísimo. Encienden dos velas en el altar y renacen los viejos dorados del retablo y los santos, casi borrados, en los nichos. El eco de los pasos es devuelto por las bóvedas en una sucesión de apagados ecos.

En la sacristía, don Luis va dejando la casulla, el cáliz, la patena, todo el litúrgico contenido de su pequeño maletín. De vez en cuando se detiene y hurga con el dedo en las manchas de la pared carcomida por las goteras.

—Es una vergüenza cómo tienen esta iglesia.

—Sí, don Luis —Soledad se siente culpable, porque en aquel momento representa allí al pueblo entero.

—El mejor día se viene abajo.

—Sí. Eso dice mi padre.

—¿Y por qué no hacen algo?

Soledad enmudece y se aplica a doblar la estola sobre los otros paños, después de limpiar cuidadosamente el polvo de la mesa.

—No sé cómo quieren que Dios les ayude, con el poco caso que de Él hacen. ¿Cuánto tiempo lleva sin techar esta iglesia?

—Desde... —Soledad va a decir «desde la guerra», pero se detiene y concluye—: Desde hace tiempo.

—¿Y este polvo?

Pasa el dedo por el misal de la sacristía, sobre los reclinatorios, por la barandilla del púlpito. Soledad enrojece, porque ahora la acusación va contra ella misma, contra las demás muchachas. Al día siguiente, bien temprano, será preciso limpiar, fregar las escaleras, sacar brillo a los candelabros.

El cura y la muchacha, arrodillados en los escalones del altar, están rezando, y sobre ambas cabezas, la una calva, desnuda, la otra cubierta de un blanco pañuelo, se diluye la postrera claridad del crepúsculo que tiñe de infinitos velos el crucero.

Las figuras atormentadas de los cuatro capiteles se estrechan y ciñen unas con otras. El coro tallado, con su facistol en el centro, las dos capillas con los santos de escayola, los rústicos bancos, los cromos piadosos de las paredes, las lámparas que penden de sus larguísimas cadenas hasta casi tocar el suelo, los brazos, los pies votivos cuya cera ennegreció el tiempo, el canónigo que en un patético relieve reposa al lado de la epístola, la iglesia entera, dorada, maciza, se va oscureciendo hasta no ser más que seis exiguas ventanas, finas y abocinadas como troneras, los dos cirios que esparcen un tenue resplandor en torno a don Luis y la vacilante palomilla que sobre el aceite flota y chisporrotea, alumbrando a Dios.

La campana ha enmudecido. Se oye crujir la escalera de la torre y, poco a poco, en el silencio del rezo, irrumpe el rumor de la charla desenfadada de los dos

monaguillos que bajan.

—¿Estará don Luis?

—Mira a ver.

—A lo mejor no ha venido.

—Está la puerta abierta. Sí que es él.

—A lo mejor son las mayordomas que están arreglando el altar para mañana.

El otro deja escapar una risita.

—Sí. En eso están pensando.

Soledad enrojece en las tinieblas y mira de reajo el rostro de don Luis, que continúa impasible en sus oraciones. Por fin se levanta, apaga los cirios y, al volverse, se encuentra con los dos monaguillos junto a la puerta. Los dos chicos mantienen ahora el tono respetuoso conveniente.

—Ya acabamos de tocar, don Luis.

—Buenos chicos, buenos chicos —les da un cachete amistoso—. Mañana no me faltéis. A las diez de la mañana os quiero ver aquí.

—Sí, don Luis.

—Sí, don Luis.

Soledad sale la última. Don Luis echa el candado, cerrando la puerta.

El cantor tiene la voz monótona, plañidera. El solo dice toda la misa, sin coro, sin música, leyendo en el facistol, mientras don Luis oficia. Él es el coro. Su salmodia tiene un tono patético. Don Luis se ha sentado mientras entona el Credo, y lenta, tristemente, va surgiendo de sus labios el latín balbuciente, desafinado. El brillante resplandor del día, que a través de los cristales ilumina las losas del suelo a los pies de Miguel, ha huido repentinamente, y una racha de viento hace estremecer las llamas de los cirios, los paños morados del altar.

Junto a Miguel, al lado de la epístola, se adivina el relieve, la sedente figura del canónigo, sobre el sepulcro que guardó su cuerpo. Largo, un poco desproporcionado, el suave perfil de su boca, los ojos cerrados, las manos sobre el pecho, dan sensación de paz, de sereno reposo. La inscripción dirá seguramente que murió y yace en aquel sepulcro, pero la verdad es que el nicho está, estuvo siempre, desde hace mucho tiempo, hueco. El cuerpo, como el de tantos santos, monjes, reyes, que en las iglesias y en los monasterios reposaban, desapareció un día, se lo llevaron, no está ya en ninguna parte.

Esa nada, ese hueco vacío de piedra preocupa a Miguel, le asusta más que si el cadáver estuviera fuera, a la vista; le hace pensar más que el cuerpo incorrupto de esos santos que ha podido contemplar en alguna iglesia, porque, aunque los ojos cerrados, hundidos en las órbitas, la piel pegada a los huecos, las manos carcomidas, moradas, plagadas de ricos anillos que la piedad de los ricos ha ido acumulando, repelen al pronto, hay algo en ellos que recuerda al hombre, a la mujer, al niño que en vida fueron; mas, bajo aquel alabastro, bajo la rígida figura que duerme, no hay una sola ceniza que recuerde su paso por la tierra.

Sin embargo, ni de ello puede estar seguro. Quizá su cuerpo, él mismo, esté allí vivo, invisible, aguardando. ¿Aguardando qué? El Infierno, la Gloria, gozar, sufrir, alentar solamente —piensa Miguel—; cualquier cosa antes de volver a esa nada, a ese infinito, oscuro, vacío, de donde el hombre nace.

—Et expecto resurrectionem mortuorum. Et vitam venturi saeculi. Amen...

El cantor ha concluido el Credo. Hace una pausa. Don Luis se levanta y la misa continúa.

Lavatorio de pies. A la tarde, los niños, sentados en los altos sitios de seda roja, no se atreven a mirar ante sí y tímidamente clavan los ojos en sus pies limpios, desnudos.

Frente a ellos está don Luis con dos hombres del pueblo que le asisten y los monaguillos de ojos socarrones sosteniendo la palangana. A estos sí que no pueden mirarlos porque romperían a reír y todo se estropearía. ¡Qué susto si de pronto no pudieran aguantarse más y soltaran la carcajada delante de don Luis, delante de todos los hombres, de las madres, de los demás chicos! Pero están demasiado asustados, encogidos en el mismo borde del sillón, intentando inútilmente tocar con sus pies el suelo, esperando la mano fría de don Luis, el agua tibia, la suave toalla.

El hijo pequeño del gitano se revuelve inquieto y busca el rostro de su padre entre las cabezas descubiertas. Allí, al fondo está, embutido en el traje nuevo, recién sacado del baúl. Vino con María a traerle para que le lave el cura los pies como a los otros niños, y como es el único de su edad que lleva pantalón largo será preciso que se lo remangue. La madre le hace una seña. Él está tan nervioso que no la entiende, solo la mira, solo quiere saber que está allí cerca. Alejandro piensa en el donativo que al día siguiente tendrá que hacer a don Luis. ¿Cuánto dará la viuda? Porque ella también tiene allí a su chico. Al lado del gitanillo, cetrino, vestido de hombrecito, el hijo de doña Constanza, con sus ojos azules, perdidos, sus orejas un poco separadas, su piel blanca y transparente, parece un extraño, un niño de la capital. Recostado en el respaldo del sillón, contempla las tenues luces del monumento y, como está en la esquina, se entretiene soplando la llama más próxima, pensando. Será preciso esperar al día siguiente, porque aquella misma tarde los niños del lavatorio tienen que ir detrás de la Virgen, en la procesión que concluye al atardecer, y de noche, por nada del mundo subiría al desván. Hay allí ratas grises y cárdenas, grandes casi como los gatos, y estos se deslizan en pos de ellas en la oscuridad o surgen de improviso tras las vigas. Las ratas gritan; cuando las cazan dejan escapar un agudo chirrido, como una puerta que se cierra. Solo recordar ese grito le hace estremecer. Ahora no puede quitárselo de la cabeza: el grito y los maullidos del gato mientras devora su víctima, y los chillidos que siguen, cada vez más confusos y débiles.

La procesión, a la tarde, no es más que un paseo desordenado en torno al pueblo. Antes se iba hasta la ermita de la Virgen, en dos filas, con cánticos y oraciones, con hachones y velas, los hombres bajo sus negras capas que llegaban hasta el suelo.

La Virgen se tambalea en las andas de pino. Su rostro rosado, brillante, el suave cabello pendiente de su nuca, que una monja del pueblo se cortó para ella al profesar, el vestido de terciopelo, sus joyas de bisutería, el manto ajado color azul celeste, desmerecen, se revelan en toda su pobreza a la luz agria de las cuatro de la tarde.

Tras de la imagen, los niños, y después las mujeres con las floreadas batas de los días de fiesta y el negro velo sobre la cabeza, entonando un himno que apenas se entiende. Les sigue un grupo reducido de hombres, incómodos en los duros zapatos, dentro de su camisa blanca; silenciosos, caminando a prisa para no quedar rezagados.

A Miguel, que va el último, los cuellos quemados, surcados de grietas profundas bajo el pelo, le recuerdan el cieno partido que en el fondo del río ha ido dejando al descubierto la sequía. Ahora los niños cantan y, a pesar de que desafinan más que las muchachas, hay un ímpetu, una gracia espontánea en sus voces, que salva todo, que da un tono de sinceridad a sus palabras, esas palabras que casi ninguno comprende.

Miguel piensa que si un día se casara con Inés podrían tener uno de aquellos chiquillos vivaces, renegridos. La idea es absurda, el solo pensamiento de vivir para siempre en aquel pueblo le asusta. Sin embargo, le anda rondando desde hace unos días, desde antes de la Semana Santa.

El cántico de los niños ha concluido cuando el grupo de hombres rezagados se abre para dejar paso a Inés. Debe sentirse mal y vuelve a casa. Miguel, sin dudar, se dirige hacia ella.

—Si estás mal, te acompaño.

—No, no, estoy bien. Es que tengo que volver antes.

Está mintiendo. Tiene la cara demacrada. En pocos días se la ha afilado. La frente, las sienes, deben palparle.

—Voy contigo.

La muchacha no tiene fuerzas para negarse. Van ambos envarados en su timidez, a pesar de los esfuerzos que Miguel hace por hablarla con naturalidad, sinceramente.

—¿Cómo no ha venido Soledad contigo?

—La dije que estaba bien.

Inés se ha detenido, o, más bien, parece a punto de detenerse. Miguel la coge, la sujeta por el brazo.

—No, no —hace un esfuerzo y se resiste, pero la mano la sujeta firme. Acaba renunciando, dejándose llevar, fatigada, espionando con ojos asustados la calle desierta.

Miguel quiere hablarle, decirle algo que pueda animarla, pero la siente asustada, temblando junto a él, y teme amedrentarla más con sus palabras. Va enferma, indefensa; sería incluso una cobardía aprovechar ese momento para explicarle, decirle

algo que él mismo solo entiende confusamente.

Ella, quizá lo vea con toda la claridad que a él le falta, por ello tiembla como animal acorralado y camina junto a él tropezando a cada paso.

Desde la puerta de la cantina unos ojos se han clavado fijamente en la pareja. ¿Cómo dijo Soledad que se llamaba el antiguo pretendiente de Inés?

Está con las manos en los bolsillos, apoyado en el quicio. Los mira con fijeza impertinente. Inés debe temerle, porque no se atreve a sostener aquellos ojos que la examinan con premiosidad. En cuanto a Miguel, sabe que no puede abandonar a la muchacha. ¡Ojalá continúe allí el hombrecito cuando él vuelva!

—¡A ver si sigue mirando entonces!

—No, por Dios, no le digas nada —suplica la muchacha.

—¿Que no le diga nada? ¿Quién se ha creído que es para mirar así?

—No, no; no le digas nada, no hagas nada.

Han llegado a la casa y la muchacha le estrecha las manos desesperadamente.

—¡Dios mío! Si por culpa mía hay otro escándalo hoy, mi padre es capaz de echarme de casa.

—¡Pero si tú no tienes la culpa!

—No, no. Yo tengo la culpa de todo.

—Pero, ¿por qué?

—Sí, sí. Tengo la culpa.

Insiste, y cuando Miguel enmudece, estremecido por el frío cerco de sus manos, ella rompe a llorar. En las tinieblas del pasillo, tras la puerta, oye su llanto.

—Inés —no sabe seguir. Los sollozos de la muchacha hielan sus palabras.

Es inútil seguir, porque Inés ya no está allí. Ojalá ese niño no nazca. Ojalá nunca hubiera sido engendrado. Pero ¿qué culpa de lo que pasa tiene un niño? Ni Inés, ni él mismo. Nadie tiene la culpa de lo que allí sucede.

Sin embargo, es preciso dar una lección al hombrecito rencoroso, insolente. Miguel cruza la calle, pero cuando está a punto de alcanzar la cantina, le detiene la procesión que vuelve. La imagen parece crecer sobre las andas, recortándose en el cielo cobalto, prematuramente oscurecido, a la luz difusa de las velas, entre el plañir de las mujeres que vienen acercándose.

Traen ahora otra imagen. Un Cristo muerto, un cuerpo desnudo, inerte, ensangrentado. Miguel lo mira, lo sigue. Ha olvidado su rencor, su rabia. Las llamas de los velones tiemblan ante su vista. Camina junto a los otros hombres envuelto en la penumbra, en la salmodia de las voces femeninas. Ha olvidado al hombrecito. Por un momento también olvida a Inés.

La Semana Santa concluye cuando don Luis, de nuevo sobre su bicicleta, abandona el pueblo. Es mala hora para cruzar el páramo, pero tiene que llegar con tiempo suficiente a su parroquia para celebrar allí los oficios. Cuesta abajo por la

calle desierta, pronto tendrá que pedalear en la llanura y comenzará el tormento. Al cruzar ante la cantina se oyen voces y el golpear contra el mármol de las fichas de dominó. La radio de doña Constanza atruena los aires con el sermón de las *Siete Palabras* que transmiten desde Madrid. Parece la voz de Dios clamando en el desierto. Por las calles, vacías, blancas, ardientes, la voz se expande y habla a los hombres de sus pecados: soberbia, avaricia, lujuria... En el almacén alguien canta. Y se oye a Gregorio:

—Calla, hombre. ¿No ves que estamos en Viernes Santo?

Don Luis piensa que han oído el rechinar de los neumáticos. Gregorio sale a la puerta y le saluda cortésmente.

—Adiós, don Luis, hasta la vista.

—Adiós, adiós.

El otro, el que cantó antes, no se resigna a callar. Surge de nuevo la voz tomada por el vino.

Don Luis pedalea ya. Todavía el eco de la radio le sigue un buen trecho, camino adelante, hasta hacerse ininteligible.

Junto a la radio, junto a la voz que pide a Dios clemencia para los hombres, doña Constanza reza. Sobre sus rodillas se deslizan las cuentas de sobada madera. El murmullo de sus avemarías llena las pausas del orador sagrado. Por la ventana que se abre a la calle, entre las grietas de la persiana, cruza en haces paralelos la luz viva, blanca, de media tarde, que reflejándose en el suelo ilumina vagamente las paredes y el rostro de la viuda.

Ya no pide clemencia. De nada sirve el perdón de los pecados si falta la fuerza para perseverar, y su voluntad sucumbe cada vez que el amigo llama a su puerta. A pesar del Infierno, a pesar de sus buenos propósitos, a pesar del hijo que duerme arriba, nada puede contra sí misma. Un poco de voluntad, un poco de fortaleza. No es mucho pedir. Nadie en el pueblo, en el mundo, ofende tanto a Dios como ella. No hay posible salvación, porque, como dice don Luis, cuando el demonio entra en un alma y el tiempo pasa y sigue viviendo en ella, el alma sucumbe, y el cuerpo es presa de la culpa para siempre. Doña Constanza tiembla, pensando en su día postrero, cuando sea menester pesar en la balanza sus vicios y sus virtudes.

El pecado de lujuria —clama la radio— es el único que lleva en sí mismo su castigo. Quien ama el fuego, en él perecerá. Doña Constanza piensa que está condenada a abrasarse en la llama de su pasión, en el fuego de su propia carne.

XV

Pasadas unas semanas, apareció en el pueblo un pesado carromato tirado por dos mulas, conducido por un hombre rechoncho, de ojos muy azules. Gregorio, que ya le conocía de otros años, le saludó.

—¿Qué, otra vez por aquí?

—Por aquí otro año —repuso el otro.

Un paisano que tomaba temprano su copita de orujo para desayunarse, preguntó en voz baja a Gregorio:

—¿Cuántas traerá este año?

—Vete a saber. Este siempre anda cambiando.

Dos gruesas mujeres con vestidos chillones y un sucio pañuelo ceñido a la cabeza aparecieron en la portezuela, y bajaron desperezándose. Gregorio y el otro hombre las miraron con ávida curiosidad.

—Dicen que no está casado con ninguna.

—¿Tú qué sabes?

—Lo he oído decir —aseguró el del orujo—. Por lo visto ha tenido hijos de las dos —soltó una risita—. Me dijo Juanito, el de la mina, que cuando regaña con alguna la manda a dormir debajo del carro y él se queda arriba con la otra.

Tres niños descalzos, renegridos, y una chica un poco mayor, a medio vestir, miraron medrosamente a los dos compadres.

—Seguro que si le preguntas a uno de esos quién es su padre, no te lo saben decir.

—De la madre sí estarán seguros...

—Ni de la madre siquiera.

—Eso es exagerar. ¡La madre...!

—Estas mujeres que trae Ferrer no hace que están con él ni un año. Se las pasan unos a otros. Si se cansan, las dejan.

—¡Menuda vida!

—¿Qué? ¿La querías tú?

—¡Hombre! Para un par de años...

—Pues yo —repuso Gregorio—, ni una semana.

—¿Ni con dos buenas jacas?

—Ni aun así.

—No será tanto, hombre, no será tanto...

—Como quieras...

Los perros comenzaron a ladrar. Al cabo de un rato un círculo mudo de desocupados rodeó a los habitantes del carro, hasta que las mujeres se encerraron de nuevo, dejando a los chicos pulular entre las ruedas. El hombre se dirigió al almacén seguido de los mirones.

—¿Qué nos trae usted este año, señor Ferrer?

—Maravillas, amigo, maravillas. Ponme un vaso de limón, Gregorio.

—¿Le pongo una copita de aguardiente?

—No, no, limón.

El del orujo le tendió la petaca, pero él la rechazó.

—Hágase un cigarro, señor Ferrer.

—Yo no fumo, hombre.

—Ni fuma ni bebe —declaró uno.

—Eso es —sonrió, secándose la frente y los ojos húmedos—. Ni fumo ni bebo.

Yo no tengo vicios pequeños.

—¿Qué comedias trae este año?

—Solo una, pero esa vale por todas.

—Más que si trajera veinte.

—¿Una nada más? ¡No se matará usted a trabajar!

Tomó un sorbo de limón y salió a la puerta con un mazo de pasquines amarillos bajo el brazo. Los fue repartiendo entre los mirones y algunos chicos que le rodeaban, dejando uno sujeto en el clavo del llamador.

TEATRO

POR AUTÓMATAS, O SEA FIGURAS DE MOVIMIENTO, BAJO LA DIRECCIÓN DEL SR.
FERRER

GRAN FUNCIÓN PARA HOY:

La Compañía, que tiene el honor de actuar en esta, ha creído prudente, al empezar sus representaciones, que estas sean, por su místico argumento, funciones que deleitan al par que el espectador recibe lecciones auténticas de nuestra Sagrada Religión.

Bajo este concepto y confiado en la benevolencia de estos cultos espectadores, ha dispuesto su Director poner en escena la siguiente función:

El drama sacro-histórico en dos actos:

LA CREACIÓN DEL MUNDO

Cada uno de sus actos tiene su nuevo interés y se demarcan con los siguientes títulos:

ADAN Y EVA EN EL PARAÍSO TERRENAL,
MUERTE DE ABEL

y
CONDENACIÓN DE CAÍN

exornado con todo lo que exige su interesante argumento y con bonitas y diferentes decoraciones.

INTERMEDIO DE BAILE POR LOS AUTÓMATAS

dando fin al todo de la función con un bonito

SAINETE

El señor Ferrer explicó durante casi un cuarto de hora, en qué consistía la función y cómo se movían los muñecos. Tuvo muchas veces que llevarse el pañuelo a los ojos, porque con la excitación le lagrimeaban.

—Es una cosa nueva. La última invención. Vais a quedar todos con la boca abierta.

Junto al carro, Alejandro charlaba con una de las mujeres.

—Mire, mire, señor Ferrer.

—¿Qué quieres que mire?

—Mire el gitano cómo se aplica.

El señor Ferrer frunció los ojos en la claridad intensa del umbral.

—¡Ah!, tu déjale que hable, déjale.

—Él se entiende bien con todas las mujeres.

—Menos con la suya...

Aquella noche, pasadas las diez, la escuela rebosaba. A la luz de los carburos, los hombres sudaban en mangas de camisa y reían las mujeres, con la ropa pegada al cuerpo, sentadas en los bancos de los niños, esperando que el señor Ferrer agitase la campanilla para dar comienzo a la sesión.

Miguel, aburrido por la larga espera, procuraba olvidarse del calor mirando a Inés, que al otro lado se esforzaba, junto a Elena, por escuchar las palabras de esta. Elena se estaba portando con ella como nadie en el pueblo. Había ido a buscarla a casa, había insistido ante su padre, para que la dejara ir en su compañía al teatro del señor Ferrer y, además, le había pagado la entrada. Ni Soledad, ni su hermana, por supuesto, miraban por ella así. Ahora, a su lado, Elena hablaba de los muñecos con entusiasmo.

Inés no comprendía cómo antes de marchar a Madrid no había llegado a conocerla mejor, por qué decían las demás mujeres que en el pueblo no tenía amigas, que solo con los niños o con los hombres se entendía.

Miguel miraba a las dos mujeres.

—¿Has visto cómo nos mira tu amigo?

—Ya...

—Parece que te va a comer con los ojos.

Inés no respondió. El tono hosco de Elena le había extrañado.

—¿Cómo se llama?

Inés enrojeció.

—¡Cómo mira! Creo que hace días te acompañó a casa.

—Sí; estaba mala.

—Te cogió del brazo y todo.

Ya le había puesto nerviosa. Por su culpa solo podría pensar durante toda la noche en Miguel, en sus palabras la tarde del Viernes Santo.

Se había alzado el telón. Los muñecos gustaron a los espectadores más que los actores verdaderos. Una de las mujeres acompañaba la acción con la guitarra sobre el

pequeño escenario iluminado, en tanto la otra tiraba de los hilos con pericia. Sin embargo, los muñecos que el propio señor Ferrer animaba se movían mejor, con más soltura que los que manejaba la mujer, y sus voces eran más adecuadas, distintas a todas las demás.

Adán y Eva, vestidos de arpillera, salieron del Paraíso, llevando Eva la manzana en la mano; seguidos desde lo alto por un ángel que les amenazaba con una refulgente espada de latón. Cuando las cortinas se fueron corriendo para el cambio de decorado, todavía continuaron los espectadores un buen rato en silencio, fijos los ojos en el telón de papel, y, antes de que ninguno rompiera a hablar, ya Abel cuidaba los rebaños al pie de una montaña azul, muy alta, junto a un río de papel de plata.

Los ojos miraron más atentos al ver a Caín surgir de un forillo, arando un campo tan seco, tan árido como la misma tierra del pueblo. A la luz vivísima, vacilante, de los carburos, las mulas caminaban en el surco rectilíneo de las besanas, espantando los tábanos con el collarón de cascabeles, cabeceando al compás del tirón que daban a la manquera. Una de las mulas, blanca, salpicada de gris; la otra, canela; parecidas a la pareja que José, el primo de Baltasar, compró el año pasado por las ferias. La manchada, un poco más baja, pero, aun así, las dos de alzada semejante. El rebaño desapareció tras la montaña. Abel era rubio, Caín torvo y moreno. Abel amontonaba las pequeñas ramas de olivo, esparcidas en la tierra, colocándolas sobre el farol coloreado, escondido en un rincón del escenario. Cuando el señor Ferrer prendió de pronto la vela y la leña se tiñó de rojo, un murmullo de asombro llenó la sala. Caín dejó la yunta y miró también la hoguera sobre la que el Señor acababa de aparecer, descendiendo del cielo. Todo el público adivinaba lo que ahora iba a ocurrir porque el Señor, tras ser adorado de rodillas por ambos hermanos, había desaparecido y la hoguera estaba a punto de consumirse.

El *Rojo* pequeño desvió la mirada, procurando clavarla en el techo. Caín estaba matando a su hermano, y los golpes secos, rápidos, que descargaba en su cabeza, le traían a la memoria la imagen de la viuda, el pedazo de tubería mohosa que el hermano guardaba en el baúl.

Una salva de aplausos estalló cuando de nuevo bajaron las cortinas y el señor Ferrer apareció ante el escenario.

—Ahora habrá un pequeño descanso para que los artistas recuperemos fuerzas, pero que nadie se marche. Aún falta el sainete. Lo mejor.

Nadie pensaba en marcharse. El *Rojo* pequeño tosió sordamente. El ambiente viciado, enrarecido, le ponía un velo en la garganta.

—¿Qué? ¿Salimos un poco? —le preguntó el hermano.

—Aquí no hay quien pare.

A pesar del aire fresco, el *Rojo* siguió doblado, con la garganta batiéndole.

Al otro lado del portal, en la oscuridad, Miguel volvió la cabeza.

La luz de la luna iluminó la rechoncha figura de un hombre.

—Trajeron esto para usted.

—¿Para mí?

—Sí; en el correo de la tarde. Iba a esperar hasta mañana para dárselo, pero como le vi aquí...

—¿Es una carta?

Más allá se ha detenido la tos, y el hermano mayor también escucha, con el cigarro a medio liar entre los dedos. Por fin, el pequeño no puede reprimirse y se acerca a Miguel.

—¿Contestaron?

Miguel le mira con tristeza, con un gesto casi culpable. No es una carta, es un telegrama. Lo rasga. El *Rojo* mayor también se ha acercado y enciende una cerilla. El telegrama dice: «Tío murió esta mañana. Ven lo antes que puedas. Antonio».

No hay carta. No hay hospital. Los dos hermanos se alejan pausadamente. Van haciendo tiempo, esperando a que la luna se oculte, a que la gente salga del teatro, vuelva a sus casas y duerma.

—Si no te atreves esta noche, lo hago yo solo.

—No; yo voy contigo...

—¿No te dije que ese no te lo arreglaba?

El *Rojo* pequeño no contesta. Tose de nuevo, y Miguel, oyéndole desde la puerta de la escuela, arruga entre sus dedos el telegrama y piensa en el tío Antonio, que ha muerto solo, en el oscuro caserón del manicomio.

El *Rojo* mayor se asomó a la ventana del cuarto al tiempo que un automóvil de alquiler paraba ante la puerta de Zoilo. La lámpara de carburo que este llevaba alumbró a Inés, entregando a Miguel un paquete envuelto en papel de periódico.

—¿Qué coche es? —preguntó el hermano.

—El del correo. Lo debió pedir tu amigo por el peatón. No querrá llegar tarde al entierro.

El motor aceleró y pudo oírse el crujir de las llantas en la grava del suelo.

—En cuatro horas se planta en Madrid.

—Y en menos. Antes de que amanezca.

Cruzó Inés ante la ventana, pero con la luz apagada no los vio. El *Rojo* mayor escondió la lumbre del cigarro en la copa de la mano.

—¿Dónde va esa?

—A su casa. ¿Dónde quieres que vaya?

—El *Rojo* pequeño se revolvió nervioso en la cama.

—¿Cuándo acabarán de ir y venir todos esta noche? ¿No sería mejor esperar a mañana? Entre el teatro y el coche, amanece antes de que se acaben de dormir.

El cielo se abría cuando el coche del correo, rodeando el montecillo de los olivos, a espaldas del pueblo, se hundió en el camino sinuoso, entre las lomas peladas, bañadas por el resplandor de la luna. El fondo lechoso del firmamento perfilaba las

cumbres redondas. A su luz despertó toda la tierra en el espaciado grito del mochuelo, en el hueco, prolongado canto de las tarántulas.

Inés, en el quicio de su ventana, se preguntó cómo sería la vida junto a Miguel. Deseaba vivir, anhelaba su vuelta. La noche, cargada de una vida enfermiza, densa como las ciénagas del río, le hacía olvidar su soledad, lejos del padre en vela, en la habitación de al lado: lejos de María, a vueltas con el novio aún por llegar; lejos de la tía Fe, de Agustín, del pueblo entero. La luna rojiza parecía envolver la llanura en un destino único, sangriento, imposible de eludir, que alcanzase por igual a todos los hombres. Junto a Miguel podría volver la serena confianza. El niño nacería bien. No quería pensar en más. No podría imaginar qué vendría luego.

Ahora el coche cruzaría ante la casa del peatón. Las nubes se alejaban en jirones plateados, transparentes, confluyendo en el extremo opuesto del horizonte, como una enorme pincelada que tras el montecillo manchara el firmamento, pendiendo sobre el pequeño desfiladero por donde se precipitaba el río. Allí el agua abundaba y la llanura comenzaba a poblarse de una espesa vegetación que, vista de noche, parecía flotar en el aire. Miguel, soñoliento, preocupado por la muerte del tío, vería pasar ante el cristal del coche los tilos corpulentos, las copudas nogueras para salir a la carretera general, más allá del rosario de pueblos abandonados, que las brigadas de derribo desmontaban desde hacía tres meses y que el agua del pantano acabaría anegando cuando estuviera concluida la presa.

El *Rojo* mayor miraba la luna que se tornaba anaranjada a medida que descendía sobre la tierra.

—Dentro de poco salimos.

El pequeño se incorporó, tropezando en la oscuridad.

—¿Qué haces?

—Nada. Es la maleta.

La maleta de cartón guardaba un traje, dos pares de zapatos usados y algo de ropa blanca, amarillenta, traslúcida de tanto frotarla contra las piedras del río.

—Ten cuidado, no la vayas a abrir.

Dentro iba la fortuna de los dos. Una escasa fortuna, porque, desde que el mayor había comenzado a ganar algo, la enfermedad del pequeño se habían ido llevando los ahorros.

El postrer vértice de la luna asomaba aún. Se fue extinguiendo hasta no ser más que un punto y, por fin, un halo circular iluminando el firmamento.

—Vámonos. Coge eso.

El pequeño anhelaba arrancar. Le sudaban las sienes y sentía húmeda la frente. Ahora no había más que dejarse llevar, y lo que hubiera de ocurrir sucedería. No había sino seguir los pasos del hermano, hacer todo lo que él ordenara. De él dependían su salvación o su desgracia. Era justo. Era el más fuerte, el más hábil y,

sobre todo, estaba sano.

Le vino un golpe de tos, pero consiguió ahogarlo con la mano. Su mayor preocupación era que aquello le ocurriese dentro de la casa, pues temía que le fuera imposible contenerlo. El hermano se detuvo esperándole, oteando la casa de las lilas bajo la tenue claridad de las estrellas.

—¿Te pesa la maleta?

—No. No pesa nada.

—Trae.

—¡Que no pesa!

Siguieron andando junto a las casas, temiendo a cada instante toparse con alguien o escuchar el ladrido acusador de los perros. Uno aulló a pocos pasos, junto a la iglesia. En la penumbra surgía su fiera cabeza, los ojos entornados, furiosos, las patas juntas, plantadas en tierra. Parecía pegado a sus talones. Intentaron amenazarlo, pero él se revolvió y los otros perros contestaron en los corrales. Solo cuando la voz soñolienta del amo le llamó desde la casa pareció calmarse y volvió al portal de donde había surgido.

La puerta de la cancela estaba entornada y giró suavemente, con un leve chirriar apenas perceptible. El susurro del agua en el pilón apagaba el rumor de los pasos. El hermano mayor se detuvo ante la casa, inspeccionando la fachada.

—¿Por dónde entramos?

Le hizo seña al pequeño de que hablara más bajo, mostrándole los balcones del piso segundo abiertos al fresco de la noche.

—¿Cómo vas a subir?

—Por la parra.

—¿Crees que aguantará?

—Es muy vieja. Sí que aguanta.

—Pues por eso que es vieja...

—Me agarro al desagüe del canalón.

—Y yo, ¿cómo subo?

—Ya bajaré a abrirte. Quédate donde no te vean.

Se ocultó con la maleta bajo uno de los macizos recortados, cerca del surtidor. Desde las fragantes tinieblas vio al hermano despojarse de la chaqueta y asir el tronco oscuro de la parra. Lo tentó, cargando sobre él todo su peso para probarlo. Las hojas, los tallos, los negros zarcillos se estremecieron en la oscuridad, pero el tronco permaneció firme. Entonces se despojó de las alpargatas. Antes de comenzar la escalada, se acercó al pequeño.

—Dame eso.

—¿El qué? ¡Ah! —lo había olvidado. Sintió miedo, frío por todo el espinazo cuando entregó al hermano el pedazo de tubería. El hermano lo terció en el cinturón y comenzó a subir.

La blanca camisa se destacaba sobre el fondo de hojas. A veces se detenía,

quedaba quieto, como dudando dónde poner el pie. Debía probar todas las ramas antes de seguir subiendo. Un pájaro interrumpió su cántico entre las lilas, y el hermano, arriba, se detuvo, escuchando, hasta oírle de nuevo. Entonces reanudó sus esfuerzos.

Estaba armando demasiado ruido. Hasta en la casa de al lado debían oírle. Si pudiera hablarle, le diría que bajara. Dejarlo para otra vez. Buscar una llave para la puerta. En la oscuridad, con la cabeza entre el follaje y ambas manos asidas al tronco, debía ser casi imposible hacer pie en la fachada. Le oyó resbalar. Una rama se acababa de desgarrar con un sonoro crujido. Toda la planta se estremeció. Ahora sí que todas las ventanas iban a iluminarse, a poblarse de gritos. La criada de la viuda tenía el sueño ligero, y el niño pasaba muchas noches sin dormir durante el verano. El hermano aún estaba arriba, inmóvil, cerca ya de uno de los balcones. Nada se movió dentro. La mancha blanca se deslizó, desapareciendo, tragada por el sumidero del balcón.

Estuvo a punto de coger la maleta, como si todo hubiera concluido. Ahora el hermano bajaría a abrir y, una vez dentro, entre los dos se llevarían lo que pudiesen. Cosas pequeñas, de mucho valor, alhajas a ser posible, porque era preciso andar bastantes kilómetros hasta alcanzar el tren. Doña Constanza tenía buenas alhajas: oro y plata, y piedras. No había más que ver los pendientes que se ponía para ir a misa por las fiestas. No era justo, para unos tanto y para otros nada. Si las cosas salían bien podrían tirar unos cuantos años, él en el sanatorio y el hermano trabajando sin agobio. Ya tardaba. ¿Qué estaría haciendo? No haría falta entretenerse tanto para orientarse dentro, bajar la escalera y abrirle.

El relente de la noche le hizo toser, pero ahogó el rumor con el pañuelo. Le iba a parecer mentira si llegaba a curarse. Antes, todos, ricos y pobres se morían cuando quedaban enfermos. Todos lo mismo, iguales, como Dios manda, pero ahora, Juan, que se pasaba el día leyendo los periódicos de Madrid, le había contado que con mucho dinero también aquello tenía remedio; con mucho dinero y no trabajar y unas inyecciones que ya hacía tiempo se habían inventado. El médico, el marido de la viuda, había muerto de eso. Si hubiera sido ahora se habría salvado.

Miró arriba las estrellas diáfanas, azules, sobre el alero del tejado, y de nuevo comenzó a inquietarse. El hermano no aparecía. Procuró mantenerse firme, pensar en otra cosa, en la curación, en el hospital, pero, a medida que los minutos transcurrían, sus manos, sus rodillas, todo su cuerpo tiritaba. Con la puerta abierta, hubiera entrado a buscarle, a auxiliarle si era preciso, pero así se veía obligado a esperar. Un reloj dio cuatro campanadas en la casa, tan reposadas, tan sonoras como si nada estuviera pasando, como si nada fuera a ocurrir. Las cuatro. Estaba a punto de amanecer, y antes de que amaneciera ya andaba la gente por el campo. Se sentía irritado, desvalido, con ganas de llorar, de golpear aquella maldita puerta que se obstinaba en permanecer cerrada. ¿En qué habitación dormiría la viuda? Dormía a veces con la criada porque le daba miedo quedarse sola por la noche.

Un grito ahogado, cortado en seco. Un vago rumor. De nuevo el silencio. El *Rojo* pequeño está a punto de huir, pero el miedo le mantiene bajo el seto, pegado a la maleta. Por fin, se abre la puerta violentamente y el hermano aparece con un lío blanco bajo el brazo.

—Toma, coge esto —le da la tubería.

—¿Qué tal?

—Corre, corre...

Le da también el lío blanco, cargando a su vez con la maleta, corriendo apresuradamente hacia la verja.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —el *Rojo* mayor mira a donde le señala el hermano. En uno de los balcones ha aparecido una figura pequeña, desnuda, que los mira.

—Es el crío. Vámonos.

—¿Nos habrá visto?

—¿Y qué? ¿Qué más da?

La figura huesuda, inmóvil, quedó atrás en lo alto, escarbándose con los puños los ojos velados por el sueño. Los dos hermanos corrieron apresuradamente hasta cruzar la puerta chica. Cuando alcanzaron la llanura un gallo cantó en el pueblo y el horizonte comenzó a palidecer a sus espaldas.

—Corre, corre. No te pares.

El pequeño se rezagaba. Sentía que en su mano el plomo se había vuelto húmedo, pegajoso. Estaba mirando sus dedos manchados de rojo.

—¿Qué haces? ¿Por qué te paras ahora?

El hermano vio también la sangre en las manos del pequeño.

—¿Quieres que nos cojan? Trae.

La tubería fue a parar al fondo del río.

—Ya podemos darnos prisa.

El pequeño se rezagaba tras las huellas del otro. Los dos hermanos, huyendo bajo el cielo rosado, pisando los surcos estériles, se hundieron en la niebla pesada que comenzaba a alzarse; desaparecieron camino del tren.

XVI

Los primos tenían ya la casa recogida para irse. Los muebles en un rincón, el tresillo enfundado.

—Nos llamaron desde el sanatorio. Nos pareció mentira. Morir de este modo, de pronto.

La prima estaba asustada. Se levantaba constantemente, miraba por la ventana y volvía a sentarse.

—Fue una cosa del corazón —concluyó el primo Antonio—, debía estar enfermo ya.

—Nunca dijo nada.

—No. No lo dijo, pero ya sabes que a lo último se le hinchaban los pies y las manos.

—De todos modos, ninguno lo esperábamos.

—Sí, eso es verdad.

Luego añadió, dirigiéndose a Miguel:

—Si llega a pasar esto veinticuatro horas más tarde no nos enteramos ninguno hasta octubre. Nosotros nos íbamos mañana.

—Alguien hubiera escrito —terció Julia.

—No sé quién.

—Se ha muerto tan solo como vivió siempre.

—¿No fuisteis por fin a verle?

Los dos se miraron en silencio, hasta que Antonio declaró:

—La verdad es que no fuimos. Hasta estuvimos hablando con la monja y con el director, pero a él no le vimos.

—¿Por qué?

—¡Porque no quiso! —cortó Julia.

—¿Que no quiso?

—No; se empeñó en no vernos.

La prima Julia sollozaba a media voz, hundida en la blanca funda del diván. Sus piernas bronceadas, sus brazos desnudos se estremecían por el llanto.

—Como si fuéramos unos extraños.

Antonio le tendió su pañuelo.

—No te pongas así. No se le podía tomar en cuenta, según estaba.

—No se lo tomo en cuenta, pero me duele. ¿Cómo no me va a doler?

Se secó los ojos, pero aún siguió hipando sobre el pañuelo.

—Debíais haberle puesto unas letras. Quizá con eso...

—Hicimos todo lo humanamente posible. Ya te digo que hasta fuimos a hablar con el director, pero no nos sirvió porque él se empeñó en decir que no éramos nada suyo. Fue muy desagradable.

La prima se calmó. Su rostro parecía inexpresivo bajo el oscuro maquillaje.

Antonio consultó su reloj.

—Dile lo otro también.

—¿Qué quieres que le diga?

—Lo que dijo, lo que dijo de él.

—¿De mí?

—Sí —respondió Antonio—. Cosas tuyas... Que el único pariente que tenía eras tú —miró de nuevo el reloj—. Por lo visto le hablaba a todo el mundo de ti en los últimos días.

El coche del primo le llevó en media hora al manicomio a través de un paisaje agostado, como el del pueblo. Un grupo de obreros, tostados por el sol, que a la salida de Madrid colocaban un tramo de puente, trajo a su memoria los hombres de la mina *Teresa*.

—Oye, Antonio. ¿Estás seguro de que es por aquí?

El primo frunció el ceño sin apartar los ojos de la carretera.

—¿Que si es por aquí?

—El camino del manicomio. Me parece que yo vine con el tío Antonio por otro sitio.

—No te acordarás —bajó la mano para cambiar, volviendo a fijar los ojos en el morro del coche.

A medida que se iban acercando comenzó a reconocer las casas diseminadas entre las ruinas, sin descombrar desde la guerra, donde las gallinas picoteaban el polvo y los perros aullaban al coche hasta casi meterse bajo las ruedas.

—Cuando yo pasé por aquí estaba lloviendo.

—Pues desde entonces no debe haber caído ni una gota.

Llovía dulcemente, y cada vez que el asfalto pulido hacía patinar el taxi, el tío levantaba asustado la cabeza, interrumpiendo sus rezos. La lluvia dibujaba prolongados lagrimones en los cristales. Un viento húmedo refrescaba el interior.

Allí estaba de nuevo la verja verde, descolorida, con el nombre del santo sobre la puerta. Se abriría al toque del claxon. Pasaron. Reconoció la portería de cristales, desde donde por última vez había visto al tío cuando lo bajaron a buscar los dos mozos con mandiles de cuero. También entonces llovía, olía la tierra y el portero leía el periódico con la silla apoyada en la pared.

El primo detuvo el coche en el patio enlosado. Una monja alta, con el manojito de llaves en la cintura, les salió a recibir. Pasaron al despacho del administrador.

—El pobre estaba viendo jugar a las cartas cuando se sintió mal. Lo llevaron a su cuarto y allí murió. Fue cosa de media hora. Nunca se quejó del corazón. Aquí no sabíamos que padecía de eso.

—Nosotros tampoco —replicó el primo—. Nos pilló tan de sorpresa como a ustedes.

La monja hizo una breve pausa, ordenando maquinalmente los papeles sobre la mesa. Prosiguió:

—Él nunca entraba en las partidas, pero le gustaba ver jugar a los demás.

Miguel miraba, tras ella, la puerta guarnecida de cerrojos y pensaba en la sala de recibir. Allí por equivocación había entrado en su primera visita. Así debía ser el salón donde jugaban los enfermos: limpio, el suelo encerado, brillante, envuelto en la penumbra, con las paredes pintadas de azul celeste y estrechos floreros sobre altísimos pedestales. Toda una colección de paños bordados, tiesos, deshilachados de tanto lavarlos. Las partidas transcurrirían en el denso silencio que pesaba sobre la casa toda, o envueltas en la charla absurda, interminable, de los locos; en aquella lúcida, angustiosa sucesión de palabras sin principio ni fin que el tío, de vez en cuando, repetía.

—Para la cuestión del entierro ustedes verán qué prefieren.

—Por ahora es mejor que le den tierra aquí —repuso Antonio—, más adelante, ya veremos. Seguramente le trasladaremos a Madrid con el resto de la familia.

—En la casa acostumbramos a hacerlo a primera hora de la tarde.

—Entonces habrá que darse prisa para arreglarlo.

—Tiempo tienen de sobra. El carpintero vive aquí, junto a nosotros, y el señor cura está toda la mañana en casa. El portero les indicará.

Cuando iban a levantarse apareció una novicia en la puerta.

—Pase, pase, hermana.

—Traía esto que llevaba en los bolsillos cuando murió —abrió las manos sobre la mesa, depositando unas pequeñas tijeras de uñas y cinco gastadas fotografías, revueltas con recortes de periódicos atrasados.

—Leía el *ABC* todos los días, desde el principio hasta el final. Ni los anuncios se saltaba el pobre.

—Todos los años, por Navidades, escribía para que no olvidáramos suscribirle.

—Pobrecillo —suspiró la novicia.

Antonio dio a su primo todo aquello y salieron. Los recortes eran comentarios de política, y Miguel, haciendo una bola con ellos, los tiró a un desmonte mientras se dirigían a casa del carpintero. Desde una de aquellas fotografías sucias, rotas por los bordes, le contemplaba su propia imagen: un Miguel niño, vestido de luto por la muerte de su padre, la mirada triste, las manos pegadas al cuerpo.

El tinte ocre, un poco desvaído, de la cartulina, y la mancha borrosa del jardín, al fondo, alejaban, perdían aún más el tiempo de las dos figuras cogidas de la mano: el niño tímidamente serio y el hombre a su derecha, este, atildado, enjuto, con un rictus de fuerte carácter y el ceño fruncido bajo el sombrero de panamá. ¿Qué pensaría el niño? ¿Qué pensaría el tío Antonio? Los recuerdos de Miguel no llegaban tan lejos.

Aquella figurita enlutada era un enigma para él. Sus ojos semivelados parecían desvanecerse, adentrarse en sí mismos, y, sin embargo, allí estaba ya toda su vida, su destino, unido a su tío por los dedos diminutos que apenas aparecían bajo la manga, enterrados en la gran mano que los estrechaba.

La fotografía debió hacerse cuatro o cinco años antes de que el tío ingresara en el

primer manicomio, antes de nacer el niño, su hijo, que había muerto sin que él lo llegara a saber; antes de que la tía comenzara a encerrarse con llave por las noches.

Fue entonces cuando mandaron a Miguel a dormir al cuarto de la criada, que también corría el cerrojo al acostarse.

—¿Por qué echas el cerrojo, Matilde?

—Para que no haga ruido la puerta por la noche. Si no, luego te asustas.

Pero a él la puerta no le asustaba. Lo que no le dejaba dormir, lo que le hacía echarse a temblar eran las idas y venidas del tío por toda la casa, sus pisadas, bajo las que crujía el linóleo del pasillo hasta la madrugada. En cuanto le oía acercarse se tapaba con la manta y así quedaba hasta que el rumor se perdía camino de la cocina. Entonces, poco a poco, asomaba la cabeza y veía frente a él, en la otra cama, a Matilde, sentada, con los hombros al aire, tapándose el pecho con la punta de la colcha.

—No tengas miedo, chico —decía, y su voz temblaba.

Luego volvían los pasos a acercarse de nuevo. Matilde, a media voz, se ponía a rezar.

—Padre nuestro que estás en los cielos...

La oración se repetía cada vez que el tío Antonio se acercaba. Así iban transcurriendo las horas de la noche, hasta que el débil resplandor de la mañana alumbraba en la habitación al niño y a la muchacha dormidos.

El primo Antonio se detuvo.

—Aquí debe ser.

Salió a abrir una mujer amable, muy delgada, con el pelo teñido de rubio, casi blanco.

—Mi marido no está. Vienen por la caja, ¿verdad?

—Sí.

—¿No les importaría esperar a que venga mi marido? Él es quien lleva eso.

—¿Tardará mucho?

—No. Ya debe estar al llegar. ¿Ustedes son parientes del difunto?

Miguel asintió con la cabeza.

—Sobrinos.

—Yo conocía mucho a su tío. Soy la organista de la capilla.

—¿De qué capilla?

—De la del sanatorio. Mi marido canta en el coro. Su tío cantaba también. Todos los días, a las ocho, allí estaba él con su libro de misa, para comulgar. Ya ven el poco tiempo que llevaba, pues era al que más querían todas las monjas. Se veía que era un hombre muy bueno.

El carpintero les llevó al pequeño taller. Allí, reclinados contra la pared, les mostró varios ataúdes con la pintura todavía fresca: unos, largos, amplios; otros, pobres, reducidos, cortados en una madera tan fina que debía ceñirse como la mortaja al cuerpo del difunto.

—En verano siempre tengo unos cuantos, porque con la cosecha ya hasta últimos de septiembre no puedo trabajar —les invitó a acercarse—. Miren, este está muy bien —golpeó con los nudillos en la tapa—. Además lleva un forro interior de zinc, para que no pase la humedad.

La caja, enorme, adornada con molduras, tenía una ventanita con cristal a la altura del rostro. El carpintero la abrió con cuidado, casi con orgullo y Miguel desvió la vista, aunque no se le escaparon las palabras.

—Así se puede ver cómo está. Claro que solo sirve para panteones. Es un crimen enterrar una caja así, aunque hay quien lo hace. En este cementerio hay enterrada muy buena gente, gente de muy buenas familias que no se deciden a llevarlos a Madrid por lo caro que cuesta. Hay aquí un señor de Vitoria...

El resto del taller era una carpintería corriente. Solo en un rincón había tres rollos de cinta blanca para adornar las aristas de las cajas baratas. Olía a pino fresco. Nadie hubiera pensado que aquella madera recién cortada, clara, viva aún, con sus vetas goteando resina, estuviera destinada a morir enterrada, pulverizada, carcomida, reducida a un polen amarillo que acabaría fundiéndose con el cuerpo del difunto bajo los marchitos crisantemos.

El primo Antonio se decidió por una de las baratas y contrató con el párroco un entierro de segunda. Volvieron a Madrid a comer, y a las cuatro de la tarde ya estaban de nuevo en el manicomio, acompañados ahora de otro sobrino y dos primos segundos del tío. Estos, que eran aproximadamente de la edad de Miguel, se mostraron muy impresionados y hablaron poco durante el viaje. De nuevo en el manicomio, no tardó en aparecer la monja.

—¿Contrató usted a los mozos? —preguntó a Antonio.

—¿A qué mozos?

—Para llevar el cadáver hasta el cementerio.

—Yo creí que eso iba incluido en el entierro.

—Es distinto.

Debía ser así. A Miguel aquel entierro le parecía muy singular. No había pensado en cómo llevarían el cuerpo hasta el cementerio.

—Yo creí que tendrían alguna tartana —replicó Antonio.

—No, no la hay —introdujo ambas manos bajo el cordón del hábito—. Aquí lo acostumbran a llevar cuatro internos. Se les da una propina...

El primo Antonio llevó la mano al bolsillo.

—¿Cuánto?

—Suelen darles alrededor de cinco duros a cada uno. Ahora, en verano, es más cansado ir hasta el cementerio —recogió el billete de cien—. Vengan conmigo.

Los rostros se tornaban sucios, brillantes. La ropa se adhería al cuerpo. Las losas del patio, rodeado de ventanas enrejadas, despedían un ardiente vaho. Al lado opuesto, un muchacho con cara de cretino y un cuello grueso, casi tan ancho como su cabeza, abrió una puerta corredera que daba al huerto. En el desnudo pasillo, sobre

una rústica mesa, entre cuatro velones apagados, se hallaba el ataúd, con el cuerpo del tío. Había un hombre rezando, que se santiguó, alejándose apresuradamente, sin mirar a los recién llegados. En la penumbra se recortaba un arco iluminado violentamente por el sol, cubierto en parte por el verde vivo de una parra. Los dos primos y el sobrino habían quedado en segundo término, en tanto Antonio y Miguel, delante, rezaban con la monja.

—Aún no ha venido el señor cura, pero ya no debe tardar —hablaba en voz baja, confidencial, por respeto al cadáver. Quedó un momento mirando la caja y de pronto preguntó:

—¿Quieren ustedes verle? Pueden levantar la tapa antes de llevársele. Esta mañana no les dije nada por las prisas del entierro.

Antonio miró a Miguel, y este prefirió callarse. Los otros parientes se aproximaron, pero el primo dijo que no. La monja evitó todo comentario.

—Voy a ver si viene el señor cura.

Miguel se alegró viéndola alejarse, porque, al igual que meses antes, se sentía entonces culpable de su timidez, de su absurda cobardía. De nuevo se había negado a verle, a tenerle por un instante frente a sí. Agradecía al primo que no hubiese abierto el ataúd. Seguramente a él le daba lo mismo y hubiera accedido a abrir la caja por complacer a la monja, por satisfacer la curiosidad de los otros parientes. Ahora estaban los hombres solos, sin decidirse a hablar, sin saber dónde dirigir sus miradas fuera del féretro, fuera del brillante emparrado del fondo. Bajo las hojas verdes, picudas, en el halo cegador de sol, fueron apareciendo, uno tras otro, los cuatro internos. Traían guardapolvos color tierra, alpargatas, la cabeza rapada. Quedaron aguardando junto a la escalera, inmóviles, indiferentes, al otro lado del muerto, frente a los deudos.

El cura tardaba en llegar. La mancha de sol comenzaba a borrarse y una brisa leve refrescaba el pasillo. Uno de los internos se había arrodillado en el suelo de cemento y rezaba. Los parientes le miraban con una mezcla de curiosidad y respeto. Al fin llegó el cura, que musitó unos rezos a los que los monaguillos respondieron distraídos, y, tras santiguarse todos, los cuatro internos alzaron bruscamente la caja. Se oyó con toda claridad el golpe de la cabeza del cadáver en las tablas del ataúd. Salió el cortejo al patio, precedido de la cruz que portaba el sacristán, envuelto en la salmodia del sacerdote y las respuestas de los monaguillos.

Desde una de las ventanas altas surgió un rumor ininteligible, una voz que comenzó a alzarse sobre las demás voces. Miguel no la había oído en un principio, pero cuando se hizo más aguda, más potente que todos los otros rumores, miró sobre su cabeza y vio a una reclusa aferrada a los barrotes, mirando al muerto. A poco la apartaron. Aún se oían sus gritos cuando salieron a la calle; una voz hiriente, impersonal, monótona, como la de esas cotorras que desde la jaula llaman a los transeúntes; una voz que repetía sin cesar: «Se lo llevan, se lo llevan, se lo llevan...»

Los parientes se tranquilizaron cuando la puerta se cerró a sus espaldas y el

entierro se dirigió al cementerio, flanqueado por dos hileras de chicos que charlaban con el sacristán y los monaguillos. El cura se despidió a la salida del pueblo y la marcha se hizo entonces más rápida. Los que llevaban el ataúd parecían tener prisa por acabar. La caja crujía con los vaivenes como si fuera a saltar en pedazos. Allí iba el tío —pensaba Miguel— envarado, tieso, mirando el cielo, aunque no lo vería porque alguna monja, la grande sin duda, le habría cerrado los ojos.

No aparecía el cementerio. Antonio y Miguel caminaban con prisa para no rezagarse, mientras los otros enlutados, delante, habían roto a charlar.

Llegaron hasta la misma tumba sin hacer un alto, y, cuando los rezagados se incorporaron, ya los sepultureros se disponían a hacer descender la caja. No hubo flores, ni oraciones, ni lágrimas; solo un pequeño terrón arenoso que el primo Antonio dejó caer entre la tierra de la fosa. Allí quedó el tío Antonio, embutido en su pobre caja, sin lápida, sin nombre, rodeado su cuerpo por una orla de ladrillos nuevos que las hojas enhiestas de los lirios no tardarían en cubrir.

A la noche, cenando con Julia y Antonio, Miguel recordó el asunto del *Rojo* pequeño.

—Tenía que haberte escrito uno de estos días —respondió el primo—, pero con esto del tío se me pasó. De todos modos te hubiera puesto unas letras antes de marcharme.

—Es que lo necesita.

—Ya me lo figuro. Leí la carta.

—Pero es que es urgente —insistió Miguel—; estuvo hasta ahora trabajando en una mina y debe andar muy mal. Yo le he visto, le he oído toser.

—Tengo la carta en la mesa del despacho. Esta misma noche te la llevas —apartó con cuidado el plato del postre y, echándose hacia atrás, encendió un cigarro—. Y tú, ¿qué tal vas?

—Voy bien.

—¿Es sano el pueblo ese?

—Muy sano.

A Miguel no le gustaba hablar de su intimidad con Antonio, porque tanto este como Julia solían adoptar un aire protector que a veces rozaba el ridículo. Había momentos en que se sentía un poco más afín, cercano a ellos y llegaba incluso a quererlos. Después de todo, también le querían, aunque a su manera; pero cuando sin notarlo, llevados por el deseo de arreglar su vida, intentaban salvar la barrera que Miguel había extendido en torno suyo, perdían su seguridad, la firmeza que les otorgaba pisar su propio, su conocido terreno, y todo acababa en una situación confusa e inexplicable.

Antonio tenía atisbos de lucidez. A veces percibía vagamente que existía algo en el fondo de Miguel que no llegaría a comprender nunca, pero eso no le impedía hablar a menudo de «los jóvenes de ahora» y de lo que él habría hecho en su lugar. Julia prefería callarse.

En aquel restaurante, favorito de Antonio, mientras el dueño junto a la puerta despedía ceremoniosamente a los últimos clientes, Miguel se preguntaba por qué cada cuál no podría mantenerse dentro de su pequeño mundo. Él respetaba la intimidad de los otros porque sentía lo absurdo de su paso entre ellos; pero estos, en cambio, se obstinaban en ayudarlo, atraerle, intentando sembrar en su alma un deseo de vivir, un deseo de gozar de acuerdo con la idea que de la dicha, de la vida, se habían forjado.

—¿Por qué no vas a que te vea un médico, Miguel? —preguntó de pronto Julia.

Miguel la miró.

—¿Un médico?

—Sí, Andrés, el amigo de Antonio. No te va a cobrar nada.

—Ahora, no. Para el otoño. Ahora estoy bien.

Dijo aquello al tiempo que se burlaba de sus propias palabras. Era absurdo luchar porque el *Rojo* se salvase y al tiempo abandonar su propia vida.

—Además, Andrés no vuelve hasta septiembre —corroboró Antonio desde la nube azulada que envolvía su rostro—. Si ese pueblo es tan sano... El clima de altura es muy bueno. Todo se cura con eso y con reposo.

Solo con reposo no se curaba aquello. Estiró bajo la mesa las piernas doloridas.

—Es una enfermedad para ricos. Yo se lo he oído decir a Andrés muchas veces: «Reposo y tranquilidad» —dejó caer con suavidad la ceniza sobre la papilla del helado derretido—. La única enfermedad en que se puede comer de todo. Yo he llegado a la conclusión de que si alguna vez...

Ya no había remedio. Cuando el primo se crecía y comenzaba a desbarrar, Miguel, al cabo de unos minutos, acostumbraba a despedirse; pero ahora, en plena sobremesa, era difícil encontrar un pretexto verosímil para contar su discurso sin ofenderle. Julia había encendido un cigarrillo y fumaba abstraída, sin hacer mucho caso de las palabras de su marido. Miguel hubiera jurado que ni las oía.

—... entonces Andrés le dijo que él vería lo que hacía. Él le daba un año de vida si no se operaba. Y se operó, ¡vaya si se operó! Y ahí lo tienes perfectamente. Claro que esto no pasará contigo, porque lo tuyo no es nada, pero yo te lo digo para que te hagas una idea. Hoy día ya no se muere nadie.

Hablaba de la medicina, de la cirugía, con el entusiasmo, con la ciega seguridad de los que jamás se acostaron en un quirófano, con la fácil fe de los que nunca conocieron una enfermedad grave que pusiera en peligro su vida. Todos los años, a la vuelta del veraneo, se pasaba por la consulta de su amigo Andrés y ya por el pasillo le decía:

—Vengo a que me eches un vistazo.

Encendían un cigarro; sacaba Andrés coñac, y entre copa y copa le miraba por la pantalla. Siempre acababa dándole una palmada en la espalda.

—Estás estupendamente. Como un chico de veinte años.

Entonces, Antonio, agradecido a la vida, al tiempo que se obstinaba en no pasar

por él, se llevaba a cenar a su amigo.

La colilla del cigarro se consumía en el plato y Julia empezaba a impacientarse. Los camareros iban ya levantando los manteles y el dueño miraba el reloj con impaciencia.

—Hoy ya no se muere nadie. Todo es cuestión de coger las cosas a tiempo. Un poco de voluntad.

A Miguel le hubiera gustado que por una sola vez, por unos breves instantes, el primo Antonio experimentara en su propio cuerpo el filo, la quemadura que en la carne dibujaba la diminuta hoja de aquellos bisturíes que él admiraba tanto. Tenía razón. Debía curarse, pero antes de hablar como él lo hacía era preciso haber sentido cómo aquellas agujas cónicas, de punta tajada, que encerraban otra en su interior, como un árbol su médula, se iban hundiendo poco a poco entre las costillas, entre las vértebras, con un rumor, una sensación de telas rasgadas.

Miguel no hubiera podido vivir nunca con los primos, pero cuidando de distanciar las entrevistas mantenía su amistad y, a veces, hasta llegaba a echarles de menos.

Al cabo de dos días marcharon definitivamente y, como el calor ya apretaba, le dejaron las llaves de su casa, por si quería alguna vez ir a ducharse.

Distribuía el tiempo en leer y dormir. Quedaba en cama hasta las diez, hasta que la asistenta de la pensión entraba a arreglar el cuarto. Y más tarde, por poca tranquilidad que hubiese, renunciaba a salir a la calle en todo el día. Durante la noche buscaba la terraza de algún café con árboles frondosos, abierta a la brisa de la sierra.

El clamor de los trenes, el hondo suspiro de las máquinas, le traían el recuerdo de los primos, que ya estarían en Francia; del pueblo, de Inés, de todos los viajes que había hecho.

En la penumbra, al amparo de los amplios sillones de paja, se besaban algunas parejas, mientras los chicos del bar se entretenían haciendo sonar una gramola eléctrica. Sobre el amplio paseo asfaltado, por encima de las acacias, que el resplandor de los faroles teñía de un tono azulado, se recortaban los balcones, los amplios ventanales de las casas puentes, nuevas, discretamente iluminadas. Bajo el marco ondulado de los toldos se adivinaba el confuso ir y venir de los dueños. A veces un coche se detenía silenciosamente. Los bajos de alguna de las fachadas se abrían en un rectángulo cárdeno para darle entrada. El chófer salía a poco, cerrando tras sí las puertas, y la acera quedaba envuelta de nuevo en la suave penumbra de los faroles.

Algunas noches tenía fiebre. A medida que la madrugada le iba rindiendo en el sillón, ante la taza de café, se le endurecía la garganta y, dolorida, le arrastraba a unos tos que no acababa nunca. Cuando el último camarero desaparecía, cuando las luces de las terrazas se iban apagando, entornaba los ojos y quedaba adormilado, envuelto en el aroma del césped, en el susurro de los sauces.

La vida, la edad, el tiempo, el dolor, nada existía; solo las diminutas estrellas que se iban desvaneciendo, y el negro vacío tras ellas. Un vacío, una nada infinita donde nace ese soplo que anima el corazón del hombre. No temía a la muerte en aquellos instantes, porque vivir y morir eran una misma cosa, porque había olvidado por un instante aquel cuerpo maltrecho. Pero cuando el sueño, la fiebre, el frío, le hacían volver a casa, toda su carne parecía rebelarse y el largo camino hacia la pensión se le hacía interminable. A veces le era preciso detenerse, y el amanecer le sorprendía recuperando fuerzas en algún banco. Juraba no volver a salir de noche, no volver a alejarse, pero siempre le vencía el aroma fragante de la sierra, aquellos minutos en la penumbra.

El calor pegaba las sábanas al cuerpo, la garganta, seca, le ardía. Si la enfermedad no pasaba de ahí, se conformaba, no pedía otra cosa. Hacía mucho tiempo que había renunciado a vivir como los demás. A fin de cuentas los enfermos crónicos viven muchos años, como los sanos, y acabaría acostumbrándose a la fiebre.

Una semana transcurrió desde su llegada antes de que se fijase en el paquete que Inés le había dado para su tía. Al llegar lo depositó sobre el armario, pero quedó olvidado después del entierro del tío Antonio. Por su peso y tamaño parecía tela, quizá ropa de María que doña Fe tenía que coser. Esperó a la caída de la tarde y con el lío bajo el brazo se dirigió a los Cuatro Caminos. En una calle estrecha buscó el número que indicaban las señas. Una mujer menuda, vestida de negro, salió a abrir, invitándole a pasar. Le entregó el envío.

—¿No se sienta?

Se secó el sudor de la nuca.

—Hace tanto calor ahí fuera...

—¿Y en el pueblo? También mucho, ¿verdad?

—Por el estilo.

—No sabe cuánto le agradezco esta molestia. En el coche se pierden muchos bultos.

Miguel le pidió un vaso de agua y la mujer se levantó rápidamente.

—¿La quiere con un poco de limón?

—No se moleste.

—Se lo hago en seguida.

El agua del grifo repicaba en la cocina.

—¿Lleva usted mucho tiempo allí?

—¿Dónde? ¿En el pueblo?

—Sí.

—Desde marzo.

—Es muy sano aquello.

Los ojos de Miguel se iban acostumbrando a la oscuridad de la habitación. El escaso resplandor que dejaban pasar las ventanas revelaba dos aparadores con espejos, llenos de platos pintados, y el retrato de una mujer joven, vestida a la moda

de principios de siglo.

—¿Le gusta con azúcar?

—Da lo mismo.

La cucharilla, girando en el fondo del vaso, se acercaba por el pasillo.

—Aquí lo tiene.

Se lo bebió en dos tragos, como una medicina.

—Dirá usted que no enciendo la luz, pero es por el calor —guardó silencio, viéndole apurar el vaso, y añadió justificándose:

—¡Como el cuarto es tan pequeño...!

Alzó las persianas y Miguel pudo verla con más claridad. Cosía una chaqueta de gruesas rayas grises.

A pesar del sabor desagradable que le había dejado el limón, se estaba bien allí, sobre todo pensando en el bochorno que le aguardaba fuera. Aquella vieja chaqueta que la mujer estaba zurciendo debía pertenecer a su hijo, al profesor, al novio de Inés. Daba clases durante toda la tarde en una academia. ¿Dónde se hallaría en esos momentos? Quizá estuviera a punto de llegar. Se llamaba Agustín. Soledad le había informado. Se imaginó a Inés allí, en aquel angosto comedor, junto al otro. ¿Qué aspecto tendría Agustín? Miró de nuevo la chaqueta barata, de confección, con los bolsillos deformados por el uso. No debía ganar mucho.

La madre alzó los ojos de la aguja para hablarle.

—¿Y vuelve usted?

—Sí, dentro de unos días.

—Al menos allí refresca por la noche...

Ahora las mangas y el cuello colgaban inertes. Se imaginó a Agustín en la misma postura, dentro de la tela, muerto, cabeza abajo. Una chaqueta mezquina debía pertenecer a un hombre mezquino. Sin embargo, era pueril juzgar a un hombre por su ropa. Mas, ¿cómo imaginárselo? Quizá se pareciese a su madre. Si aguardaba un poco, podría verle, hablar con él, pero la espera en aquel cuarto se le iba haciendo insostenible. El papel ocre, rayado, ornado de guirnaldas, y las sillas incómodas, cubiertas con cojines bordados de abalorios, le mortificaban.

—¿Se va usted ya?

—Sí. Ya no aprieta el sol.

La americana quedó extendida en el respaldo del sofá.

Ahora Agustín descansaba, sus brazos extendidos a lo largo del respaldo, la camisa seguramente desabrochada, los pies embutidos en unos sórdidos zapatos, sobre alguna de las sillas desteñidas.

—Adiós. Buenas tardes.

—Hasta cuando quiera. Buenas tardes. Y muchas gracias. Dé recuerdos.

Bajó de mal humor la escalera. El recuerdo del otro le hacía desear la presencia de Inés con más fuerza que nunca. Al día siguiente podía coger el coche y por la noche estaría de nuevo junto a ella. El hijo no tardaría en nacer. Los prejuicios

pasarían. Estaba anocheciendo. En el portal, un hombre le detuvo.

—Perdone. ¿No se acuerda?

Miguel quedó estupefacto porque reconoció ante él, cerrándole el paso, al *Rojo* pequeño.

—¿No se acuerda de mí? —repitió.

—¡Claro que me acuerdo! ¿Cómo no me voy a acordar? ¿Qué haces en Madrid?

—Le estaba esperando.

—¿A mí?

Le explicó que le había estado esperando tres días consecutivos. Sabía que iría a entregar el paquete de Inés.

—Bueno, ya está arreglado lo tuyo. Tengo la carta en el bolsillo.

—Sí... la carta —el rostro pecoso del muchacho se ensombreció.

—Para el mes que viene estás en tratamiento.

—Ya... —dudó—, yo quería hablar con usted.

—Vamos a algún sitio. Vamos a mi casa.

—No —soltó una tos que asustó a Miguel.

—Bueno, a un café, si quieres.

Un nuevo golpe, un rumor hundido en el pecho, quebrado, que acabó estallando en la garganta. La piel en las sienes parecía diáfana, transparente, y los ojos brillaban bajo las cejas espesas.

¿Qué has hecho todos estos días? ¿Hace mucho que estás aquí?

—Casi semana y media. De eso quería hablarle.

Diez días: la pensión sucia, malas comidas, la Plaza Mayor bajo el calor y, quizá, a la noche el sonámbulo peregrinaje por todos los portales, por las sórdidas casas de la calle de San Marcos. Hasta puede que hubiera tenido una hemoptisis a juzgar por la palidez del rostro. Buscó en sus bolsillos la carta del sanatorio. Aquello daría ánimos al muchacho.

—Mira, aquí está; léela.

Pero el *Rojo* no la leyó ni la sacó del sobre. Esperó a que se alejara el camarero para empezar a hablar.

El ventilador giraba pausadamente. Iba dando vuelta sobre la pared hasta casi tocarla y, cuando parecía a punto de rayar el yeso, repentinamente, con movimiento casi humano, se volvía. Los camareros permanecían quietos en la corriente, la servilleta al brazo, ahuecando con los dedos el celuloide del cuello. Cuando el hombre del mostrador encendió el neón de la sala, se oscurecieron las ventanas. Toda la suciedad, la pobreza de las sillas, las mesas de falso mármol, la cafetera manchada de ocre escurriduras, salieron a la luz, bañados por el resplandor sin sombras de los tubos. El ventilador dio una nueva pasada y la corriente arrastró la carta al suelo, sin que Miguel ni el *Rojo* la recogiesen. Miguel se secó con el dorso de la mano.

—No os queda más que una solución.

—¿Cuál?

—Presentaros a la Policía.

El *Rojo* le miró asombrado.

—¿Para que nos metan treinta años? Pero si yo le pedía a usted el dinero para marcharnos.

—Os cogerán.

—¡Qué van a cogernos!

De nuevo aquel retumbar en el pecho. El *Rojo* se alejó hasta la escupidera y volvió blasfemando en voz baja.

—Mire, si nos prestara el dinero, nos marchábamos de aquí, y en Barcelona ya nos arreglábamos mejor.

—Lo que me extraña es que no os hayan detenido todavía.

—Aquí no nos conoce nadie.

A Miguel le dio pena su infantil seguridad.

—¿Habéis probado a vender las alhajas?

—Fuimos a dos o tres sitios, pero mi hermano no se fía. En cuanto ve al dependiente meterse dentro ya está temiendo que llamen a la policía. Nos han dicho de uno que a lo mejor nos lo compra, pero todavía no le hemos visto.

Habían tenido mucha suerte, aunque caerían tarde o temprano. Cuanto antes, mejor. Si las alhajas se recuperaban, sería más corta la condena. Se figuró a los dos hermanos, barbudos, sucios, mal vestidos, intentando vender los brillantes de la viuda. De todos modos, si la viuda llegaba a morir, como temían, el fiscal pediría pena de muerte para el mayor. En cuanto al pequeño, que allí, al otro lado del velador, pasaba una y otra vez su mano por la nuca sudorosa, había perdido la oportunidad de curarse. Ahora, en el mejor de los casos, pasarían un año o dos hasta que los juzgaran, hasta que pudiera ir a una prisión sanatorio, y viendo sus pómulos, sus ojos febriles, oyendo aquella tos, no era difícil prever el final.

¡Qué estúpido! Se había dejado arrastrar por la impaciencia del hermano, por su propia impaciencia.

—Sí. Desde aquí se habla muy bien, pero yo, ¿qué sabía?

—Ya te dije que estaba seguro, que a mi primo le daban la plaza.

Mentía. Él también había dudado, pero, como su suerte no estaba en juego, no había llegado a plantearse seriamente la cuestión. Ni siquiera había vuelto a acordarse de la carta desde que Antonio se la dio al marchar. No era culpable, pero tampoco tenía derecho a mentir. ¡Qué mala suerte! La carta en el bolsillo, la plaza concedida, el *Rojo* allí, a media hora escasa del Sanatorio, y todo perdido.

—¿Por qué no te presentas tú?

—¿Yo?

—Sí, tú. Seguramente te rebajarían la pena. A lo mejor te ponen un médico. ¡Qué sé yo! Algo.

—¿Y voy a dejar a mi hermano?

—Lo mejor que podía hacer tu hermano era presentarse, pero si no quiere, él solo

se las arreglará mejor. Tú eres un estorbo, según estás.

—Yo tengo la culpa de que nos veamos así. Si no hubiera sido por mí...

—¡Qué vas a tener! —cortó Miguel—. ¿No dijiste antes que tu hermano quería marcharse a Méjico en cuanto lo vendierais todo?

El muchacho enmudeció, asintiendo.

—Él no lo hizo por ti, sino por él.

Mas el otro ni siquiera le escuchaba; repetía tozudamente:

—Si yo llego a estar bueno, mi hermano no hace esto...

Miguel estuvo a punto de levantarse, pero se sentía en parte culpable de su suerte.

—Mira; escucha. Vete a ver a tu hermano y explícale lo que te he dicho. Dile que si te presentas quizá te traten bien, teniendo en cuenta la enfermedad. Díselo claro. Que él haga lo que quiera. Tú, como estás, no puedes andar por ahí de esa manera.

De nuevo tomaba en sus manos el destino del muchacho. Antes, con el primo Antonio; ahora, con el amigo, un antiguo compañero de Instituto que trabajaba en la Brigada Criminal. Tras el fracaso de la carta, parecía un sarcasmo hablar de nuevos arreglos, pero nadie era allí culpable. El *Rojo* podía comprenderlo.

El muchacho no se decidía. Por fin se levantó.

—Voy a ver si le encuentro. Se lo diré. Usted espéreme aquí. Tardo como cosa de una hora.

Se alejó esquivando torpemente las mesas. Todavía, al salir, un nuevo golpe de tos le dobló junto a la puerta.

Los tres ventiladores giraban incansables. Iban y venían, hundiendo a las moscas en sus invisibles torbellinos. Uno de los tubos luminosos se apagó. Su luz azulada se fue tomando rojiza hasta que el camarero del mostrador le golpeó suavemente con el mango larguísimo de un plumero. Volvió a encenderse.

El *Rojo* no volvía. Miguel esperó casi dos horas. Cuando se levantó, vio la carta a sus pies, en el suelo.

«... y por lo que se refiere al muchacho que tu amigo nos recomienda, tengo la satisfacción de comunicarte...».

Rasgó el papel y llamó al camarero.

Aquella misma noche telefoneó a su amigo policía, pero no estaba en la Brigada y le fue preciso aguardar al día siguiente para localizarle.

—Ya se figuraban que estarían por aquí —replicó cuando Miguel le hubo explicado el asunto—, pero, de todos modos, yo no me encargo de eso.

—¿No conoces a quien lo lleva?

El otro hizo memoria:

—Me parece que es un chico nuevo, uno que entró este año o el año pasado.

—¿Y no puedes hacer nada?

—¿Qué quieres que haga? Si la cosa la llevara yo, y se me entregaran, podría informar a su favor, pero así, vete a saber, igual no los cogen hasta dentro de un mes. Sin antecedentes...

—Pero si es imposible... Si no conocen a nadie aquí, si no tienen dinero.

—Todo lo imposible que tú quieras, pero a veces pasan cosas así. Yo hablaré con el chico ese —se detuvo pensativo—. ¿Entonces, tú los conociste en el pueblo?

—Sí.

—¿Y uno está silicoso?

—Desde luego.

—¡A saber si robaron por eso!

Miguel no respondió. Al otro lado de la calle, desde los tejados fronteros a la Puerta del Sol, llegaron dos recias campanadas de reloj.

—Cuando sea el juicio, tú cuenta lo de la carta; puede que sirva de algo —miró su reloj pulsera y lo puso en hora. Prosiguió—: Por lo menos la mujer no ha muerto.

—¿Que no ha muerto?

—No.

—Pues ellos creen que sí.

—Llámame mañana hacia las once. Puede que para entonces sepa algo. Desde luego, cuenta con que les caen unos años.

La mañana siguiente se le hizo interminable, sin poder apartar de la imaginación el recuerdo de los dos hermanos. A las once de la noche telefoneó a la Brigada, pero no estaba el amigo.

—Aquí no hay nadie ahora. ¡Como es domingo!

—Es que me dijo que iría.

—¡Ah! Entonces vendrá.

—¿A qué hora va otros días?

—A eso de las nueve. No tiene hora fija.

Salió a la calle. Estaban las aceras repletas de gente tomando el fresco y volvían de pasar el día en las afueras los últimos excursionistas. Llegaban colorados del sol, fatigados, pero aún con alientos para cantar. Chicos y chicas con mochilas y cachos. El Metro hedía. Al salir en la estación de Sol una avalancha humana taponaba las bocas.

Al fin pudo alcanzar la calle del Correo. Subió una vieja escalera de madera. En el segundo piso un guardia le mandó que esperase. A veces en alguno de los vacíos despachos sonaba el teléfono, y un hombre joven, en mangas de camisa, aparecía para contestar. Dejaba tras sí las puertas entornadas y Miguel alcanzaba a ver el resplandor rojizo de la Puerta del Sol. Se entretuvo leyendo los nombres dorados que sobre un águila de mármol negro brillaban en la pared de enfrente: *Caídos por Dios y por España*.

A las doce pasadas llegó el amigo. Venía empapado en sudor.

—¿Qué? ¿Hay algo?

No contestó pero hizo ademán de que le siguiera. Cruzaron una pequeña sala, dividida en dos por una barandilla de madera como la de los juzgados, entrando en una habitación interior, encalada. Allí vio Miguel a los dos hermanos, esposados uno

con otro, bajo la vigilancia de un guardia gris que dormitaba bajo la luz exánime que pendía del techo.

El amigo había advertido a Miguel que no podía hablar con ellos, pero no fue preciso. No hubiera sabido qué decirles, cómo explicar la amargura que en aquel momento embargaba su ánimo.

—Son esos, ¿verdad?

Miguel asintió.

—Los cogimos esta mañana. Detuvimos al mayor y en seguida se presentó el otro.

En la calle sintió que algo en su interior se rebelaba. Hubiera deseado maldecir de algo, de alguien, de sí mismo, pero no podía, temía de pronto romper a llorar.

Fue andando, paseando sonámbulo hasta su casa. La calle estaba desierta. Solo dos hombres, sentados en el cerquillo redondo de las acacias, con las piernas dentro, bebían vino a chorro. La botella, con el tapón taladrado por una paja, iba del uno al otro. No hablaban. A veces quedaban como dormidos. Levantaron el rostro cuando llamó al sereno y el sereno no apareció. Allí estaba su sillita de mimbre atada con una cadena al farol. Llamó de nuevo, pero fue inútil. Entonces decidió Miguel ir a casa de los primos. Los armarios estarían cerrados, aunque para dormir en verano no hacía falta ropa. El otro sereno le miró con desconfianza. El piso, a la luz desnuda, violenta de las bombillas, apareció blanco, enfundado. Apagó y, arrimando la cama de Antonio hasta la ventana abierta, se tumbó en el frío somier. Pensaba que haciendo un esfuerzo, manteniéndose inmóvil, sin pensar en nada, acabaría durmiéndose. Pero el sueño no vino, ni el descanso; le desvelaban el recuerdo de los hermanos, la imagen del tío en su mezquino ataúd. Daba vueltas en torno a sí mismo. Según el cuerpo se fatigaba, a medida que las piernas y la espalda le dolían, el sueño se iba alejando. Se sentó al borde de la cama. Ojalá llorase, ojalá rompiera a llorar. Solo así se libraría de la congoja que le atenazaba. Le ardía la cabeza. Se alzó, mareado, tanteando la pared hasta encontrar la llave de la luz. Desnudo como estaba se dirigió al cuarto de baño. Llenó la bañera y, poco a poco, fue metiéndose en el agua. Llegó a tener también sumergida la cabeza. Allí dentro, cada roce, cada sonido, parecía multiplicarse hondamente. De pronto sintió en su pecho el gorgojo de la sangre. Lo conocía bien. No podía equivocarse.

Quedó angustiado, en pie junto al lavabo. Mirándose en el espejo se vio flaco, triste, agotado, tan digno de lástima como el tío, como los dos *Rojos*, como el ser más desgraciado de este mundo. A él también, sin saber por qué, le había tocado el lado duro de la vida.

XVII

Doña Constanza movió pesadamente su cabeza vendada sobre el almohadón. Había sido un castigo. La mano de Dios también caería sobre Zoilo algún día. Sentía una punzada dolorosa en la frente, sobre los ojos, que la hacía llorar. Sus ojos dejaban caer de cuando en cuando una gruesa, cálida lágrima, que humedecía sus mejillas. El médico le había dicho que se salvó de puro milagro. Lo de la criada fue menos grave y había podido levantarse a los pocos días.

—¿Quiere usted que le haga una taza de caldo?

—No, no tengo ganas. Abre un poco las maderas del balcón.

—Hace mucho calor.

—No importa, ábrelas.

Pero en cuanto vio entrar el sol mandó cerrar. Quedó la alcoba en penumbra. Una colmena de moscas iba y venía en constante zumbido, colándose por las rendijas de las contraventanas.

—¿Se marcharon los guardias?

—Sí, señora. Esta mañana, en el coche de Luis.

—¡Si encontraran las alhajas!

El anillo, los pendientes de boda habían desaparecido, así como una pequeña gallina de oro con cinco polluelos que había sobre el aparador.

Aún recordaba la terrible figura del *Rojo* en el quicio de la puerta, con aquel hierro en la mano. Al pronto pensó en Zoilo, pero, viéndole acercarse, sintió tal horror que perdió el conocimiento. El *Rojo* la debía haber golpeado allí, sobre la cama. La criada apareció entonces y también llevó lo suyo, la pobre... Cuando hiciera testamento se acordaría de ella por lo bien que la servía y lo mucho que quería al niño.

—¿Dónde está Carlitos?

—Abajo, en el jardín.

—Dile que venga a hacerme un poco de compañía.

—Es que no quiere.

—¿Que no quiere?

—Hace un rato que se lo mandé y no me hizo caso.

Salió y, a poco, la sintió subir la escalera con el niño.

—Aquí lo tiene usted.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no querías subir?

—Si quería...

La criada los dejó solos. La viuda cogió entre las suyas una de las pequeñas manos y la besó frenéticamente:

—¿Es que no me quieres?

—Sí, sí te quiero.

El niño desvió la mirada con timidez y fue hasta el balcón, donde se entretuvo

encerrando las moscas en el cristal.

—¿Es que estás malo?

—No, no..., estoy bueno.

Había atrapado una de aquellas gruesas moscas azules, que ahora zumbaba en su mano.

—Ven... Acércate a la cama.

Cogió con cuidado la mosca y le fue arrancando una a una las alas hasta dejarla desnuda sobre sus frágiles patas.

—¿Qué haces?

—Nada...

La cabeza vendada debía asustarle. O quizás la habitación oscura, con su alto lecho y el tocador recargado de espejos y mármoles. Sin embargo, él había dormido allí, a su lado, nada más morir su padre.

Llevaba unos días raro, sin ganas de comer, despierto por las noches, deslizándose a través de la casa como un pequeño fantasma.

Quizá, después de las alhajas, después del susto, estuviera también condenada a perder el hijo. Sus ojos se humedecieron. No; aquello era demasiado castigo. Dios no podía ser tan cruel sobre la tierra con una débil mujer que pecaba por flaqueza. Juntó las manos bajo el embozo y se puso a rezar. Ella también era desgraciada, dentro de su culpa, no solo por los remordimientos, sino por la misma vida que llevaba, y necesitaba el consuelo del niño.

Cogió el retrato de su marido que descansaba sobre la mesilla y se lo acercó a los labios. Allí estaba, tan parecido al hijo. Los ojos, más vivaces que los de Carlitos; pero la boca recta y la nariz eran las mismas, como colocadas sobre la criatura. Nunca le contó su niñez, pero no podía haber sido tan llena de silencios. Ahora mismo, en aquel momento, el pequeño parecía absorto mirando afuera el campo.

—Carlitos...

—¿Qué, mamá?

—¿Qué haces, hijo mío?

—Nada.

Las moscas zumbaban rabiosamente en torno suyo.

—Ven, dame un beso.

—Espera...

—Cierra el balcón, hijo.

Las maderas continuaron abiertas. Sacó un pañuelo de debajo del almohadón y se secó las diminutas gatas de la frente y los brazos. A la luz de las doce del día, la almohada, el embozo de las sábanas, los encajes de aquella ropa nupcial, aparecían sucios, con una pátina negra en los bordes.

Doña Constanza se sobresaltó como si fuera a recibir visita.

—¡Cierra de una vez!

El niño entornó las maderas, asustado, y de nuevo las ropas, los muebles

polvorientos se sumieron en la penumbra. Se acercó a ella, que lo estrechó contra su pecho hasta casi hacerle daño. Lo cubrió de besos. Solo cuando notó que el pequeño se retraía aflojó el abrazo.

—¿Qué te pasa? ¿Ya no me quieres?

—Me voy. Déjame que me vaya.

—Aguarda un poco. Siéntate aquí, a mi lado. Te doy una cosa.

El niño fue retrocediendo poco a poco, tozudamente, hasta la puerta, como si no se atreviera a abandonar bruscamente a su madre. Al llegar al quicio se detuvo.

—¿No quieres estar aquí?

—Me estoy en el jardín, abajo.

Al otro lado de la verja había dos hombres en cuclillas charlando, con los negros cigarros colgando del labio. Uno de ellos tenía una espiga vana en la mano. Se la mostraba al otro, que la estrujó entre sus dedos sin conseguir sacar un solo grano. Los dos quedaron silenciosos. Tras mucho mirar al cielo, uno de ellos desapareció en la casa y el otro en el extremo opuesto de la calle. Cruzó Elena ante la puerta del jardín.

—¿Qué haces ahí, Carlitos?

Por toda respuesta el niño se encogió de hombros. Elena pasó la mano por los barrotes, acariciándole.

—¿Está mejor tu mamá?

—Sí.

—Cuando subas, le dices de mi parte que pregunté por ella.

Agitó muchas veces la cabeza en señal de asentimiento y siguió diciendo «sí», aun después que la mujer hubo desaparecido.

Sonó lejos el claxon de un coche y apareció en la puerta Inés, la vecina. Quedó un momento escuchando con atención. Cuando el son se hubo repetido, tras un ligero titubeo se alejó pausadamente hacia la casa de Zoilo.

El eco del claxon había puesto fin a la espera de la muchacha. Según caminaba al encuentro de Miguel, comprendía que desde la mañana en que él se fue no había pensado sino en su vuelta. No hubiera podido decir qué esperaba de él ahora, qué iba a suceder en casa de Zoilo, pero el ruido del coche que se iba acercando la había impulsado a salir de la casa. No podía esperar. ¡Aquel calor que enervaba, que aturdí, haciendo palpitar todo su cuerpo! Su padre decía que los hombres se matan en los meses de calor porque es el sol quien los saca de quicio. Se detuvo. Hizo un esfuerzo por dominarse, pensando qué excusa pondría cuando encontrara a Soledad en el patio. Transpiraba todo su cuerpo. El coche ya estaba próximo y apresuró el paso para llegar antes.

La puerta estaba cerrada. Llamó repetidas veces, pero nadie contestó. El patio, cercado por los muros enjalbegados de las cuadras, reverberaba. Al fin se cansó de golpear bajo el quicio y quedó sentada en el banco donde el abuelo acostumbraba a

charlar con el gallo.

De pronto, allí estaba Miguel. Inés esperaba que llegase con el coche hasta el patio, pero debió despedirlo fuera. La pilló de sorpresa y no pudo componer el rostro, ni serenar el ademán, como se había prometido. No era necesario, porque él no la vio. Parecía distante y muy pálido.

—Diste eso a mi tía... —pudo por fin preguntar Inés.

—Sí. Estuvimos un rato hablando.

Miguel se detuvo, como si le costara un gran trabajo continuar, al tiempo que la miraba intensamente. Había en sus ojos una expresión desgarrada, casi una súplica. Desató el paquete que traía bajo el brazo y apareció una caja, aún sin estrenar, de pañuelos blancos. Con uno de ellos se limpió el sudor de la frente.

—¿No hay nadie?

—No; ya he llamado y no salen.

Parecía un niño; tan débil... Un rumor, una ciega oleada se agitó en su pecho. Algo allí dentro se descompuso. De nuevo limpió su frente y las sienes.

—Este calor...

Inés sintió una pena profunda, una honda misericordia viéndole allí, enfermo, agotado, sobre la claridad rutilante de la pared; y cuando él la miró de nuevo, pareció como si de pronto aquellos ojos fueran a borrarse.

La ardiente entrega de Inés, su amor de esperanza caían en el vacío, en la soledad iluminada de las cuatro paredes.

XVIII

El mes de julio entró más seco y duro que los otros. Las espigas del centeno, ralas, blancas, que nadie se molestó en recoger, yacían entre los surcos convertidas en rastrojos, deshechas por el ganado que allí entró a pastar. Los animales se movían pesadamente en busca de una brizna de hierba que se hubiera salvado, de aquel sol que secaba hasta las raíces de la tierra. La madera restallaba, las piedras, el hierro, parecían arder, y los mismos olivos sembraban el montecillo de una cosecha quemada, rugosa, diminuta. Los hombres, a la mañana, de rodillas, sobre los surcos abrasados, miraban en sus manos el fruto abortado de su trabajo y maldecían la tierra, el agua, el cielo deslumbrante. En la casa, sobre la mesa de la cocina, quedaban las pequeñas bolitas oscuras. Las mujeres nada decían al verlas, pero, a la noche, rezaban y ofrecían una vela a la Virgen porque al menos se salvaran los olivos.

El río se iba hundiendo en su cauce. Una raya negra marcaba en ambas márgenes el último nivel que las aguas habían alcanzado, y, a partir de este, el cieno mate comenzaba a quebrarse en haces, en profundas grietas, semillero de mosquitos. No se hubiera podido decir si fluía o no, porque todo su lecho se reducía a un rosario de charcas cenagosas, unidas entre sí por débiles regueros cubiertos de maleza. El verdín, el musgo del fondo, aparecía ahora amarillo, muerto al sol, lejos del agua; y a veces, en los remansos, que las cabras husmeaban durante horas y horas, aparecía el cadáver brillante, retorcido, de un pececillo muerto. Ya cuando el río comenzó a bajar, las grandes carpas se habían retirado a lo más profundo. Allí excavaron su lecho entre el cieno. Inertes en su sueño estival, esperaban la llegada del otoño.

El hedor insoportable del agua detenida llegaba hasta la ermita, hasta la casa del gitano, sacándole de sus meditaciones.

—¿Sabes si la viuda está buena ya? —preguntó María.

Alejandro miró amenazadoramente a su mujer.

—Ya te he dicho cincuenta veces que no quiero oír hablar de ella en esta casa.

—Pero si solo te preguntaba por ella.

—¡Que te calles, te digo!

La mujer siguió partiendo leña. El gitano miró desde la ventana el río estancado. Por culpa de los dos *Rojos* se fastidió su negocio. Por culpa de dos necios que no sabían ni robar. Huyeron a Madrid y a los quince días los cogieron. Bien empleado les estaba. ¡Ojalá les cayeran treinta años! ¡Si por él fuera...!

—¡Pobre mujer, qué daño les habría hecho...!

El gitano se volvió encendido y su bastoncillo de fresno cruzó por los aires, al otro lado de la cocina. María se tapó el rostro con ambas manos y volvió a reinar el silencio, solo interrumpido por el rumor de los sollozos.

Casi nadie segó, ni trilló ni aventó aquel verano. Solo a Gregorio, el del almacén, le llegó a granar el centeno. Los aparceros de doña Constanza comenzaron a preguntarse con qué le pagarían. Los hombres, como los habitantes del río, parecían

presos en un sueño estival, mudos y quietos en espera del otoño. Nada cabía hacer; solo esperar. Únicamente los de la mina trabajaban, y aun así, era preciso detenerse cada cuarto de hora. La máquina se recalentaba y no podía seguir girando, vibrando, taladrando. Negros, perlados de sudor bajo los amplios sombreros de paja que llevaban encasquetados sobre sus pañuelos, los hombres se turnaban. Siempre había alguno bajo el cobertizo de escobas. La perforadora trepidaba como un infierno, trepidaba clamando, como si fuera a romperse, pero Juan la mantenía quieta, hincada en el suelo sembrado de mica deslumbrante. Desde que el *Rojo* mayor faltaba había ascendido él a picador de primera.

El aire abrasador, cargado aún de polvo, parecía pasar al interior del cobertizo cuando el capataz dio la hora golpeando la lata de petróleo. Ninguno tenía ganas de comer y las tarteras quedaron en un rincón. Solo destaparon las botellas de vino.

—Está caliente...

—Del tiempo.

—Este verano nos morimos aquí todos.

Juan dio un golpe amistoso en el hombro de Dámaso al tiempo que le ofrecía la botella.

—¿Quiere usted un trago? ¡Buen tiempo para andar en bicicleta!

—Menos mal que viene al amanecer y se va de anocheada —comentó el capataz.

Dámaso no hizo comentario alguno. Bajó la botella y se tumbó en el suelo, descansando la cabeza en la chaqueta doblada.

—Ya pasé yo una vez más calor que esto.

Juan miró a Baltasar con ojos incrédulos.

—¿Más calor que esto?

—Sí, señor. Más calor que esto —repitió—. En Jaén, antes de la guerra.

—¿Y qué hacía usted allí?

—Poniendo balasto en la vía del tren.

El muchacho se recostó en el suelo, displicente.

—¡Si entonces no había tren!

—¡Claro! ¡Como que lo estábamos poniendo nosotros!

Los tres, tumbados, miraban el techo. El sudor había pegado a sus espaldas todo el polvo, toda la suciedad del suelo. El capataz, el único que no se quitaba la camisa en todo el día, comía pausadamente, escuchando desde su rincón la conversación de Baltasar y el muchacho.

—Estábamos a cuarenta kilómetros del pueblo más cerca.

—¡Muchos kilómetros son esos!

—¡Te digo que no había ni un alma! —replicó Baltasar amoscado—. Teníamos la comida y el agua y todo... Agua era lo que nos faltaba. La teníamos racionada como en el frente. Ni lavarnos podíamos.

—¡Buena vida!

—Por la noche hacía un frío que te helabas. Yo bien creí que no salía de aquella.

—¡Pues salió...!

—¡Hombre, ya me ves! —echó un segundo trago—. ¡Aquello sí que era infierno!

—Ahí, ahí acabará usted.

—Allí acabaremos todos.

Dámaso dio una vuelta sobre sí.

—¡Ni con este calor podéis callaros...!

—¿Qué le pasa a usted?

—¡Que te calles! ¡Eso me pasa!

—Vaya, hombre —replicó Juan—. ¡Qué día amanecerá usted de buen humor!

Dámaso no tenía ganas de enzarzarse con el muchacho y cerró de nuevo los ojos, intentando dormir. Al otro lado de la pared de adobes, entre los sucios pajonales de la sequía, las cigarras alzaban su chirrido estridente. El capataz guardó su tartera en la bolsa.

—Yo también estuve en Andalucía trabajando —comenzó bajando la voz para no molestar al que dormía.

—¿En Jaén? —preguntó Baltasar.

—En Linares. En las minas.

—Aquello también será bueno.

—Allí era agua lo que sobraba.

—¡Menos mal!

—Como que nos llegaba hasta la cintura. Teníamos que trabajar con una faja liada a los riñones.

—¿Por qué? ¿Por el frío?

—No. Salía templada. Llevábamos faja por la humedad, por el reuma.

—¿Qué sacaban de allí, don Ángel?

—Sacábamos estaño. Poníamos el cartucho en el túnel y ¡hala!, afuera. Después que estallaba veías brillar la veta como si fuera papel de plata.

—¿Y ganaban mucho?

—¡Vaya! —hizo un gesto vago con la mano—. Para lo que daban a los otros, no nos pagaban mal. Comparando, más que ahora.

—Entonces, ¿por qué se vino usted?

—Cuando empezaron el Metro en Madrid, se vinieron muchos. Aquello era muy insano.

Quedaron todos en silencio. En tanto el capataz encendía su cigarro, el muchacho acabó por dormirse, y Baltasar, luchando con el sueño, intentó probar un barbo que Elena le había preparado. Comió un pedazo y lo volvió a la tartera, tras vaciar por completo la botella de vino. Luego se tendió también.

Elena decía que lo del niño iba bien. Pronto, en cuanto naciese, podrían prohijarlo, si es que Agustín seguía obstinado en no casarse, lo cual era más que probable. Las mujeres siempre acaban consiguiendo lo que se proponen. A él ni se le hubiera ocurrido decírselo a Inés, y, sin embargo, de seguir las cosas así, gracias a

Elena tendrían un hijo. Ella sí se atrevería a pedírselo, y lo haría en el momento adecuado, no antes. ¡Pensar que él siempre la había tenido por tonta!

Días antes de marchar el huésped de Zoilo a Madrid, viéndole charlar con la muchacha había llegado a inquietarse. ¿Sería capaz de cargar con ella?

Lucas, todavía... Siempre anduvo cortejándola y para él no había muchas donde escoger, pero el otro, Miguel, no era de sentido común que la quisiera, a no ser que, enfermo como estaba, lo mismo le diera una que otra. Puede que solo buscase una que le cuidase; pero si se casaba, seguro que se quedaba con el hijo.

No, no se casaría. Había vuelto muy mustio del entierro del tío, y más delgado. Ya no era un secreto para nadie que estaba enfermo como el *Rajo* pequeño, y que si Zoilo le aguantaba en casa, era porque le dejaba sus buenos cuartos. Había traído de Madrid una caja de pañuelos nuevos para que Soledad no tuviera que lavarlos. Unos decían que no tenía remedio, que iba a morir allí mismo el día menos pensado, y otros, la mayoría, que estaba esperando hasta finales de agosto para ponerse en cura, para operarse. Ahora se dejaba ver menos. Ya no daba las largas caminatas de antes todas las mañanas, sino que se quedaba sentado, charlando con Zoilo a la puerta de la casa.

Lo de Lucas pudo acabar peor. Un día, aprovechando la ausencia de Miguel, preocupado por su amistad con la muchacha, se presentó en casa del padre para hablar con él, pero solo encontró a María.

—No está —le dijo—. ¿Querías algo?

—Unas palabras.

—No tarda mucho ya. Espérale.

El hombrecito dudaba, sus ojos clavados en el suelo. Al cabo de un instante alzó las manos gordezuelas en un gesto de desaliento.

—Bueno, otra vez será.

—Te advierto que está al caer —y, como aún dudaba añadió:

—Anda, pasa...

Lucas obedeció.

—¿Qué? ¿Cómo va esa achicoria?

—Mal. Hace desde marzo que debía haber ido a Madrid.

—No te quejes. Peor estamos los demás.

Lucas la miraba. Siempre le hablaba así, en un tono entre burlón y campechano.

—¿Te traigo un vaso de agua?

—Sí; estoy sudando.

Si consiguiese quedarse a solas un rato, puede que se serenara antes de llegar el padre. Le veía casi todos los días en el campo, en la tertulia con los demás viejos, al pie de la muralla, pero allí era distinto.

La bomba retumbaba en el porche del corral; el agua del pozo caía en la jarra.

A María también la veía a menudo, y también su presencia le intimidaba. Maldijo su corazón, que ahora batía acelerado.

—Aquí está el agua. Alcánzame ese vaso.

Bajó un vaso de la repisa y la muchacha le sirvió un chorro transparente que heló el cristal entre sus dedos.

—¿Está buena?

—Está muy fría.

No se iba aquella angustia. Apuró el resto de aquel agua que quemaba la garganta y quedó mirando el fondo del vaso. Si conseguía no pensar en ella, no pensar siquiera en el padre, el corazón se apaciguaría. Como unos nacen ciegos o tuertos, o con una pierna corta, a él le había tocado un corazón que se desbocaba al menor sobresalto.

María no podía adivinar el asunto que le traía. ¿Qué diría cuando lo supiera? Tenía que hablarle; no quería quedar callado, hecho un imbécil. Los ojos de la muchacha estaban clavados en él, como los suyos en el fondo del vidrio.

—¿Te casas?

—El mejor día. ¡Buenos sois los hombres! ¿Y tú?

—Yo cuando encuentre con quién —le salió una risita hueca, mucho más estúpida que su silencio.

—Pues en este mismo pueblo conozco yo a más de una que...

Ya se estaba burlando. Ahora lo hacía francamente, sin recatarse. Era como su madre, cuando tras muchos rodeos acababa echándole en cara alguna falta. Lo que más temía eran los primeros momentos, la incertidumbre, la primera carga... Luego, cuando la bronca comenzaba, él ya sabía defenderse, y hasta su timidez era más fácil de disimular.

Ahora, cada vez que María le hablaba, él tenía preparada su respuesta. En aquellos momentos era la suya una serenidad turbulenta que le arrastraba a decir cosas que en su sano juicio no hubiera mentado siquiera, palabras que, recordadas más tarde, le parecían imposibles en su boca. Su ciego afán de sentirse protegido, su infantil deseo de que la gente le quisiese, se tornaba orgullo socarrón, áspero, hiriente, y, a veces, en un brevísimo tiempo, su lengua se convertía en lo que él hubiera deseado ser.

—A ti lo que te hace falta es una novia.

—Y a ti otra cosa que sé yo.

—¿El qué?

—Bien lo sabes tú: lo que a todas.

—¡Vaya cosa!

—Un tío...

—¿Como tú?

María en otra ocasión se hubiera echado a reír, pero los ojos del hombrecillo se hallaban fijos en ella. Se habían vuelto las tornas. Lucas, por un instante, parecía haber dominado su timidez, su miedo. La sombra había borrado su cuerpo rechoncho, sus manos regordetas, las piernas cortas, que, sentado como se hallaba, no le llegaban al suelo. Todo él era su voz oscura, cascada, torpemente zumbona.

—A las mujeres os daba yo en qué trabajar de la mañana a la noche, ya verías cómo no andabais todo el día pensando en casamientos.

—¿Por qué?

—Porque como no hacéis nada, el cuerpo os pide juerga, y así andáis.

—¿Cómo andamos?

—Tras de los pantalones.

—Yo solo ando tras los míos.

—¿Tras los de Agustín?

—¿Qué Agustín?

—¿Qué Agustín va a ser? ¡Tu novio!

—¿Mi novio? ¡Será el de Inés!

Eso le pasaba por pensar constantemente en lo mismo. Aun cuando hablaba de otras cosas, siempre estaba aquello allí, en la cabeza, dándole vueltas. No respondió. Había sido suficiente el nombre de la muchacha, traído en la oscuridad, de improviso, para echar por tierra sus ánimos, toda su entereza. Temía que la voz le traicionara. Si María se echaba a reír tendría que marcharse.

—¿Qué te pasa que te has quedado tan mustio?

María no era tonta. Ahora, que el momento había pasado, se aprovechaba. Sería capaz de reírse a su costa, hasta delante del padre cuando este se presentase.

—Anda, tráeme otro vaso de agua.

—En seguida —no se movió.

—¿No vas?

—¡Si está aquí la jarra, hombre! Acerca el vaso.

Quedó con el vaso en la mano, recortado por la diáfana claridad de la cortina, y sintió cómo le examinaba de arriba abajo la mirada de la hermana.

—Tienes razón.

—¿En qué tengo razón?

—Lo que a mí me hace falta es un hombre como tú.

Bebió con ansia el agua, que de puro fría le hizo toser. Intentó hablar de otra cosa.

—¿Estás sola?

—Está Inés arriba. ¿Quieres que la llame?

—No, no, déjala.

—¡Cómo odiaba a las dos en aquel momento! Los perros ladraron en el corral y el padre apareció en la puerta. Espantó las moscas a su alrededor. Con aire cansado fue a sentarse en el hueco de la ventana. El resplandor de la cortina dejaba en la sombra su rostro.

—¡Qué tiempo! —apartó la tela y un viento cálido le dio en la cara—. Ni respirar se puede.

Fuera, en el montecillo, la racha agitó la plata bruñida de los olivos.

—Quítese de ahí, le van a comer las moscas —exclamó la muchacha.

El viejo fue a sentarse junto a Lucas.

—¿Qué te trae?

—Pasaba y entré.

—Quiere hablar contigo —cortó María, al tiempo que se marchaba—. Ha estado esperándote.

La puerta quedó entreabierta.

—Tú dirás lo que quieres.

Con Julián se entendía mejor. Con los hombres era más fácil entenderse. El viejo apoyó sus manos velludas en las rodillas, mirándole de hito en hito. Cuando Lucas explicó su pretensión, le miró largamente sin responder. Lucas estaba dispuesto a casarse, a cargar con el niño, a romper con su propia madre si era preciso. Deseaba una mujer, deseaba a Inés, y estaba dispuesto a conseguirla por encima de todo.

—Eso es cosa suya.

—Pero usted la obliga si quiere.

—Yo no puedo obligarla a nada. Hay días que ni siquiera nos hablamos —bajó apesadumbrado la cabeza—. Si me hubiera hecho caso antes, mejor andaríamos, pero cuando falta la madre ya se sabe...

—Yo tengo dinero. Podríamos irnos a otro sitio, si es que ella no quiere vivir aquí. Al otro lado de la vía hay mucha gente que se va, que está vendiendo las tierras por lo del pantano. Nosotros podríamos hacer lo mismo. En cualquier sitio se puede hacer dinero fuera de aquí.

El viejo posó una de sus manos sobre la otra, regordeta, del pretendiente.

—Yo, por mí, te la daba, pero ya la conoces; es mejor que hables con ella.

—Otro día.

—Cuando quieras.

La hoja de la puerta se deslizó suavemente y Lucas pudo oír cómo la escalera crujía al otro lado del tabique.

—Es María que sube —dijo el viejo.

María entró en la alcoba de Inés.

—Oye, te están buscando.

—¿A mí?

—Sí, a ti.

—¿Quién? —clavó la aguja en la ropa que estaba bordando.

—Baja y lo verás.

—¿Quién es?

—Tú baja —insistió María.

La muchacha se movía pesadamente. Bajó con gran trabajo y entró en la cocina. Los dos hombres la miraron en silencio y por un instante nadie habló palabra. Al final pareció que Lucas fuera a decir algo, pero no hizo más que despedirse y salir.

Ahora había tenido una magnífica ocasión. Con el padre delante, puede que hubiera acabado cediendo. Era un imbécil, un cobarde. Como su madre decía, nunca conseguiría nada de las mujeres. Cuanto más las conocía, más las odiaba, porque

siempre, aun sin proponérselo, acababan humillándole.

Los volquetes vacíos se deslizaron velozmente sobre la estrecha vía, hundida en el polvo blanquecino, hasta alcanzar el tope, quedando inmóviles, con estrépito ensordecedor. Dámaso y Baltasar hincaron los talones en tierra y fueron empujando hasta el vertedero el último volquete cargado de cascotes. Allí los rieles quedaban al aire sobre el talud rojo.

—¿Qué tal el crío?

Dámaso alzó la cabeza.

—¿El pequeño? Ya está bueno.

—Dice mi mujer que a ver si lo traes un día.

—Un día de trabajo tendrá que ser.

—Lo pones en la bici. No te pesará mucho.

—No; pesarme, no.

—Dice que como es la madrina quiere conocerlo.

—Ya lo traeré.

Hicieron un esfuerzo y la carga basculó, derramándose por la ladera, alzando una densa nube de polvo gris, que tardó en borrarse sobre la llanura.

XIX

Vino carta de Madrid para Inés. A la tía le remordía la conciencia desde que la muchacha se había marchado. No podía conciliar el sueño por las noches. Había conseguido de Agustín que accediera a dar su nombre al niño y le rogaba que volviera. Estaría mucho mejor atendida que en el pueblo.

—Serás bien tonta si no vas —aconsejó María—. Además, una vez allí, cuando vea al niño, vete a saber, igual acaba casándose.

—No; no voy.

—¡Pero tú estás loca, muchacha! Por lo menos, ya que te lo hizo, que cargue él con los gastos.

Inés no respondió. Estaba pensando en su padre, en los ojos que a veces se le humedecían, en el cano bigote que secaba con el borde la mano. Por él hubiera sido capaz de volver a Madrid, de matar su orgullo ante el primo, ante la tía Fe.

—Yo cogía el tren mañana mismo y me plantaba allí.

María intentaba a toda costa alejarla del pueblo, a pesar de que su novio seguía sin aparecer. Llevaba un tiempo apaciguada, pero aquella carta había traído para ella nuevas esperanzas y no tardaría en ir con el cuento al padre. Este no haría ningún comentario, pero si ella se obstinaba en quedarse, estaría siempre reprochándoselo, a su manera, silenciosamente. Arrugó el papel en la mano. De haber sospechado el mensaje que llevaba, no hubiera abierto la carta en presencia de María. Ahora que las vidas de los demás parecían haber vuelto a su cauce, ahora que el mundo a su alrededor se había serenado, aquellas líneas podían volver a enturbiar los ánimos.

Lucas no había aparecido desde la entrevista con el padre, ni siquiera la saludaba cuando se cruzaba con ella, y Miguel parecía distinto cuando algunas tardes, a la hora del crepúsculo, la encontraba junto al río. Hablaba de cosas sin sentido, de cosas que al menos ella nunca llegaba a entender, pero que debían encerrar un triste significado, a juzgar por el tono de su voz. A veces ni se atrevía a mirarla con franqueza. Los días anteriores al viaje habían quedado atrás, borrosos, desvanecidos. ¡Aquel día de Viernes Santo, cuando la llevó a casa, cuando la tuvo tan cerca, deshecha en lágrimas, en la oscuridad del porche; cuando quiso pegar a Lucas...! Ahora, junto a ella de nuevo, no había vuelto a mencionarlo, parecía que su breve ausencia hubiera creado una barrera entre los dos. Miraba, hora tras hora, el curso lento, casi imperceptible del agua, hablando de su niñez, de su vida, como si su anterior tiempo en el pueblo no existiera.

Rasgando la carta la arrojó al fogón. Una pequeña llama se alzó al instante, consumiendo las letras. A medida que la fatiga aumentaba, según el tiempo transcurría, iba quedando a solas con el niño. Ya le sentía moverse claramente. En sus piernas brotaba una fina red azul, sanguinolenta; pero, por encima del dolor, de la piel que se deshacía en grietas como el lecho del río, por encima de las náuseas violentas que la arrojaban en la cama, iba surgiendo lento, fatal, el deseo del hijo, que, como el

hijo mismo, vivía en ella con más fuerza cada día. Un niño solo de ella. El padre, María, Agustín, nada valían ya a su lado. Desde que lo quería, los insomnios eran más cortos, y la cabeza permanecía serena durante días enteros.

No, no iría a Madrid; si acaso, más tarde, luego, cuando muriera el padre, cuando María trajera otro hombre a casa. Podría vivir en Madrid, trabajando en algo que le buscara la tía, pero ahora quería que el niño naciera allí, lejos de doña Fe, de Agustín, de todos, a solas con la mujer del capataz, la de las manos hábiles, menudas...

Del portal llegaba un murmullo de voces. María hablaba con alguien. Bajó y encontró a Elena sola. María acababa de marcharse.

La mujer de Baltasar la miró con tristeza.

—Ya me ha dicho María que te vas.

—¿Que me voy?

—A Madrid.

—No le hagas caso.

—¡Qué mentirosa eres! —el rostro, quemado en las comisuras, se arrugó.

—No. De verdad. No me voy.

—Eso dices, pero, ¿y la carta?

¡Qué fácil le era a María irse de la lengua! Quizá pensaba que por decírselo a los demás acabaría convenciéndola.

—Lo de la carta es verdad, pero no me marcho.

—Entonces, ¿por qué me lo dijo tu hermana?

—Porque ella es así. Le gusta ir enredando las cosas.

Saliendo, un hálito abrasador envolvió a las dos mujeres, que alzaron sus negros pañuelos hasta los ojos, cubriéndose la cara totalmente. La voz de Elena vino ahora más tenue, agradecida.

—¿Dónde vas con este calor?

—Hasta la muralla.

—¿Con este calor?

—Es que me han dicho que ande.

—Pero a estas horas...

La pared blanqueada de la escuela reverberaba bajo el tejadillo de paja podrida que cubría la cancela.

—¿Nos paramos un poco ahí, a la sombra?

Se detuvieron junto al ventanal. Las aguas caprichosas del cristal desfiguraban el interior, envuelto en la sombra. No obstante se adivinaban los rústicos bancos polvorientos, los punteros apiñados en un rincón, la mesa del maestro y un mapa de vivos colores.

Las dos mujeres vieron allí al hijo entre los otros chicos, con su libro de gruesas letras sobre las rodillas. Estaba en un rincón con los párvulos. La maestra le había puesto el primero del banco, porque era el que más letras sabía. El maestro le llamaba a la tarima, y en presencia de todos le hacía leer en un libro de rojas tapas que tenía

cintas de seda para señalar las páginas. Ya estaban en pie, rezando. Después cantarían el himno nacional y les dejarían sueltos.

—¿Seguimos?

—Sí, vámonos.

Las dos siguieron andando y ninguna dijo nada hasta llegar a la fuente. Esta era ya solo un débil hilo de agua que se deslizaba por el caño de bronce, sin fuerza, como un residuo. A partir del pilón una hilera interminable de cántaros y latas se alejaba hasta casi tocar la sombra, donde unas cuantas mujeres aguardaban pacientemente su turno.

—Ya no sale casi...

—Pues el día que esta se acabe, veremos dónde hay que ir a buscarla.

—A los pozos.

—La que lo tenga.

El cántaro, que reposaba bajo el caño, rebosó, y una anciana vestida de negro fue a apartarlo.

—Corra, corra usted, que se sale.

La vieja apretó la marcha, refunfuñando. Alzó el cántaro con gran trabajo y el agua del grifo cayó en el vacío. Una de las mujeres que aguardaban en la sombra gritó:

—¡Arrime usted el mío!

—Ven tú a arrimarlo, que buenas piernas tienes.

Las otras rieron. Todas llevaban allí más de una hora, y algunas hasta dos, y las últimas de la fila dejaban el cacharro y volvían al cabo de un rato.

—Dicen que cuando acaben el pantano habrá aquí agua para todos.

—¿Qué pantano?

—El que están haciendo al otro lado de la vía.

—¿Y desde allí van a subir el agua?

—Claro.

—¿Quién lo ha dicho?

—Lo dijo Gregorio el otro día.

—¡Tú fíate de Gregorio!

—¿Y cuándo lo terminan?

—Dentro de tres años.

—Para entonces ya nos hemos muerto...

Todas callaron. Más arriba, al otro lado de la iglesia, rechinó la verja de doña Constanza. Apareció esta amparada en un viejo quitasol, seguida del hijo. Caminaba trabajosamente y, cuando al aparecer detrás del campanario, comenzó la cuesta, la vieron detenerse, dudar un momento.

—Pero, ¿no decían que estaba tan mala?

—Ya hace dos días que le quitaron las vendas de la cabeza.

—¡Buena la hizo el *Rojo*! Si la acierta, la deja en el sitio.

Subía con gran fatiga. El niño llevaba un par de velas envueltas en papel de periódico.

—Ni con el golpe se le pasó la manía —exclamó la madre de Lucas, viéndola encaminarse al cementerio.

—¡Para lo que tiene que hacer!

—¡Como a ella no le falta el agua en casa!

La viuda siguió subiendo. Sobre las tapias del cementerio parecían danzar, borrarse ante su vista, los troncos negros de los olivos. El camino, horadado en su centro por las aguas de la primavera, se hallaba repleto de guijarros, rojos, azules, redondos. Era preciso pisar un poco más arriba, pero los zapatos resbalaban sobre la hierba. Al niño le falló el pie y cayó sentado.

—Mamá, mamá, mira —le mostraba las velas partidas en la mano, los trozos unidos por la mecha.

—Sube, hijo, sube.

La puerta ardía. La madera se había vuelto gris, brillante, curvándose en el quicio, entre las zarzas gigantes que parecían defenderlas. La hoja cedió y, tras ella, como de la boca de un horno, surgió una vaharada que olía a broza consumida. La vegetación, que envolvía antes las cruces hasta casi cubrirlas sobre las tumbas, no era ya sino una selva de palitroques amarillos que a veces restallaban como apagados pistoletazos. La viuda avanzó, con el niño siempre en pos de ella, partiendo los tallos, envueltos ambos en el sonoro zumbido de los moscardones.

—Mamá, vámonos.

El panteón estaba sucio, polvoriento. La plata de los dos corazones de Jesús y de María estaba mate, amarilla; y los paños, que con tanto primor había bordado para el altar, se hallaban por el suelo, entre los remolinos de hojas y flores secas que el viento había formado en los rincones. Una gruesa araña tejía pausadamente su hilo desde las letras doradas del difunto hasta la talla de un reclinatorio. Solo el retrato, en medio de tanta ruina, se mantenía intacto, ufano, como el difunto en su traje de gala, mirando ante sí la miseria, la sequedad de los cardones, de las frágiles escobas.

Una libélula apareció sobre la pared y cruzó zigzagueando entre la amarilla vegetación hasta posarse en una fina caña.

—Mamá, me voy —el niño espiaba al insecto.

—Ven aquí, que nunca rezas por tu padre.

—Hace mucho calor... —oía a su madre dentro del panteón, trabajando febrilmente. Apareció con el vestido sucio, manchado de polvo, con una sutil telaraña prendida en el pelo.

—Ven aquí.

—Tienes una telaraña en la cabeza.

—Ven aquí a rezar.

Rezaron los dos, arrodillados en los reclinatorios. La viuda había hundido el rostro entre las manos.

—¡Señor, Señor —clamaba para sí—, te prometo no pecar más! Tú me castigaste. Quiero salvarme. Te prometo no ofenderte más —se enjugó el rostro y miró el retrato del difunto.

¡Si él hubiera vivido! Se fue consumiendo en casi un año que estuvo en cama. Ella, por las noches, cada vez que le veía cerrar los ojos, cansado, rendido por la fiebre, se abrazaba a él, como si fuera a expirar, y no consentía en separarse hasta la madrugada.

—No me dejes, no me dejes sola —le decía.

Cuando murió, el médico que vino a certificar la defunción tuvo que amenazar con traer a los guardias para que accediera a enterrar el cadáver. A pesar de ello, le tuvo tres días amortajado en el lecho, vestido con su mejor traje, con el traje de boda.

Enjuto, reposando entre las flores, entre las coronas de crisantemos que doña Constanza mandó traer de Madrid, a la luz de los cirios, su rostro afilado parecía más joven aún. Se había pasado horas enteras besando las manos frías, de las que colgaba un rosario de nácar.

Él había plantado las lilas del jardín, los parterres de trébol —ahora sembrados de calvas por el agua sucia que sobre ellos volcaba la criada— y las cuatro palmeras enanas, cuyas hojas, desgarradas en hilachas amarillas, no bastaba a regar el húmedo polvillo que saltaba del surtidor.

Para comprar la fuente marcharon los dos a Madrid. Nunca, en toda su vida, ni cuando su padre la llevaba de niña, lo pasó tan bien como entonces. A su vuelta, hasta el pueblo se le antojó más agradable. La gente parecía respetarla más por aquel entonces, y así fue, en tanto vivió su marido.

¡Cómo le cuidó al caer enfermo! Día y noche pegada a la cama. Leía el periódico de arriba abajo en busca de los anuncios de nuevas medicinas. Pastillas, jarabes, inhalaciones, todo lo intentó. Y él, que era médico, por no desengañarla, todo lo tomaba, aunque bien sabía que para nada le había de servir. Dios se lo llevó a los dos años de matrimonio, cuando más le quería, cuando más le necesitaba, y la había dejado sola, indefensa, a punto de dar a luz, perdida en un pueblo miserable.

Se miró las manos, negras del polvo que el sudor había fijado en ellas. En la cadera, en la espalda, las ballenas del corsé laceraban su carne como un cilicio.

—¡Carlos! —llamó—. ¡Cariños! —miró a su alrededor, pero el niño no estaba allí.

El niño había salido del camposanto y, trepando monte arriba, llegó hasta el límite del pueblo, allí donde la muralla no era sino un montón de escombros y sillares derruidos. Al otro lado la tierra se tomaba rojiza, limpia de maleza, poblada simétricamente de troncos enanos. Entre la sucia cal de la muralla pasó veloz una lagartija. El chico la siguió con la vista. A sus pies, bajo el polvo, un cortejo de hormigas rojas, de largas y velludas patas, arrastraban el caparazón vacío de un alacrán. Más allá de las casas, el río lucía, diminuto, como un rosario de charcos de plata. Llegaban las voces de otros chicos que se perseguían a través de los juncos, y

una golondrina se zambulló en la pesada atmósfera, a ras de tierra.

Bajó, siguiendo la muralla hasta la primera puerta, y desde allí se acercó a los chicos que se divertían arrojándose unos a otros un pez dorado y palpitante. Se detuvieron un momento, viéndole quieto a prudente distancia, y uno hizo intención de echárselo, pero el que lo había pescado protestó:

—Venga, tráelo, que es mío.

—¡Qué va a ser tuyo!

—¿Que no?

Se enzarzaron en una disputa que terminó a golpes. Cayeron entre los juncos. Aunque no se les alcanzaba a ver se oían sus blasfemias y los gritos de los demás, azuzándoles.

Río abajo, en una profunda charca, pescaba el hijo de Alejandro. Él también andaba siempre solo. El gitanillo mantenía tensa la cuerda sobre el corcho pintado de rojo que flotaba en el agua.

—¿Es tuyo?

—¿El qué? —alzó la cabeza rizada de menudos caracoles.

—El hilo —respondió el hijo de la viuda—. ¿Quién te lo ha hecho?

—Mi padre.

El corcho se hundió un instante, pero cuando el gitanillo dio un tirón, el anzuelo salió vacío, sin gusano siquiera.

—¡Se comió el gusano!

—¿A ver el anzuelo?

El chiquillo cetrino dejó que el otro cogiera el aparejo.

—¿Con qué lo ha hecho?

—Con un alambre.

Se lo devolvió en silencio y, tras clavar una lombriz, los dos esperaron pacientemente a que desapareciera el hilo. Junto a la orilla una nube de escarabajos alzaba velos de limo en el agua estancada. Por fin el corcho se hundió y el gitanillo sacó un barbo mediano.

—Aquí está, aquí está.

Se lo pasaban uno a otro, vivo aún, coleando en sus manos, hasta que el chico de Alejandro lo mató metiéndole los dedos por las agallas.

—¿Me lo dejas?

Al otro lado, entre los juncos, la gritería continuaba. Se alejaron. Al cruzar junto a la ermita, surgió la voz de María:

—¡Antonioooo...! ¡Ven aquí!

—Me llama mi madre —exclamó el gitanillo.

—Toma el barbo.

—Quédatelo si quieres.

—¿Me lo das?

El gitanillo se encogió de hombros y echó a correr, envuelto en el rumor de sus

largos pantalones de pana.

Cuando Inés volvió a su casa encontró a su padre sentado en las escaleras del portal, fumando.

—¿Dónde vas?

—Arriba.

Llevaban tres días sin hablarse. Inés pensó en la carta de la tía Fe. La había olvidado. Seguramente su padre quería hablar de ella.

—No subas.

—¿Que no suba? ¿Por qué?

—Está tu hermana llorando.

Se sentó a su lado, en el quicio, al vago resplandor de la luna que comenzaba a alzarse.

—¿Qué hiciste de la carta?

Inés dudó un instante.

—La quemé.

El padre no respondió. Un gato flaco, negro, se deslizó en silencio hasta los establos.

—Ya me ha dicho tu hermana que no vas a marcharte.

—¿Le parece a usted mal?

—Ni bien ni mal —dudó un instante—. Para mí las dos sois iguales. Tú sabrás lo que haces.

—¿Por qué está llorando ella?

El padre no respondió.

XX

El perro se detuvo, clavado en tierra, tendiendo el hocico sobre las matas de espliego, pero Zoilo, que miraba en el cielo el curso lento de un milano, no vio a tiempo alzarse la perdiz y marró el tiro. El eco del estampido se extinguió en la llanura. La leve, cálida brisa del crepúsculo traía un aroma a jara quemada. Echó fuera el cartucho vacío, emprendiendo el regreso al pueblo. La llanura, a veces cárdena, a trechos pajiza, le parecía un gran rostro picado de viruelas, con las manchas oscuras del tomillo horadándola hasta el infinito. En el cielo alto, cubierto de blancas volutas, el ave se cernía.

—Toma, toma —llamó al perdiguero.

Antes de llegar al puente se encontró con Miguel, que, viéndole con la escopeta, le preguntó si había matado algo.

—Ni un ala.

—Aún no levantaron la veda.

—Lo mismo da. ¡Para lo que hay!

Los dos hombres cruzaron ante la ermita y el gitano hizo un medio saludo, al que solo el más joven contestó. En el socavón de la muralla tres viejos refrescaban, bebiendo blanco con limón de una botella. Uno de ellos —el abuelo de Elena—, llamó a los dos, mostrándoles la botella.

Desde aquella altura, con el sol próximo a desaparecer, ondulaba la tierra hasta el perfil azul, montañoso del horizonte. Zoilo se sentó junto a los otros. Con la escopeta sobre las rodillas, encendió un cigarro. Los viejos continuaban charlando.

—¿De quién hablan? —preguntó.

—Del gitano —le respondieron.

—Ahí abajo le dejamos nosotros.

—Por lo visto ha tenido una mujer en casa, con María.

—¿Qué mujer?

—Una de las que trajo el señor Ferrer. La de los muñecos. No hace ni una semana que la vi marcharse yo.

—Según dicen —terció el padre de Zoilo— la trataba a cuerpo de rey. De noche echaba a María a dormir con los críos, y se quedaba con ella.

—Pero, ¿el señor Ferrer no se llevó con él a las dos mujeres?

—¡Quía! Hicieron un arreglo. El gitano le daba pienso para las mulas y el señor Ferrer le dejó la mujer.

—¡Bueno era también ese!

Ahora, que la llanura se iba tornando cenicienta, brillaba en lo alto una nube minúscula, deshilachada.

—Alejandro acabará mal —sentenció una voz.

—¿Por qué? —preguntó Zoilo.

—En mi vida vi hombre más loco por las mujeres.

La cinta recta, clara, de la carretera se animó a lo lejos. Una nube de polvo se alzó en su límite y vino acercándose, mientras el ruido de un motor se hacía cada vez más potente.

—Es el coche de Luis.

—Traerá el correo.

—¿A estas horas?

—Traerá algún encargo para Gregorio.

El automóvil venía dando tumbos, renqueando, y cuando enfiló la cuesta pareció que no la podría remontar. Al fin se detuvo ante el grupo.

—¿Pueden decirme dónde está la fonda? —preguntó una voz desde dentro.

Le indicaron el almacén de Gregorio, y el coche aceleró.

—Espere, espere —ordenó la misma voz al chófer—, voy a bajarme aquí. Usted siga y espéreme donde dicen estos amigos.

La portezuela se abrió, apareciendo un hombre de mediana edad, vestido con un traje cruzado, zapatos negros y un sombrero marrón, grasiento, en la cabeza.

—Buenas noches, señores.

Zoilo, los viejos y el resto de los hombres que se habían acercado al rumor del auto, respondieron. El viajero hizo una pausa, examinando los rostros de una rápida ojeada.

—¿Podrían decirme, señores —continuó el desconocido en tono cordial—, quién de ustedes es el presidente de este pueblo?

—Servidor —gritó una voz.

El viajero vio un hombre menudo, cetrino, que en aquel momento cruzaba la puerta de la muralla.

—¿Es usted el presidente?

—Para servirle.

—Yo soy uno de los contratistas de la mano de obra del pantano. ¿Saben qué pantano es?

—No.

—¿No han oído hablar de él? —preguntó con extrañeza.

—Sí. Algo sabemos —replicó Zoilo.

—Lo están haciendo al otro lado de la vía. Casi en la raya de la provincia.

El contratista hizo una nueva pausa. Había sacado un *Faria* del bolsillo y lo estaba envolviendo con cuidado en dos papeles de fumar. Parecía haber olvidado por un momento a los hombres que le contemplaban. Al fin se llevó el puro mojado a los labios y lo prendió.

—Yo quería... —dio una chupada— haber tratado esto con más calma —se dirigía tácitamente al presidente—, con usted a solas, pero traigo mucha prisa y, además, es asunto que a todos incumbe —el cigarro se había apagado y tuvo que prenderlo de nuevo—. Al menos eso creo yo. Aquí, por lo que he podido ver desde el coche, tuvieron mala cosecha. ¿No?

Nadie respondió.

—¿Hay muchos pueblos cerca?

A poco llegaron de la mina, junto con el capataz, Juan y Baltasar, y también quedaron oyendo al forastero. La noche se echaba encima velozmente, pero nadie pensaba en marcharse. Surgió un lucero sobre el negro perfil de la muralla.

—¿Qué gana un peón? —preguntó uno del auditorio.

—Un peón, dieciséis cincuenta.

—¿Y a destajo? —preguntó Juan.

El capataz se volvió a mirar al muchacho.

—A destajo, veintiuna y pico.

Juan miró a Baltasar y luego al capataz, que a su vez tenía los ojos fijos en el hombre del puro.

Se acercó el chófer.

—Tiene usted la cena esperándole.

El capataz hizo ademán de que aguardase.

—Ya habrá tiempo de cenar. A ver si podemos acabar aquí esta noche.

Ahora, en la oscuridad, con la luna por salir, su voz sonaba sobre todos los rumores de la noche, entre las brasas de los cigarros que subían y bajaban, balanceándose en el aire. Estaban haciendo un gran pantano, una gran presa que daría agua y luz a la provincia entera. Era preciso construir el dique, y puentes y carreteras nuevas, porque el agua, al subir, anegaría las antiguas. Andaban escasos de mano de obra. Los pocos hombres con que contaban se iban todos los veranos por el tiempo de la cosecha. Pero allí no había trigo, ni centeno que recoger. Todo quemado.

—¿Hay buenos carpinteros en este pueblo?

—Sí; los hay.

—Los que tenemos nosotros han venido de Madrid. Nos cuestan casi setenta pesetas diarias entre dietas y puntos.

Todos los hombres estaban ya allí. Las pequeñas brasas en el aire se habían multiplicado. A veces una llama surgía alumbrando el rostro de alguno que prendía un nuevo cigarro. El contratista acababa de explicar que cualquiera de los que allí se hallaban podía ganar setenta pesetas diarias con un buen animal de carga, acarreando piedra para el firme de las carreteras.

Zoilo acarició la suave cabeza del perdiguero, que dormitaba a sus pies.

—¿Qué le parece a usted? —preguntó al abuelo de Elena, que escuchaba en silencio a su lado.

—Que antes de que termine la semana nos quedamos tú y yo solos en el pueblo.

Alrededor de las doce acabó el contratista de hablar. Se puso otra vez la chaqueta, de que se había despojado en el calor del discurso. Después de desear a todos por segunda vez buenas noches, desapareció camino de la fonda.

Los primeros en desfilar fueron los viejos. Los jóvenes tardaron más. Al final solo quedaron Zoilo y Baltasar. Zoilo bostezó. Al cabo de un rato, preguntó al otro:

—¿Qué vas a hacer tú?

—Marcharme.

—¿Y el señor Ángel?

—¿El capataz? —se encogió de hombros—. Allá él. En cuanto cumpla la semana me marcho.

—¿Y Elena?

—Esa se queda aquí —hizo una pausa—. Juan dice que tiene que pensarlo, y de Dámaso no hay que hablar. ¡Con tal de no darle a los pedales todos los días!

Se alejó, desapareciendo bajo el arco de la puerta. Quedó Zoilo solo, con el perro a sus pies, la escopeta sobre las rodillas. La noche había estallado en todos sus cánticos y silbidos, en el croar furioso de las ranas a la luz enorme, hinchada, que comenzaba a alzarse. Un perro ladró tras la muralla. El perdiguero se agitó, gruñendo sordamente. Zoilo le palmeó el lomo.

Si Soledad no existiese, Zoilo también se marcharía, pero la muchacha quedaba sola con el abuelo, y el pobre estaba con un pie en la sepultura. Soledad se parecía a su madre, obstinada, débil de cuerpo, menuda. Por ello, por su cuerpo estrecho y enfermo, había muerto; por borrar el mal recuerdo de la primera mujer que no había sido capaz de darle un hijo.

Zoilo se había casado dos veces. La primera, a la vuelta de África, donde cumplió servicio cuando la guerra. Después de lo de Alhucemas, charlando sobre el regreso con un sargento, paisano de la provincia, este le había preguntado:

—¿Y tú, Zoilo, por qué no te casas?

Zoilo se había acariciado el mentón grande, negro de barba.

—Hay una en mi pueblo —prosiguió el otro— que a ti te convenía.

Zoilo no había decidido nada por entonces, pero cuando se fue retrasando la vuelta a España cayó enfermo. En el barracón de la enfermería, durante las largas tardes de fiebre, bajo el techo caldeado por el sol, se acordaba de su pueblo, del padre, solo tanto tiempo, sin poder atender ya a la tierra ni la casa.

Le repatriaron en un barco hospital destartado, que se agitaba como si fuera a deshacerse, donde, al decir del sargento, todos los días moría alguno.

—Te lo cuento porque tú ya estás como bueno. Me ha dicho el teniente que uno de estos días te dan el alta.

Al llegar a Cádiz, el capitán mandó tocar llamada. Formaron todos los que podían valerse.

—Un momento de silencio, hijos míos. Mañana cuando venga la junta de Sanidad y pregunte cuántos murieron en la travesía, decid que once —hizo una pausa, secándose el sudor de la frente con la bocamanga—. ¿Os acordáis bien? ¡Once! Si no iremos al lazareto y nadie sale de allí hasta dentro de cuarenta días.

Hubo poco recibimiento. Les llevaron a un cuartel y allí les entregaron dos duros

a cada uno, pero a Zoilo no le dieron el alta.

—Los convalecientes tienen que quedarse unos días.

—Mi teniente —se acercó—. A mí ya no me cura más que el aire de mi tierra — las manos y la voz le temblaban.

En las estaciones había damas de la Cruz Roja, que les ofrecían comida y tabaco. Poco a poco todos se fueron animando. Un viento suave hacía volar la paja del vagón sobre su cabeza, ahuyentando el calor y los mareos.

Encontró al abuelo tomando el sol en el socavón de la muralla, junto a la puerta grande, y tan delgado venía, que aquel no supo reconocerle.

Al año siguiente se casó. El sargento no le había dicho que su mujer tenía un chico en la Inclusa de Madrid. En el otro pueblo sí se lo dijeron, pero él entonces no hizo caso. Meses después tuvo que creerlo.

Su primera mujer había muerto a los dos años justos de la boda. Le dejó la casa y dos campos de olivos que compraron con su dote, pero no le había dado ningún hijo. Soledad nació de la segunda.

Se levantó y entró en el pueblo con el perro pegado a los talones. En la casa había luz. Seguramente Soledad estaba aguardándole. Se hallaba con Miguel cuando entró en la cocina.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

El huésped se despidió, subiendo al cuarto.

—¿Hasta ahora estuvisteis hablando? —preguntó Soledad.

—Hasta ahora.

—Ahí tienes la cena; yo me voy a la cama.

Soledad desapareció escaleras arriba, con la palmatoria en la mano.

Como Elena, como María, como tantas otras, pronto se casaría; pronto, a su vez, le abandonaría por cualquiera de los que la cortejaban en el oscuro callejón, frente a las cuadras. Algunos días, cuando volvía al anochecer, le era preciso dar un rodeo para no cruzar ante ella. ¡Si al menos supiese escoger! Por ella estaba trabajando, esforzándose en crear una riqueza que a la larga, irremisiblemente, acabaría dejándole a solas con el abuelo. Él mismo sería un abuelo con el tiempo, mas ahora se sentía fuerte todavía, joven, más joven que muchos con menos años que él, como afirmaba la viuda.

Después de cenar, colgó la escopeta en la bodega y salió. La calle amplia, silenciosa, abierta en un recodo frente a la enorme iglesia, aparecía envuelta en el halo enfermizo, amarillento de la luna.

Quizá no hubiera debido casarse nunca. Quería a Soledad, quiso a su madre, pero los días mejores de su vida los pasó en las dos guerras que había conocido. En África ya le ascendieron y en la del treinta y seis llegó a sargento. En África, a los quintos

les ponían una perra gorda entre la rodilla y el caballo. Al que se le caía le tocaba imaginaria, pero él se libró porque montaba muy bien, porque el abuelo siempre tuvo en su cuadra buenos sementales, y en la larga caminata que les dieron sostuvo la moneda quieta toda la tarde. Cuando le ordenaron desmontar tenía un cardenal en la pierna. Un buen jinete tenía que sujetar el caballo con las rodillas y ayudarle con el cuerpo al bajar por los taludes. Aprendió a la perfección los tres toques: marcha, pasitrote y repiquete. A los tres meses de cuartel le hicieron cabo.

Cuando el treinta y seis, estuvo en el Ebro, en Teruel y en la Universitaria. Fue una buena guerra. Desde Talavera hasta Madrid, siempre adelante. Allí les pararon. Allí ganó su galón, y fue de los primeros en entrar en la capital. Aún recordaba la Puerta del Sol llena de gente.

Si la guerra hubiera continuado, él hubiese seguido en el Ejército, pero todo acabó a los pocos días, y estaba Soledad, que entonces era una niña, a la que era preciso sacar adelante, aunque el abuelo siguiera trabajando.

A medida que el tiempo iba transcurriendo, le gustaba más pensar en sus dos guerras. Todos los años que vinieron luego no valían ni lo que un solo día de aquellos.

Un pequeño remolino se alzó en la calle desierta, recorriéndola en zigzag hasta morir en el pórtico de la iglesia. Ahora el viento soplaba del Norte, del montecillo de los olivos, y arrastraba el aroma penetrante de las lilas de doña Constanza. Allí estaba la casa oscura, rodeada de su verja labrada, encendida solo la alcoba, con una luz difusa, vacilante, y la puerta abierta, con la cadena sin echar, como otras veces.

La encontró de rodillas, de bruces sobre la cama, rezando ante una estampa de Jesús Nazareno que iluminaba un cabo de vela.

—¿Ya has venido?

—¿Qué haces así?

Oyó besar repetidamente la cruz y las medallas del rosario.

—¡No vengas! ¡No vengas más! —susurró.

Zoilo apagó la vela. La viuda temblaba como un niño pequeño. De pronto empezó a murmurar:

—Hay alguien ahí fuera. Está el niño mirando detrás de la puerta.

—¡Deja al niño en paz! ¡Está durmiendo!

—Te digo que no. Escucha...

Solo llegaba el rumor del agua cayendo en el pilón del jardín.

—¿Por qué te preocupas tanto ahora por el niño?

—Porque hace tiempo que está muy raro; desde que nos robaron. Don Luis dice que el que da escándalo a un niño se condena sin remedio.

—Está durmiendo.

—¡Si nos viera un día...!

—Calla...

—¿No has oído la escalera?

—Es el calor. Está seca la madera.

—Levántate y mira a ver.

Zoilo se levantó en la oscuridad y abrió silenciosamente la puerta.

—¿No hay nadie?

—Ni un alma.

—Mira a ver en el rellano.

Encendió una cerilla.

—Hay una caja de cartón, aquí en el suelo.

—¿Una caja? —preguntó doña Constanza atemorizada.

—Sí, una caja pequeña con un pez muerto.

XXI

Subieron desde el río. Quedaban durante la noche girando sin descanso en torno a las luces, para formar de día una nube negra. Hasta el interior de la iglesia invadieron las moscas, y la muralla hervía en sus mil orificios. Pero una invisible muerte debía amenazarlas porque, al poco tiempo de abandonar el agua, se las fue viendo languidecer, inmóviles, por las paredes, arrastrándose sobre la cal, sus alas paralizadas, pegadas al cuerpo. Verdes, azules, sus reflejos metálicos, la negra mancha de sus cuerpos ennegrecía los muros a la luz del día, subiendo penosamente hacia los techos, como si el mal que las diezmaba viniera de la tierra. Y al fin los suelos, las blancas tarimas fueron apareciendo sembradas de pequeños cadáveres, tiesos, anquilosados, hasta que toda la viva nube cayó a tierra. Fue preciso barrerla. Cuando el último rumor de sus alas se hubo borrado, reinó un silencio más sobrecogedor que antes, y a algunos les pareció de mal augurio.

En los días siguientes, hasta acabar el mes, el pueblo fue quedando vacío. De madrugada, entre dos luces, la llanura se poblaba de siluetas que a pie, a caballo, solitarias algunas, se hundían en el horizonte para cruzar la vía del tren antes que el sol apretara demasiado. Oía Miguel desde su ventana los besos de los hijos, las últimas recomendaciones, el murmullo de las voces despidiéndose en la penumbra, antes de la noche cerrada. Siempre había alguna mujer que acompañaba a su hombre con el farol en la mano hasta más allá de la puerta grande, o cruzaba con él el puente y quedaba allí agitando su luz. Los carpinteros llevaban consigo a sus familias, y sus casas quedaron cerradas, las llaves en manos de Gregorio. Juan y Baltasar marcharon juntos como dos compadres, acompañados de Elena, que les llevó el serillo con la comida hasta más allá de la ermita del gitano.

Miguel miró abajo y vio, al pie de la ventana, a Soledad, con su farol en la mano. Ya amanecía.

—¿Qué? ¿Tú no te vas?

—¿A qué? ¿A trabajar? —preguntó.

—Al pantano. Claro...

—¿A quién has ido a despedir tú?

—A mi tío.

Entró en la casa. Cada vez que le veía triste, apagado, luchaba por animarle. Había vuelto a su anterior jovialidad, a su íntima amistad con Inés, como si la próxima maternidad de esta uniera de nuevo a las dos muchachas.

A Miguel, en cambio, aquel cuerpo que comenzaba a desmoronarse, le asustaba, le repelía. Sin embargo, se obligaba a verla, a buscarla algunos días, porque, a pesar de todo, encontraba placer en estar a su lado, en vencer esa secreta repugnancia.

Cerró los ojos a la niebla, a la llanura sobre la que empezaba a amanecer y, tumbándose en la cama, recordó el pequeño rincón en el cementerio de Madrid donde reposaba el primo pequeño, el hijo del difunto tío Antonio.

Al final de la galería solitaria, plantada de mirtos, cubierta de nombres, se abría un patio pequeñito, triangular, a cuya entrada rezaba un rótulo: *Patio de los Ángeles*. Al atardecer, en la suave penumbra de los muros dorados, las pequeñas figuritas oraban, leían sobre las tumbas diminutas, miraban con arrobo al cielo. Las lápidas rotas, el musgo, los floreros derribados, repletos de rosas blancas, marchitas, no traían un mensaje de dolor, sino una dulce, risueña esperanza, como si todo hubiese sido abandonado por un instante, en el descanso de un juego interrumpido. Hasta en las leyendas sobre aquellas tumbas, los nombres eran breves, concisos, familiares, y su misma brevedad les salvaba del tiempo, otorgándoles la eternidad perfecta, la eternidad del que nace y muere casi a un tiempo.

Morir joven, morir niño, en la paz de los siete años. El tío Antonio estaría allí, con el padre y la madre. Irse extinguiendo, durmiendo poco a poco en un apacible sueño, en el convencimiento, en la gozosa seguridad de despertar un día y encontrarlos de nuevo.

Los días que siguieron a su niñez, ¿de qué sirvieron? Solo trajeron la imagen del tío Antonio muriendo lentamente en el manicomio, la muerte del padre, la soledad, la duda, un vago intento de comprender el mundo y, al final, un cortejo de horas sin sentido, un íntimo convencimiento de fracaso.

El techo, los muros se habían esfumado. Caminaba a través de la llanura, en medio de una gran oscuridad, desnudo; en una completa desnudez que le colmaba de vergüenza. El páramo se hallaba cubierto de arena cálida, pesada, que se pegaba ávidamente a su cuerpo, subiendo poco a poco hasta su garganta como una mano de fuego que le atenazase. Luchaba por respirar, por alcanzar el límite de la llanura, y, cuando tras violentos esfuerzos alcanzó el horizonte, vio que allí el mundo se acababa bruscamente en una raya neta.

Despertó bañado en sudor, con la garganta desgarrada.

Al bajar a desayunar se encontró con Soledad, que salía llevando el serillo y la azada.

—¿Ya vas a sembrar para el abuelo?

—¡Qué remedio!

—¿Tan temprano?

—Es que hoy tengo que hacer.

La vio alejarse con el serillo repleto de patatas que el viejo desenterraría a la mañana siguiente.

La muchacha fue siguiendo el curso del río y cruzó por las piedras, en tanto el cielo se cubría de haces resplandecientes. Un poco antes de llegar a la ermita vio al gitano, como siempre en cuclillas, escarbando la corriente con su varita. El paraje solitario asustó a Soledad, pero, cuando pensó en volver atrás, ya el gitano le hablaba.

—¿Dónde vas?

—De paseo.

—Oye, ven...

—¿Qué quiere?

—Verte...

Ya estaba como siempre. Cada vez que la encontraba repetía las mismas palabras, hacía las mismas cosas. Ahora estaba acariciando su brazo con el junco mojado.

—¿No se puede estar quieto? —protestó.

El hombre no contestó, solo la miraba.

XXII

El pie desnudo, clavado en el lodo, surgía entre los juncos, y, en torno a él, alrededor del muslo rasgado de violáceos arañazos, una nube de mosquitos zumbaba vorazmente, posándose en la sangre. El curso del agua bañaba los desgarrones del vestido, dejando un sedimento de espuma amarilla, de infinitos corpúsculos brillantes. Al ver los juncos moverse y su pie hundirse aún más en el lodo, Inés, ante aquella carne magullada, maltrecha, se sintió desvanecer. Quedó en pie, quieta, incapaz de adelantar un paso, incapaz de huir siguiera. Los juncos se agitaron de nuevo y un sordo vagido llegó del otro lado. Inés sintió en la garganta el sabor del miedo, pero, a pesar de que sus piernas temblaban furiosamente, chocando entre sí, avanzó. Aquel pie, aquella carne la asustaba porque temía reconocerlos. No obstante, hizo un esfuerzo para apartar la maleza.

Aunque no llegó a perder el conocimiento, tardó unos instantes en incorporarse. Buscó con la mirada a alguien que pudiera auxiliarla. Únicamente las gallinas del gitano picoteaban el polvo. El cielo comenzó a encapotarse. Tras espantar la nube de mosquitos que cubrían el cuerpo, vio en el otro rostro unos ojos casi blancos, desviados, y las mejillas sucias de lodo. Sus manos trémulas apartaron los mechones de pelo pegados a la frente. Agachándose con gran esfuerzo cogió el cuerpo por los hombros, intentando sacarlo del río, pero el cuerpo parecía aferrarse al cieno. A pesar de ello consiguió arrastrarlo fuera hasta solo dejar las piernas bañadas por el agua.

Corría pesadamente, espantada, sudorosa. El instinto le hizo apartarse de la ermita, de la casa del gitano. Las nubes plomizas giraban en un inmenso remolino cuando alcanzó el pretil del puente. Incapaz de subir la cuesta, se sentó. Veía el pueblo en lo alto y, más allá de la puerta grande, la cortina de varillas verdes del almacén. No, no podría llegar hasta la casa de Gregorio. Entonces rompió a gritar. Clamaba sollozando, con la voz estremecida por el miedo. Gregorio la oyó y bajó corriendo con su hijo y con Miguel, que se hallaba en la cantina.

—Allí, allí... —señalaba con la mano el recodo del río.

Sacaron a Soledad.

—Vete a avisar al médico, corre —gritó Gregorio a su hijo—. Coge la tartana y te lo traes.

El muchacho partió a buen paso.

—Esta noche Zoilo lo mata —musitó Gregorio a Miguel.

—¿A quién?

—¡A quién va a ser! —blasfemó por lo bajo—. Como fuera hija mía... —clavó la mirada en la casa del gitano y comenzó a maldecirlo, en tanto alzaban con cuidado el cuerpo de la muchacha.

—¿Está seguro de que ha sido él?

Gregorio no respondió. La explanada de la ermita se hallaba desierta y todos los huecos de la casa cerrados. Cuando cruzaron ante ella, dentro rompió a llorar un niño.

Caía una lluvia breve, caliente como el agua del río.

—¡El día que lo consentimos en el pueblo se nos debió caer a todos la cara de vergüenza! —exclamó Gregorio.

Los dos hombres sudaban. Junto a la puerta grande vieron bajar a Zoilo corriendo. Se abrazó a su hija.

—Llévala, llévala a casa —gritaron dos mujeres que venían tras él, pero no se movió, estrechando el cuerpo.

Se llevaron a la muchacha, y la mujer del capataz quedó cuidándola, mientras llegaba el doctor.

Miguel contempló desde su ventana cómo caían las sombras sobre la tierra. Una exhalación bañó de luz rosada la lejanía. En la habitación contigua discutían Zoilo y el abuelo.

Al cabo de un rato, Miguel vio a Zoilo alejarse con Gregorio, que le estaba aguardando abajo. Había también un tercero que no pudo reconocer en la oscuridad.

Los tres llegaron ante la casa del gitano.

—¡María! —llamó Zoilo.

No hubo respuesta. Zoilo llamó más fuerte, amenazando con echar la puerta abajo. El capataz dio una patada que hizo crujir las hojas. Tampoco esta vez contestaron. El perro en el corral ladró furioso y se oyó a los niños llorar.

—¡María, abre!

Los tres hombres cargaron sobre la puerta y esta trepidó en su quicio. La voz de María surgió temblorosa:

—Ya abro, ya abro...

Apareció asustada.

—¿Dónde está Alejandro?

—No está aquí.

Los hombres la miraron con desconfianza.

—¡De verdad! ¡Os lo juro! Salió esta tarde después de la siesta y aún no ha vuelto —su voz era apenas un susurro. Vio la negra escopeta en las manos de Zoilo y preguntó angustiada—: ¿Qué pasa? ¿Qué ha hecho?

—¿Tú no oíste nada esta tarde?

—Nada nada...

—¿No oíste gritar, junto al río?

—No, no.

Tras ella apareció un niño, que se cogió a sus faldas, mirando asustado a las tres sombras. Estas dieron media vuelta, se alejaron en la noche. María corrió tras ellas gimiendo. Se agarró a la chaqueta de Zoilo.

—¡No lo mates! ¡No lo mates!

Y, cuando Zoilo se volvió para librarse, se arrojó al cañón del arma, luchando por arrebatarla.

—¡No lo mates! ¡No lo mates!

Su voz era ya un clamor desesperado. Quedó de rodillas, al pie de la ermita, rodeada de los niños, con el perro aullando.

XXIII

El médico que salvó la vida a Soledad tuvo que asistir también a Inés. El hijo nació muerto. Los hombres de la cantina vieron cruzar a Elena con el pequeño cuerpo envuelto en una sábana, camino del cementerio, seguida de la mujer del capataz. Las dos mujeres tuvieron que asistir al médico en el aborto, porque María, la hermana, se encerró en su alcoba y no quiso salir.

Pasadas unas semanas volvió el médico al pueblo para dar de alta a Inés. A la vuelta, rayando el mediodía, fue al almacén a coger su tartana. Todavía estaba sudoroso, la chaqueta sobre los hombros, los puños de la camisa remangados por encima de los codos.

—¿Qué? ¿Ya acabó? —preguntó Gregorio—. ¿Ya le mandó levantarse?

—Hasta la próxima.

Pidió un vaso de tinto, que llevó a los labios con fruición, asomándose a la puerta.

—No llueve.

—No quiere, no... —repuso Gregorio.

—¿De dónde traen el agua?

—Mucha de los pozos.

—Hasta que se acabe.

—Hasta que se acabe —repitió Gregorio, en tono sombrío.

El marco de la puerta recortaba el cielo límpido de las doce del día. Al otro lado de la calle, en la casa de Zoilo, una tos seca rompió monótona. El médico alzó los ojos hacia la ventana de par en par, donde surgía el rumor, escuchando un instante; luego, tras apurar el vaso, volvió a la fresca sombra de la cantina.

A la tarde, Miguel halló a Inés junto a la muralla. Demacrada, absorta, aquellos breves días parecían haberla envejecido. Hubiera jurado que no le oyó cuando le habló por vez primera, mas luego, poco a poco, como quien despierta de un pesado sueño, fue respondiendo a sus preguntas.

—Bien; ya estoy casi bien...

—¿Del todo?

—Del todo.

A Miguel aquellos instantes le recordaban su primera entrevista con ella. De nuevo frente a frente, parecían ahora dos extraños. Era inútil hablarle de sí misma, compadecerla por el hijo perdido. Un ceño hosco se insinuaba en su rostro cada vez que se rozaba la cuestión. Tras un silencio embarazoso, Miguel se atrevió a preguntarle si pensaba quedarse en el pueblo.

—No sé. Lo mismo me da...

Miguel envolvió en un ademán los campos abrasados.

—Esto no estuvo siempre así —repuso Inés, adelantándose a sus palabras.

—¿Tan seco?

—Tan seco, tan sin árboles —extendió la mirada sobre el paisaje a sus pies—. Mi

padre dice que antes estuvo lleno de encinas.

—¿Pero tu padre lo vio?

—No. Cuando él nació solo quedaban las del camino real, pero esas las talaron al hacer la carretera. Don Luis sabe de eso más que nadie porque él guarda los libros de la iglesia, y allí lo dice. Entonces llegaban los árboles hasta el pueblo.

—¿Cuándo?

—¡Qué sé yo! Hace mucho tiempo, cuando hicieron la iglesia y las murallas y todo lo demás. Cuando era rico el pueblo. Ahora no vale nada ya.

—¿Y qué fue de las encinas?

—Las fueron cortando para sembrar. Se lo he oído decir a mi padre muchas veces, cuando iba Baltasar por casa y discutían. Baltasar siempre acababa con que si no llovía era por falta de árboles.

—¿Y tu padre?

—Mi padre, que si no los hubiesen cortado, no habría tierras que sembrar. Así estaban todos los días; no había quien los sacara de eso. Baltasar siempre diciendo que las encinas podían haber quedado donde estaban, porque las tierras son de unos pocos: de Gregorio, de la viuda, de Zoilo, y que, en cambio, los árboles, al menos, serían de todos.

—También tendrían su dueño.

—Eso le contestaba mi padre, que tiene que haber ricos y pobres en el mundo...

—¿Y del pantano?

—Que el agua no llegará nunca hasta aquí.

—¿Por qué?

—Porque el agua, según él, tiene que venir de arriba —señaló con los ojos el cielo blanco sobre su cabeza.

Al otro lado del río, más allá de la flecha rota de la ermita, las vagonetas yacían en el polvo, junto a las casamatas abandonadas y el horno apagado. En torno a ellas, en la mancha lechosa de la mina, los cristales del yeso se encendían fugazmente.

Subiendo la cuesta, con la azada al hombro, venía el abuelo de Soledad.

—Vendrá de sacar patatas.

—No —respondió Inés—, ahora no hay quien se las siembre. Con su padre en la cárcel, Soledad no puede entretenerse en eso.

—¿Quién sube con él?

—Es el hijo de Gregorio.

—Para la edad que tiene —Miguel señaló al abuelo— se mueve mucho.

—Tiene buenas fuerzas todavía.

El viejo y el muchacho se sentaron junto a la pareja. Aquel traía un serillo repleto de menudas astillas resinosas. Miguel sacó un puñado de estas, rojas, vivas aún.

—¿Dónde las cortó usted? —preguntó al viejo—. Yo creí que no había árboles por aquí.

—Y no los hay... —replicó el abuelo.

El hijo de Gregorio explicó que eran raíces del camino viejo.

—¿Pero no talaron las encinas hace ya años?

—Sí, pero las raíces aún están vivas. Abajo hay mucha humedad.

—Creí que todo estaba muerto.

—Yo he visto mucho mundo —replicó el viejo calmoso— y nunca encontré tierra que estuviera muerta del todo. Y esta menos. Lo que hace falta es que el agua venga hasta aquí algún día.

—Eso no lo veremos nosotros —replicó el hijo de Gregorio.

—No, quien no lo verá seré yo. Vosotros —señaló a los tres—, vosotros sí. Por eso, antes de que me muera, ¿sabéis qué me gustaría hacer? Pues si tengo humor y dinero, pedir el coche y largarme hasta allí un día.

—¿Hasta dónde?

—Hasta el pantano.

—También tendrá ganas. ¡Para lo que va usted a hacer allí! Si estuvieran para terminarlo...

—Tú hablas como todos los de tu edad, como hablaba tu padre a tus años. Al día siguiente de empezar una cosa ya te gustaría verla terminada —apoyó el mentón en el mango de la azada, entornando los ojos—. No, señor, no debe ser así. Claro que no puedes pensar lo mismo que yo, que soy un viejo. Aunque me fuera a morir mañana, iría a verlo.

—Si yo me fuera a morir mañana —comentó Miguel—, pocas ganas tendría.

El abuelo clavó en él sus ojos.

—Porque tú eres otro crío como él. Es muy distinto morir cuando se es joven. A mi edad solo quiere uno ya descansar, pero eso no quita para que me guste ver todavía lo que hacen los jóvenes.

—¡Vaya envidia le dará! —exclamó en tono burlón el hijo de Gregorio.

—Yo también he vivido lo mío; ¿qué envidia voy a tener ahora?

Al atardecer, tras acompañar a Inés hasta su casa, Miguel quedó sentado en las gradas solitarias de la iglesia, al lado de la fuente, ante la plaza vacía, y, a pesar del silencio, a pesar de las puertas cerradas, nunca le pareció el pueblo, la gran calle, tan llena de vida. En aquellos lienzos rotos de muralla, en las apretadas volutas de su iglesia, estaba toda su eternidad, como en el surco arado un día en la llanura, como en el pantano que aquellos mismos hombres construían y que el abuelo no quería morir sin ver. Todas las tardes, con el último rayo de sol rozando la tierra, la mano, el amor del hombre que edificó la iglesia, moldeaba de nuevo las cornisas, los complicados capiteles y aquellos diminutos canecillos junto al tejado, donde Adán y Eva se estrechaban en un abrazo carnal, eterno. La mano, el afán, el trabajo de un hombre, de muchos hombres, vivía allí perennemente en la figura que alzaba la diestra sobre el pórtico, en los ojos iluminados de los santos, en las llamas inmóviles del infierno, agrupadas en ondas como un mar.

Pensó en el blanco, roto, castillo de Iscar, en Cuéllar, en la pobre iglesia de

Sacramenia, en los frisos arrancados de San Bernardo, en los humildes sillares, en la inútil defensa de aquel pueblo. Inútiles, borrados, arrastrados fuera de su propio fin, llevarían por siempre un hálito de amor, el espíritu, la huella indeleble del hombre.

El cielo, opaco, cubría de un tinte melancólico el paisaje. En el fondo de la calle apareció un niño. Venía arrastrando sus pies desnudos, seguido de su perro.

Durante las tardes soleadas del invierno, a la salida de la escuela, solían jugar los chicos en la pequeña glorieta, frente a aquellos escalones. Desde pequeños irían quizá conociendo cada una de las pequeñas figuras, cada una de las doradas piedras. Aquel Cristo, San Juan, las almas gloriosas, los condenados, debían llegar a serles tan familiares como el río, la ermita, el padre y la madre.

El niño le miró con curiosidad y, seguido siempre de su perro, desapareció en el callejón de Baltasar. Más allá del ciprés una luna mate se estaba alzando.

Ahora la plaza estaba repleta de niños. Grandes, chicos, de todas edades. Se perseguían incansables en torno a unos frondosos árboles surgidos ante las casas, ante la iglesia. Cetrinos, rubios como el hijo de la viuda, estaban allí todos los de los pueblos vecinos, toda la infancia de los pueblos muertos. Corría una suave brisa que estremecía las hojas, los tallos nuevos, alzando la algarabía de las voces sobre las copas, hasta el cielo. El río venía hinchado, rozando los estribos del puente, y las encinas, cubriendo la llanura, extendían su sombra hasta el pie de la muralla.

Cuando abrió los ojos, el cielo aún estaba encapotado. Las puertas seguían cerradas y la plaza tan desierta como antes, pero Miguel sintió ahora un vacío más hondo, como si el compás de un cercano corazón se hubiera detenido. Se alzó y, mirando a su lado, vio que la fuente estaba seca.

XXIV

Más allá de la escueta habitación barnizada de blanco está nevando. Los copos se desvanecen chocando en el cristal de la ventana y dejan estelas transparentes como lágrimas. No tardará en cuajar la nieve. El jardín, las terrazas donde los enfermos toman el sol, los pinos que cubren por completo las montañas frente al sanatorio, resplandecen en este amanecer tardío.

Miguel ha pasado la noche sin dormir. Desde que la enfermera entró a apagarle la luz ha tenido los ojos clavados en el cristal, en la blanca cortina que al otro lado danza y gira en remolinos. Hace años hubo un tiempo en que tampoco pudo conciliar el sueño. Pensando en la nada, en las horas que habrían de transcurrir hasta el despertar del día siguiente, el sueño huía y el espíritu parecía detenerse en el umbral del infinito silencio.

Durante toda la noche, hasta este mismo momento, ha pensado en su vida, en su infancia, en los meses breves, apresurados, del verano. Quizá Zoilo salga algún día de la cárcel. Inés es posible que aún se case. Soledad..., los *Rojos*..., doña Constanza..., la llanura.

Cae la nieve. El primo Antonio, que vino de Madrid para hacerle compañía en aquel trance, pasó la tarde entera dándole ánimos.

—Ya verás qué bien quedas —hizo un gesto señalando la puerta por la que acababa de salir al médico—. Es muy bueno, el mejor cirujano que hay en Madrid para esto del tórax. No sientes nada. Con el éter no sientes nada... Es mejor quedar bien de una vez para siempre...

Las diez. El enfermero, antes de entrar, ha llamado suavemente en la puerta. Le ayuda a ponerse la bata. Ahora le sujeta con firmeza, caminando a su lado por el pasillo.

El primo Antonio dice que el éter entra cálido, poco a poco, sin sentir. Así debe entrar la muerte en el cuerpo...

El pasillo no tiene fin. Sus enormes baldosas blancas y negras se prolongan a la luz tamizada de los globos eléctricos.



JESÚS FERNÁNDEZ SANTOS. (Madrid, 1926 - 1988) Escritor, director de cine y guionista español. Representante de la novela social de mediados del siglo xx, practicó también la ficción histórica. Cursó estudios en la Facultad de Letras de Madrid, que abandonó para seguir sus intereses teatrales (fue director y actor del Teatro Experimental Universitario) y literarios (frecuentó el grupo del Café de Gijón, es decir, el de los jóvenes escritores que en los años cincuenta intentaban introducir la problemática social en la narrativa española).

Sin embargo, las experiencias teatrales se vieron reemplazadas muy pronto por las del cine; Fernández Santos fue el guionista y director de una nutrida serie de documentales sobre la cultura artística y literaria española y, al mismo, tiempo crítico cinematográfico. Su iniciación literaria —publicó tres cuentos en la *Revista española* (1953-1955)— acabó confirmándose como una auténtica vocación gracias a la segura construcción narrativa de la novela *Los bravos* (1954); esta obra, articulada en torno a la participación coral de un pueblo, es emblemática de una visión realista y crítica del ambiente rural español.

Siguieron dos novelas igualmente vinculadas a esta investigación social, *En la hoguera* (1957), que explicaba las amargas vicisitudes de dos jóvenes de la ciudad que se refugian en el ambiente rural, y *Laberintos* (1964), una crítica de las relaciones precarias y egoístas en un grupo de artistas de la pequeña burguesía urbana. También remite a la tendencia realista de las tres novelas el libro de relatos *Cabeza rapada* (1958), por su contenido y por la correspondencia entre las estructuras sociales consideradas y las estructuras lingüísticas. En los años siguientes, los de la difusión

de los narradores latinoamericanos, la narrativa de Fernández Santos se centró en un interés específico por el individuo y, sobre todo, por una búsqueda consciente de técnicas narrativas y de posibilidades expresivas.

Ambas novedades estaban ya presentes en la novela *El hombre de los santos* (1969), articulada en torno a la introspección de un protagonista atormentado por su vida interior, pero no separado del mundo exterior, y se hacen más perentorias en las cuatro obras siguientes: dos libros de cuentos, *Las catedrales* (1970) y *Paraíso encerrado* (1973), en los que debe subrayarse la unidad estructural y de composición, en el primero con la referencia espacial a cuatro catedrales, y en el segundo con la referencia espacial al parque del Buen Retiro, y dos novelas, *Libro de las memorias de las cosas* (1971), galardonada con el Premio Nadal 1970), y cuyo tema, las historias de una comunidad confesional «heterodoxa», y cuya motivación temática es la crisis del sentimiento religioso, representan una nueva preocupación humana de Fernández Santos; y *La que no tiene nombre* (1977), que juega en torno a un contrapunto de voces narradoras y contenidos narrados, punto culminante de una experimentación consciente, atenta a no ceder a veleidades vanguardistas.

La novela *Extramuros*, de 1979, Premio Nacional de Literatura, inauguraba con fortuna la trayectoria cultural de la narración histórica, de la que participan también las novelas *Cabrera* (1981), *Jaque a la dama* (1982), *Los jinetes del alba*, de 1984, y *El Griego* (1985). Estas obras reconstruyen un momento de la historia española, incluso a nivel expresivo (en particular *Extramuros* y *Cabrera*), y en cada circunstancia histórica recuperada se mueven personajes imaginarios (incluso el Greco lo es), y vividos a través de sus estados de ánimo, a fin de alcanzar un realismo intimista que se puede señalar como una constante de la narrativa de Fernández Santos.

La vena del intimismo atraviesa también el cuarto libro de relatos *A orillas de una vieja dama* (1979) y las dos narraciones breves inéditas que integran la antología *Las puertas del Edén* (1981). Los textos periodísticos, las notas de viaje y de crónica aparecen reunidos en *Europa y algo más* (1977) y *Palabras en libertad* (1982).

Notas

[1] Gonzalo Sobejano: *Novela española de nuestro tiempo*. Editorial Prensa Española. Madrid, 1970, pág. 251. <<